

COMEDIA ROMÁNTICA: LIBRO TRES

RAYO *de* AMOR

ESTOY HARTA DE BESAR SAPOS.

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

RAYO DE AMOR

RAYO #3

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Rayo de amor

Copyright © 2018 por E. L. Todd Todos los derechos reservados

CAPÍTULO TRES MESES DESPUÉS...

No me di cuenta de que había superado la ruptura con Ryker hasta que dejé de pensar en él. Pero no me percaté de que había dejado de pensar en él porque no me acordaba de él. Al pensar en Ryker por primera vez en siete días, comprendí que ya no formaba parte de mis pensamientos.

Me había liberado al fin.

Habían sido tres meses oscuros. Puse buena cara delante de todo el mundo, pero me sentía muy sola por las noches y el tiempo que pasaba en el laboratorio se me hacía cuesta arriba. Me venían a la mente recuerdos de nuestro romance, de nuestras noches juntos y de los momentos maravillosos que habíamos compartido. Cuando menos lo esperaba, la sensación de pérdida se hacía patente en mi pecho.

Pero entonces recordaba que no tenía motivos para echarlo de menos.

No me merecía, y debía olvidar a Ryker y encontrar a alguien que sí lo hiciera.

Entré en la cocina y vi a Rex sentado a la mesa. Siempre tenía un aspecto desastroso por las mañanas porque se acostaba muy tarde. Había salido con una chica y no había regresado hasta altas horas de la madrugada. No le pregunté por ello, pues prefería no saberlo.

Me serví una taza de café y un cuenco de cereales.

—¿Sigues vivo?

Rex apoyó la cara en las manos mientras miraba su taza de café con un ojo cerrado.

—Sí.

—¿Quieres cereales?

—No... —Bostezó audiblemente y se frotó los ojos, somnoliento.

Tomé asiento en la mesa y disfruté del desayuno antes de ir a trabajar. Me había quedado en COLLECT porque me encantaba mi trabajo y me negaba a marcharme solo porque Ryker fuera el jefe. Mientras no bajara a hacerme una visita, no teníamos por qué vernos. La única interacción que tenía con él era ver su firma en mis cheques.

—Si detestas levantarte temprano, ¿por qué vas a trabajar por la mañana?

—Tengo que encargarme de la parte administrativa. No lo entenderías.

—Es cierto —admití, entornando los ojos—, porque soy estúpida...

—Exacto.

Llamaron a la puerta.

¿Quién podía ser a esas horas?

—Adelante.

Zeke abrió la puerta y entró vistiendo su bata azul oscuro del trabajo. Se le notaban los músculos incluso con ropa holgada. Se había afeitado e iba muy bien peinado.

—Hola. —Llevaba un periódico bajo el brazo y no parecía tan animado como de costumbre.

—¿Te pasa algo? —preguntó Rex.

—Sí... —Zeke tomó asiento presidiendo la mesa y abrió el periódico hasta llegar a la sección de necrológicas—. Rae, siento decírtelo. Sé que le tenías cariño. —Me mostró el periódico—. No quería que fueras a trabajar sin saberlo.

—¿Qué pasa? —Me acerqué al periódico y leí que el señor Price había fallecido—. Oh no... —Dejé la taza en la mesa y leí el artículo de principio a

fin. Decía que había librado una breve batalla con el cáncer, pero había perdido. Tenía dos hijos.

Al parecer, Ryker tenía un hermano.

Zeke me observó, buscando señales de aflicción en mi rostro.

—Es... —No tenía palabras para expresar lo que sentía. El señor Price siempre había sido muy bueno conmigo y con todos los que trabajábamos en COLLECT. Tenía un alma generosa y un corazón enorme—. Es terrible. —Leí los párrafos restantes—. Dice que Ryker tomó el relevo cuando se lo diagnosticaron para que pudiera pasar los últimos meses de vida con su familia... —La actitud de Ryker cobraba sentido. Se había visto obligado a aceptar el trabajo.

—Qué triste —dijo Zeke—, sé que le tenías cariño.

—Sí... —Cuando se me pasó el shock inicial, pensé en mi ex—. Espero que Ryker esté bien. Debe ser duro para él... —Recordé las tensas conversaciones que habíamos mantenido sobre su familia. Me había pedido que nunca hablara de su padre y ahora tenía sentido. Ryker sabía que se estaba muriendo de cáncer y le costaba abordar el tema.

—¿A quién le importa? —exclamó Rex.

—Rex. —Dejé el periódico en la mesa y le dirigí una mirada gélida—. No hay por qué ser tan mezquino.

—Como si me importara una mierda. —Bebió café, frunciendo el ceño de forma odiosa—. Ni que conociera a ese viejo.

—Aun así, no está bien. —Pese a lo que me había hecho Ryker, no se merecía pasar por algo así. Nadie debería tener que soportar el dolor de perder a un padre.

Por suerte, Zeke estaba de mi parte esta vez.

—El funeral es mañana.

—¡Por favor, no me digas que vas a ir! —exclamó Rex—. Porque ese sinvergüenza estará allí.

—Pues claro que voy a presentarle mis respetos al señor Price. Y no me

importa que Ryker esté presente. En todo caso... me gustaría decirle que siento su pérdida. —Habíamos roto hacía un tiempo y podíamos actuar como personas civilizadas. En los momentos trágicos, había que dejar a un lado las diferencias. Cuando dije que lo quería tres meses antes, lo dije de verdad. Ya no sentía lo mismo, pero jamás podría tratar con tanta frialdad a alguien por quien había sentido algo así.

—No merece tu compasión —dijo Rex—. Yo no voy a ir.

—Sí que vas a hacerlo —dije con firmeza.

—Ni de coña. —Se apoyó en el respaldo de la silla, con su actitud típica.

—Es tu amigo, Rex. Y tuyo también, Zeke. —Nuestra ruptura no debía separarlos.

—Dejó de ser mi amigo en cuanto te traicionó —replicó Rex.

—Lo mismo digo —añadió Zeke—. Lo siento, Rae, pero lo que hizo no estuvo bien.

—Bueno, ¿podéis ir al funeral por mí? —les rogué, mirándolos a los ojos—, porque me gustaría que estuvierais allí.

La mirada de Zeke se suavizó de inmediato.

—De acuerdo.

Como Zeke había cedido, Rex se sintió obligado a hacer lo mismo.

—Vale. Como quieras.

TRAS LA CEREMONIA EN LA IGLESIA, LLEGAMOS AL CEMENTERIO. Depositaron el ataúd junto a la tumba recién cavada. Era de caoba, un diseño de madera oscura digno de un rey. Era el ataúd más hermoso que había visto jamás, aunque fuera un pensamiento morboso.

La gente se reunió en torno al féretro para despedirse. En silencio, los asistentes se marcharon para asistir al velatorio celebrado en el hotel Four Seasons de Seattle. No planeábamos asistir al oficio porque me preocupaba

que nuestra presencia allí hiciera sentirse incómodo a Ryker. Sólo quería despedirme.

Divisé a Ryker junto a su madre. Iba de negro con un velo sobre el rostro. Lloraba, sollozando abiertamente por el marido que había perdido. Era alta como su hijo. Aunque llevaba gran parte del rostro cubierto, se veía guapa.

Lloraba sobre el hombro de Ryker, que la sostenía por la cintura sirviéndole de apoyo en aquellos momentos difíciles. Tenía la misma expresión fría de siempre, y era imposible adivinar sus pensamientos y emociones.

Un hombre que supuse sería su hermano se acercó a la madre para consolarla. Le echó el brazo por el hombro y la llevó a hablar con alguien que se había acercado a la tumba.

Ryker permaneció donde estaba, mirando fijamente el ataúd donde yacía su padre.

Lo observé y me embargó un intenso dolor. Aunque no mostraba sus emociones abiertamente, sabía que lloraba a mares por dentro. Libraba una batalla que nadie podía ver. Estaba desolado, aunque se negara a mostrarlo.

—Vamos a ofrecerle nuestros respetos. —Pasé junto a la tumba y me acerqué a Ryker, con Zeke y Rex detrás de mí.

Cuando Ryker alzó la vista, era evidente que no esperaba verme. Se le dilataron las pupilas como si hubiera arrojado luz sobre ellas. Su expresión era inescrutable, pero sabía que había sentido algo al verme. Era la primera vez que nos veíamos desde que le había reprendido junto al bar.

Me detuve al llegar frente a él, pero manteniendo cierta distancia. Lo último que quería era que pensara que iba a enfrentarme a él.

—Lo siento mucho, Ryker... —Quería darle un abrazo o, al menos, estrecharle la mano, pero las muestras de afecto estaban fuera de lugar tras lo ocurrido—. Tu padre era un hombre maravilloso. Lo echaremos de menos.

Me miraba como si no supiera con certeza si era real.

No sabía si mis palabras eran bien recibidas o no. Me aparté a un lado

para que los chicos pudieran hablar con él.

Zeke le estrechó la mano a Ryker.

—Lamento tu pérdida.

Ryker asintió agradecido.

Fue el turno de Rex, pero titubeó incómodo. Se revolvía por dentro. Nunca le perdonaría a Ryker lo que me había hecho. Rex era demasiado protector conmigo para dejarlo pasar.

Al fin, logró actuar de forma civilizada y le estrechó la mano.

—Lo siento, Ryker. —Eso fue todo lo que acertó a decir.

Ryker volvió a asentir.

Rex se acercó a Zeke. No había nada más que decir. Era hora de marcharse para que Ryker pudiera llorar solo su pérdida. Dimos media vuelta y nos dirigimos al coche.

—Rae. —Era la primera vez que Ryker hablaba, y su voz era más profunda que nunca.

Nos detuvimos, volviéndonos.

Ryker se alejó de la tumba y me observó, esperando a que volviera a su lado.

Rex me advirtió con la mirada que debía seguir caminando.

Zeke no reaccionó.

Atravesé la hierba húmeda hasta que volvimos a estar cara a cara. Vi angustia en los ojos azules de Ryker y un torbellino de dolor. El resentimiento que sentía hacia él se desvaneció al darme cuenta de que el dolor por nuestra ruptura no era nada en comparación con lo que sentía en ese momento.

—Siento todo lo que pasó entre nosotros. Quiero que lo sepas.

Lo último que esperaba era una disculpa, y menos en un día como aquel.

—No pasa nada, Ryker. Te he perdonado y he seguido con mi vida. —Me sentí bien al pronunciar esas palabras porque eran ciertas—. Espero que encuentres la paz. —Le toqué el brazo y mantuve la mano allí durante largos

segundos. Sentí la calidez que emanaba su cuerpo y un leve temblor—. Cuídate.

—CREO QUE HAS HECHO LO CORRECTO, RAE. —ZEKE CAMINABA JUNTO A MÍ por el pasillo. Rex se había adelantado, avanzando más rápido porque se moría de hambre. Abrió la puerta del apartamento y entró como una flecha.

—¿Sí? —Me cerré la chaqueta para combatir el frío.

—Me refiero a que me sentía muy enfadado por la forma en que te había tratado... No estuvo bien. Pero creo que el hecho de que hayas sido tan madura y lo hayas perdonado seguramente hace que se sienta peor.

—¿Por qué?

—Porque se ha dado cuenta de la joya que ha perdido. —Zeke me dio un codazo, sonriendo.

—Puede ser. Pero dudo que ahora mismo esté pensando en nada parecido.

—Probablemente no, pero apuesto a que desearía que estuvieras a su lado en estos momentos difíciles.

Resoplé porque Zeke se equivocaba de pleno.

—Estábamos saliendo cuando su padre ya estaba enfermo de cáncer y no me lo contó. Nunca ha querido que lo acompañe.

—Puede que ahora sí.

Tenía más posibilidades de ganar la lotería.

—Gracias por venir hoy.

—No es para tanto. Ryker y yo éramos amigos. Creo que Rex y yo debíamos ir.

—Yo también.

Entramos en el apartamento justo cuando Rex salía.

—¿A dónde vas?

Estaba masticando algo. Era evidente que se había hartado de comer en

menos de treinta segundos antes de salir del piso.

—Nango sata.

Ladeé la cabeza, confusa.

—¿Qué?

Rex volvió a intentarlo.

—Nengo sita.

—¡Rex! —Hice un gesto desesperado con los brazos—. ¡Traga antes de hablar!

—Ya lo pillo —dijo Zeke—. Dice que tiene una cita.

Rex levantó el pulgar en su dirección antes de alejarse.

Me volví hacia él.

—¿Cómo demonios lo has averiguado?

Zeke se encogió de hombros.

—Porque es mi mejor amigo desde que teníamos cinco años. Por eso.

—Entró en el apartamento y sacó una cerveza del frigorífico—. Tengo el resto del día libre, ¿quieres que hagamos algo?

—¿Has cerrado la consulta?

—No. Si cerrara, la gente perdería un día de trabajo. Puede que a algunos de mis empleados les guste tener el día libre, pero sé que otros necesitan trabajar esas horas para pagar las facturas y demás.

—Y... ¿llevan la consulta sin médico?

—No. —Se sentó en la mesa de la cocina, riendo—. Me está sustituyendo un amigo.

—Es genial. Al menos tienes a alguien que puede reemplazarte cuando enfermas. —Era demasiado temprano para beber cerveza, así que me serví un vaso de agua y me senté frente a él.

Zeke dio un sorbo a la cerveza mientras me observaba. Entornó un poco los ojos al contemplarme, perdiendo parte de su brillo al entrar menos luz en ellos. Se avecinaba algo serio. Era sólo cuestión de tiempo que lo soltara.

—Bueno... ¿Cómo ha sido verlo por primera vez? —Sus dedos

descansaban en el vaso sobre la mesa.

—Um... No lo sé. —Sabía que volvería a ver a Ryker en algún momento. Si Zeke me lo hubiera preguntado hace unos meses, mi reacción habría sido muy diferente. No habría podido dejar de fantasear ante la idea de que Ryker quisiera que volviera con él. Pero ahora era diferente.

—¿No lo sabes?

—Me ha costado mucho superarlo. Sé que he puesto buena cara delante de todos, pero ha sido muy difícil.

Su mirada se suavizó.

—Y cuando amas a alguien una vez, es como si lo quisieras siempre, ¿sabes? —Sabía que mis palabras no tenían sentido—. Ya no siento lo mismo por él, pero no quiero que sufra. Supongo que siempre me preocuparé por él de un modo u otro.

Asintió.

—Te comprendo.

—Al mirarlo, no sentí lo mismo que antes, pero sí su dolor.

Volvió a asentir.

—No sé con certeza cuándo lo superé. Creo que seguramente fue hace unas semanas. Dejé de pensar en él por completo. Dejé de preguntarme a quién se llevaría a su apartamento. Dejé de importarme sin más.

—Eso está muy bien. Cuesta llegar a ese punto, pero lo has conseguido. —Chocó el botellín con mi vaso—. Y ahora eres libre.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Vas a volver a tirarte a la piscina de las citas?

La idea me repelía.

—Ni hablar.

—¿En serio? —Alzó las cejas—. Vuelve al ruedo.

—No tengo prisa. Se terminó para mí el mundo de las citas. Los únicos tíos que me atraen son los capullos. —Me sentía atraída a ellos como una polilla a la luz. Su incapacidad para comprometerse me resultaba deseable y

su frialdad me atraía aún más. Me consideraba una mujer inteligente, pero estaba claro que sólo se podía aplicar a los libros de texto.

—Has besado algunas ranas, pero encontrarás a tu príncipe azul, Rae. No te preocupes por eso.

—Nunca me había importado sentar la cabeza, pero ahora me apetece mucho. Quiero encontrar a mi esposo, alguien que me ame de verdad y no juegue conmigo. Sólo quiero ser feliz. —Observé el vaso de agua, ligeramente incómoda por haberle confesado aquello a Zeke. Pero era mi mejor amigo, así que lo entendería—. Sé que al decir eso parezco...

—No. —Me dirigió la misma mirada afectuosa de siempre—. En absoluto. Has llegado por fin a ese punto en el que estás preparada para una relación de verdad. Ahora entiendes lo mucho que la deseas.

—¿Cuándo te ocurrió a ti?

Entornó los ojos como si no supiera qué le estaba preguntando.

—Parece que vas muy en serio con Rochelle. Asumí que, al conocerla, tuviste claro que querías sentar la cabeza.

—Ah... sí. Supongo que me cansé de acostarme con unas y con otras. Rex y yo compartimos varias chicas hace un tiempo, y aunque era atrevido y excitante, me di cuenta de lo solo que estaba.

En lugar de disgustarme por lo que había dicho de mi hermano, me centré en él. Y me sentí muy mal.

—Me hizo sentir vacío. No tenía nada más importante en la vida que follar con distintas mujeres. Me di cuenta de que quería una mujer que fuera más excitante que cualquier trío o cuarteto que pudiera hacer. Tengo casa y una consulta, y quiero a una esposa preciosa para compartirlo. Quiero tener hijos. Supongo que estoy preparado para dar el próximo paso, como tú.

—¿Y te ves así con Rochelle?

Contempló la cerveza que tenía en la mano antes de dar un trago.

—Sí... supongo que sí.

—Pues me alegro por ti. Parece que tu búsqueda ha terminado. —Y la

mía acababa de comenzar—. Me gusta Rochelle porque tiene clase, ¿sabes? Es divertida, pero posee una elegancia que hace que se gane el respeto de los que la rodean. Creo que sería una mujer maravillosa con quien compartir tu vida.

Dio un largo trago a la cerveza hasta vaciar el vaso por completo. Hizo un sonido característico al dejarlo sobre la mesa.

—Me alegro de que os guste...

—Es sin duda mi favorita de todas las que nos has presentado. —Me di cuenta de lo groseras que sonaban mis palabras, así que intenté enmendarlo—. No es que tuvieran nada de malo, es sólo que...

—No pasa nada —dijo riendo—, sé lo que quieres decir.

Hubo un momento incómodo entre ambos, un silencio embarazoso lleno de palabras no dichas. Miré por la ventana porque no sabía qué hacer. Era la única vez que me había sentido incómoda con Zeke, aunque no podía explicar por qué.

—¿Quieres almorzar en Mega Shake? —preguntó.

Nunca le diría que no a Mega Shake.

—Me parece una idea fantástica.

LO OBSERVÉ COMER SU HAMBURGUESA DOBLE Y SUS DOS RACIONES DE patatas fritas sin ayuda.

—Pues sí que tenías hambre.

—Me he saltado el desayuno y ayer tuve una buena sesión de gimnasio. No comí nada para recuperarme. —Se echó un puñado de patatas a la boca y las masticó más rápido que Rex—. Juro que no suelo comer como un cerdo.

—No creo que seas un cerdo —dije—. Estoy impresionada.

Se rio.

—No creo que la mayoría de las mujeres lo estuvieran.

—Tío, si comiera tanto me explotarían los muslos.

Puso los ojos en blanco.

—Rae, tienes unas piernas preciosas. Cállate.

—Yo no he dicho nada de mis piernas, sólo de mis muslos. Se me va toda la grasa ahí, siempre.

—Es muy típico en las mujeres. A los hombres se nos va al estómago.

Observé la parte superior de su estómago al otro lado de la mesa.

—¿Y la tuya a dónde va?

—Al gimnasio —dijo con una sonrisa—. Levantar pesas acelera el metabolismo y ayuda a quemar la grasa durante todo el día.

—No soy mucho de levantar pesas. Prefiero correr y para de contar. Y, a menos que persiga una pelota, me aburro mucho.

Se rio.

—Tiene sentido. Yo no hago suficiente cardio, tal vez deberíamos jugar juntos al baloncesto todos los días.

—¿Uno contra uno?

—Sí.

—Bueno, si quieres que te dé palizas a diario, por mí estupendo.

—Ya estás puteando...

—No, sólo te aviso.

—Rae, no me preocupa. Estoy seguro de que seremos adversarios dignos. Y haremos mucho ejercicio.

—No sé... Una cosa es perder una vez contra una mujer, pero ¿una tras otra? Podrías cansarte.

Volvió a engullir varias patatas.

—Qué creído te lo tienes, ¿no?

—Oye, ya me has visto en la cancha.

—Puede que tengas que bajarte de la nube en la que estás. Quizás no seas tan buena como crees.

Había conseguido intrigarme.

—¿En serio?

—Sí.

Me encantaban los retos y Zeke me ofrecía uno.

—Lo estoy deseando.

REX

QUEDAMOS EN GROOVY BOWL CUANDO TODOS SALIERON DEL TRABAJO. ERA el lugar perfecto para reunirse sin que esa sabelotodo entrometida husmeara. Nos sentamos en una mesa alta en la zona de bar.

Kayden no se había quitado las gafas porque venía directamente de su trabajo en la biblioteca. Cuando llevaba lentillas forzaba la vista para leer y los ojos, al carecer de humedad suficiente, le empezaban a molestar al poco rato. A mí me resultaba más mona con las gafas de montura negra, estaba muy sensual.

Zeke llevaba la bata azul oscuro porque también acababa de salir del trabajo. No se había afeitado esa mañana y le estaba empezando a salir el vello facial rápidamente. Jessie parecía una modelo, como siempre.

—Entra en vigor la operación fiesta de cumpleaños secreta de Rae. —Aplaudí al comenzar la reunión—. Estaba pensando que podríamos quedar en McHenry's. Es su bar favorito del centro. Podríamos tomar unas copas, abrir los regalos y pasar a la pista de baile.

—Es una idea genial —dijo Zeke—. Sé que hay un reservado. Quizás podríamos alquilarlo para asegurarnos de tener espacio en caso de que el bar esté lleno. Además, podríamos comprar una tarta.

—Bien pensado —asentí—. Me gustan las tartas.

—¿A quién no? —dijo Jessie—. Su favorita es la de chocolate, así que yo

me encargaré de eso. Como su equipo favorito son los Bulls, diré que pongan el emblema coronando la tarta.

—Sí, es una idea estupenda. —Me volví hacia Kayden—. ¿Crees que podrás encargarte de la decoración?

—¿Qué decoración? —preguntó Kayden—. Ni que fuera una fiesta de cumpleaños infantil.

Me encantaba cuando se hacía la listilla conmigo. Me la ponía dura.

—Pensé que podríamos poner unos globos o algo por el estilo.

—¿En un bar? —preguntó Kayden incrédula—. No. Nada de decoración. La tarta y los regalos son suficientes. No tiene cinco años.

—Pues con una tarta de los Chicago Bulls, lo parece —repliqué, sin dirigir mi pulla a nadie en particular.

—Invitaremos a algunos amigos del trabajo y el instituto —dijo Zeke—, así que habrá unas veinte personas.

—Es un buen número —admitió Jessie—, ni muchos ni pocos. Espero que venga Ash. Dios, qué bueno está.

—Sí, lo que tú digas —dije—. Pues supongo que eso es todo. Ha sido bastante fácil de planificar en realidad.

—Rae es muy sencilla —dijo Kayden—, la persona más despreocupada del mundo.

Me pareció estúpido y resoplé.

—Prueba a vivir con ella. Me gritó por haber dejado un tenedor en el fregadero.

—Porque estaba cubierto de mostaza —replicó Zeke—. Y mancha.

—Lo que tú digas —dije—. La casa tiene que estar como los chorros del oro. Si no, es el fin del mundo.

—Es su casa —dijo Jessie—. ¿Quién quiere vivir como un cerdo?

—Y dejaste un cartón de leche que goteaba en el suelo —añadió Kayden.

Le dirigí una mirada furiosa, pues me sentía traicionado al ver que se ponía de parte de Rae.

Kayden se encogió de hombros y apartó la vista.

—Sólo era un comentario...

—Pues decidido entonces —sentenció Zeke—. Creo que se lo pasará bien. Parecía un poco deprimida cuando hablé con ella hace unos días. Deberíamos animarla.

—Sí —dijo Jessie—. ¿Cómo fue con Ryker?

—Bien —respondió Zeke—. Rae no tuvo ningún problema. Es evidente que él quiere recuperarla.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿De qué estás hablando?

Zeke se volvió hacia mí con mirada convencida.

—Cuando la llamé, vi su expresión, y también cuando le tocó el hombro. Sabe que fue un imbécil y no debió dejarla. La única razón por la que no ha intentado volver es porque sabe que ella ya lo ha superado.

Jessie observó a Zeke como si fuera la primera vez que lo veía. Tenía una expresión de sorpresa y admiración.

—No me había dado cuenta de que eras tan observador.

Siempre lo era cuando se trataba de Rae.

—Sí —dijo Kayden—. ¿Percibiste todo eso con una sola mirada?

—¿Eres un genio? —pregunté—. ¿Es que ahora sabes leer la mente?

—No —respondió Zeke—, pero he visto a Ryker con ella lo suficiente como para saber lo que piensa. Pero no importa, porque ella nunca volverá con él, no después de lo que le hizo.

—Más le vale —soltó Jessie—, porque abofetearía a Ryker cada vez que estuviéramos en la misma habitación.

—No te haría falta —dije—, porque yo lo mataría antes de que pusiera un pie en el apartamento. —Ryker había jodido a mi hermana una vez, pero no volvería a tener la oportunidad.

Jessie miró a su alrededor y vio la cantidad de gente que entraba y salía de la bolera. Había mucha actividad, sobre todo para ser miércoles.

—Parece que el negocio prospera. Debe haber varios cientos de personas.

—Las cosas están yendo genial. —Abrí la cartera y saqué un cheque—. Por cierto... Por fin puedo pagarte una parte. —Lo dejé en la mesa junto a la cerveza de Zeke—. Es la primera mitad. Te daré la cantidad restante dentro de un mes.

Zeke lo levantó en el aire, observándolo de cerca.

—Vaya. No me lo esperaba tan pronto.

—He estado ahorrando para poder devolveros el dinero más rápido.

—No hacía falta —dijo Zeke—. No lo necesito enseguida.

—Pero quiero zanjar el tema —protesté—. Cuanto antes salde la deuda, antes dejaré de preocuparme. Y no me sentiré culpable por gastar el dinero en otras cosas. Cuando os pague lo que os debo, podré comprarme una PS4 nueva y todos los juegos que quiera.

Zeke se rio.

—Bueno, creo que a Rae no le habría importado que lo hicieras.

—En cualquier caso —añadí—, ya sólo me queda la mitad.

—¿Vas a darle otro cheque a Rae? —preguntó.

—Sí, cuando llegue a casa. —Seguramente le daba igual el dinero. Sólo quería que me mudara cuanto antes. A mí tampoco me gustaba estar allí, sobre todo porque Kayden y yo nos enrollábamos con mucha frecuencia. Tenía que escabullirme y fingir que hacía otras cosas aparte de follarme a la mejor amiga de mi hermana. Si tuviera mi propia casa, sería mucho más sencillo—. Ya queda menos para mudarme de una puta vez.

Zeke dobló el cheque y lo metió en la cartera.

—Puedo asegurarte que Rae tiene aún más ganas que tú de que llegue ese día.

RAE LLEGARÍA A CASA EN CUALQUIER MOMENTO Y MI MISIÓN ERA HACER QUE se arreglara para salir. Todos estarían esperándola en el bar y empezarían a

llamar la atención en cuanto entrara.

Planear fiestas de cumpleaños sorpresa no era lo mío, pero mi hermana había pasado un año complicado y quería hacer algo para animarla. Había ocultado su dolor todo lo posible cuando Ryker la dejó, pero sabía que le había costado superarlo. Se merecía la fiesta y no sólo porque fuera su cumpleaños.

Llamaron a la puerta.

¿Quién demonios era? Todos sabían que habíamos quedado en el bar. Abrí la puerta, esperando ver a un miembro de la pandilla, pero me encontré cara a cara con un desconocido que sujetaba un jarrón con flores.

—Eh... ¿qué coño es esto?

—Una entrega para Rae. —Me lo tendió e hizo que firmara el recibo del portapapeles—. Que tenga un buen día. —Se alejó para realizar su próxima entrega.

Dejé el pesado jarrón sobre la mesa y miré las dos docenas de rosas recién cortadas que apestaban a primavera. Yo no le había comprado flores y no conocía a nadie que pudiera haberlo hecho. Vi la tarjeta dentro del sobre, pero sabía que no debía leerla.

«No es asunto mío».

No importaba.

«¿A quién le importa?»

Pero ¿y si fuera de Ryker?

¿Y si intentaba follar con ella otra vez?

Podía leer la tarjeta y volver a meterla en el sobre. Rae no se enteraría.

¿Verdad?

Pero violaría su privacidad.

Actuaría como un cretino.

Pero tenía buenas intenciones, así que no pasaba nada.

¿No?

Miré la tarjeta un minuto más antes de ceder y abrirla.

Saqué la tarjeta y leí las palabras escritas a máquina.

Rae,

Gracias por venir la semana pasada. Significó mucho para mí.

Que tengas un cumpleaños especial.

-Ryker-

JODER. JODER. JODER.

Zeke tenía toda la razón. Ryker intentaba volver con ella. ¿Por qué si no le enviaría dos docenas de rosas si no tuviera intenciones románticas? Vaya puto imbécil. Después de todo lo que le había hecho pasar, ¿tenía el valor de volver arrastrándose?

No me lo podía creer.

No podía dejar que viera la tarjeta. Le arruinaría el cumpleaños y la confundiría. Los últimos tres meses habían sido muy difíciles. No tenía por qué recordar al hombre al que confesó su amor eterno para recibir el silencio por respuesta.

Sabía que no debía hacer lo que estaba a punto de hacer, pero no podía dejar que lo viera. Se haría un lío.

Agarré el jarrón y la tarjeta y crucé el pasillo hacia el contenedor de basura. Lo metí todo dentro, cerré la trampilla y oí que se hacía añicos al caer al fondo. Volví y me lavé las manos como si acabara de deshacerme de un cadáver. Y fue justo a tiempo, porque Rae entró inmediatamente después.

—Hola. —Dejó el bolso en la encimera y se soltó el moño que llevaba.

—Feliz cumpleaños. —No la había visto esa mañana porque había ido temprano a trabajar.

—Gracias. —Me dirigió una sonrisa, algo que había echado en falta los últimos tres meses—. Me estoy haciendo mayor.

—Como soy cuatro años mayor que tú, recuerda que cuando envejeces, yo lo hago aún más.

—Es verdad —dijo riendo—. Bueno, voy a ducharme.
—Muy bien, porque quiero llevarte a tomar una copa.
—¿Tú? —preguntó suspicaz.
—Sí, yo. Y hay algo que quiero darte.
—Para empezar, me sorprende incluso que te hayas acordado de mi cumpleaños. ¿Y me vas a hacer también un regalo?
—Lo sé. —Me encogí de hombros con modestia—. Es una locura.
—Dame treinta minutos y estaré lista para salir.
—Genial. Y ponte guapa. No quiero que la gente crea que salgo con una vieja.
Me hizo una peineta antes de alejarse.

LE ENVIÉ UN MENSAJE DE TEXTO RÁPIDO A ZEKE.

Estamos a punto de entrar. Preparaos.

Ok.

Rae notó la rapidez con la que tecleaba.

—¿Viene alguien más?

Me guardé el móvil en el bolsillo.

—Le he preguntado a Zeke si hace algo esta noche. Todavía no me ha respondido.

—Me escribió antes para desearme feliz cumpleaños. Fue un bonito gesto.

—Me sorprende que se haya acordado.

—No. Zeke siempre recuerda mi cumpleaños.

Entramos en el bar y la conduje a la parte de atrás.

—¿A dónde vamos? La barra está por allí.

¿Por qué incordiaba tanto?

—Quiero enseñarte algo.

—Ya sé dónde están los servicios.

«Cállate de una vez».

—Jessie me ha dicho que está esperando en la parte de atrás. Venga.

Cedió por fin.

Nos fuimos a la parte de atrás y abrí la puerta para que Rae pudiera entrar primero.

Al instante, todos saltaron gritando:

—¡Feliz cumpleaños!

Rae se llevó un susto tremendo, y se tapó la boca mientras gritaba.

—¡Oh, Dios mío! Me habéis dado un susto de muerte.

—Para eso están los cumpleaños, chica. —Jessie alzó su copa.

Rae me miró por encima del hombro.

—¿Tú lo sabías?

—Pues claro —contesté haciéndome el listillo.

—¿Que si lo sabía? —dijo Zeke riendo. —Él fue quien lo planeó todo.

Rae volvió a mirarme y esta vez su expresión era diferente. No me dirigió la mirada de odiosa hermana pequeña que veía a diario. Era una mirada llena de afecto y cariño. No sabía qué decir y, en lugar de sonreír, sus rasgos se suavizaron.

—Ha sido un gesto muy bonito...

No me gustaban esos momentos emotivos que teníamos a veces. Ocurrían en muy raras ocasiones y tenía una explicación. Nunca me había caracterizado por mostrar mis sentimientos abiertamente. De hecho, la intimidad emocional me aterraba.

—Gracias, Rex. —Rae se acercó a mí y me abrazó.

Le devolví el abrazo, pero lo hice rápidamente, tratando de que acabara pronto para poder continuar con la diversión.

—Pues claro. Me gustas... a veces.

—¿Sólo en mi cumpleaños? —Al sonreír me demostró que sabía que bromeaba.

—Sólo.

—Pues gracias por gustarte hoy. —Se alejó para saludar a los demás. El primero fue Zeke, y le dio un abrazo.

Él no le devolvió el abrazo con rapidez y se apartó. La rodeó fuertemente por la cintura y la atrajo hacia su pecho. Incluso cerró los ojos y le susurró algo al oído.

Tal vez le estaba dando demasiada importancia, pero aquel abrazo no tenía nada de platónico.

Rae fue a saludar a los demás. Los regalos estaban apilados en la mesa junto a la tarta que Jessie había elegido para ella.

—¡Oh, Dios mío! —Se tapó la boca mientras contemplaba la tarta diseñada con el emblema de su equipo favorito—. Es la mejor tarta del mundo.

—¡Fue idea mía! —Jessie levantó la mano.

—Tía, es perfecta. —Rae la abrazó por segunda vez.

Zeke se me acercó y me dio un codazo.

—Esta fiesta está siendo un éxito.

—Ni siquiera ha empezado.

—Pero mira lo feliz que está. —Zeke la observaba mientras saludaba a sus amigos, abrazando a todo el mundo y disfrutando al ser el centro de atención. Se quedó mirándola más tiempo del necesario antes de volverse hacia mí.

—¿Viene Rochelle?

—Sí —dijo sin mostrar reacción alguna—. Hoy tenía que quedarse en el trabajo hasta tarde, así que llegará en una hora más o menos.

—Ah, genial.

Jessie se subió a una de las mesas y sostuvo en alto su copa.

—¡Que empiece la fiesta!

KAYDEN SE RESTREGABA CONTRA MÍ EN UNA ESQUINA OSCURA Y APARTADA. Llevaba un vestido ajustado y sus tetas se veían muy follables. Se había arreglado el pelo, su maquillaje era sexy y llevaba unos tacones que acentuaban sus piernas interminables.

Sabía exactamente lo que hacía.

La miré con un gesto de advertencia.

—Nena, pórtate bien.

—Nadie nos ve. —Buscó mi polla con la mano en la oscuridad y trazó el contorno sobre los vaqueros—. Siempre está el cuarto de baño.

Cerré los ojos e imaginé sus dedos aferrando mi miembro con fuerza.

—Ojalá.

—Venga, seamos atrevidos.

—O esperemos a que acabe la noche. —La agarré de la muñeca y la aparté—. Esta noche me quedará en tu casa.

—¿Me lo prometes? —Me miró haciendo un mohín.

Deseaba sentir su suave boca en mi polla.

—Sí.

Jessie pasó a nuestro lado y, por suerte, no se percató de nada.

—¡Vamos a abrir los regalos!

Rae estaba un poco borracha y se tambaleaba con los tacones.

—¿Me habéis comprado regalos? Tíos... —Se balanceó ligeramente hacia un lado.

—Pues claro. —Jessie la agarró por la muñeca, pero estaba tan borracha que no sirvió de mucho.

Zeke fue al rescate y condujo a Rae a una silla.

—Toma asiento y te iré pasando los regalos.

Rae levantó su copa y la chocó contra el brazo de Zeke a modo de brindis.

—Zeke, eres el mejor, ¿sabes?

Se rio, dirigiéndose a la mesa donde estaban los regalos.

—Sí. Lo has dicho unas diez veces esta noche.

—¡Pero es verdad! —dijo Jessie— ¡Y estás muy bueno!

Zeke sonrió y le acercó una silla.

—Vale. Tú también deberías sentarte.

Rae levantó la copa.

—¡Como un tren! ¡Yuju!

Zeke se encogió de inmediato al oír a Rae gritando para que todo el mundo la oyera. La vio vaciar su copa de un solo trago, contemplándola durante casi un minuto. Salió por fin del trance y cogió el primer regalo que vio.

—Aquí tienes. —Se lo tendió.

A Rae se le cayó al suelo.

—Uy... —Se acercó a Jessie, riendo como si el accidente fuera particularmente divertido.

Kayden se inclinó sobre mí, acariciándome el trasero por encima de los vaqueros. Estábamos en la esquina, así que nadie podía vernos desde atrás.

—Están todos tan borrachos que nadie se daría cuenta si te hiciera una paja ahora mismo.

Esta mujer me estaba matando.

—Espera a que lleguemos a casa, ¿vale?

—¿Por qué iba a querer esperar cuando puedo hacértela ahora? —Se acercó peligrosamente a mí y estuvo a punto de besarme en la boca.

Le di un cachete en el trasero.

—Compórtate.

Soltó una risita a mi oído.

—¿Cómo quieres que me comporte si me estás tocando el culo?

No podía creer que fuera la misma Kayden que siempre estaba enfrascada en sus libros. Antes era tímida y cohibida, y ahora era un monstruo ansioso de sexo.

—Voy a tener que darte unos azotes cuando lleguemos a tu casa.

—Excelente.

Rae abrió todos los regalos, haciéndose con una buena colección de tarjetas de regalo, ropa y bisutería. Le tendió las bolsas y cajas a Jessie, que hizo un pésimo trabajo organizándolo todo porque estaba tan borracha que ya no era capaz de distinguir su cara de su culo.

—Muy bien. —Zeke le tendió una caja—. Este es mío.

—Oh... —Rae lo cogió, sosteniéndolo contra su pecho—. ¿Es el juego Operación?

—No —dijo Zeke riendo—. Y no soy cirujano.

—Eres como un cirujano cuando estallas espinillas —bromeó Rae.

Por lo general, Zeke se habría sentido molesto al oír un comentario así, pero al tratarse de Rae, no pasaba nada. Sonrió por toda respuesta.

—Ábrelo y verás si te equivocas.

Rae arrancó el papel de envolver y se lo tiró a Jessie. Desenvolvió la caja de cartón y tiró con fuerza de las solapas, selladas con cinta adhesiva, aunque era incapaz de abrirla.

—¿Alguien tiene una navaja?

Zeke le quitó la caja de las manos y despegó la cinta adhesiva de los lados para que no se clavara la navaja en el ojo como una tonta. Se la devolvió.

—Ya no hay problema.

Abrió la tapa de la caja y miró dentro.

—¡Genial! ¡Un nuevo balón de baloncesto! —Lo sacó y lo sostuvo entre los dedos—. El mío estaba ya hecho un desastre. Es perfecto. —Se puso de pie y empezó a driblar el balón.

—¡No! —Zeke agarró el balón tras botar contra el suelo una vez—. No es para jugar.

—Entonces, ¿para qué es? —preguntó Rae sin comprender.

Zeke le dio la vuelta al balón y le mostró algo en su superficie. Había algo garabateado en tinta negra, probablemente un autógrafo.

Rae entrecerró los ojos tratando de leer lo que ponía, pero tardó unos

segundos en averiguarlo. Al hacerlo, abrió los ojos de par en par y se llevó las manos al pecho como si fuera a darle un ataque al corazón.

—¡Ostia puta! ¿Michael Jordan, joder?

Me quedé con la boca abierta.

Le quitó el balón a Zeke y contempló las letras con manos temblorosas.

—Oh, Dios mío... No puedo respirar.

Zeke la miraba con la sonrisa más amplia que había visto jamás en su rostro.

—¿Cómo demonios lo has conseguido? —gritó.

Jessie se acercó.

—Déjame verlo.

—Es mortal. —Tobias echó un vistazo por encima del hombro de Rae—. Es su firma auténtica. La reconozco. —Leyó el mensaje en voz alta—. Para Rae, mi mayor fan. Michael Jordan. —Tobias se llevó las manos a la cabeza y dio un paso atrás—. Es el mejor regalo de cumpleaños del mundo. —Le hizo a Zeke una reverencia—. Eres el puto amo, tío.

Rae abrazó el balón contra su pecho y miró a Zeke con lágrimas en los ojos.

—¿Me puedes explicar cómo lo has conseguido?

—Es una larga historia. Básicamente, fui a un partido con unos amigos del trabajo y estaba allí, así que le pedí que lo firmara. —Zeke no había dejado de sonreír desde que Rae había abierto el regalo.

—¿Tú también tienes uno? —preguntó.

—No. —Se encogió de hombros—. Pero sé que tú eres más fan de él que yo.

—No sé qué decir... —Le tendió el balón a Jessie y le echó los brazos al cuello, abrazándolo.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca, Zeke. Muchísimas gracias. —Apoyó la barbilla en su hombro, presionando su pecho contra el de Zeke.

Él la sujetó por la cintura, apoyando la cabeza junto a la suya.

—Te lo mereces, Rae. Eres mi mejor amiga.

Se abrazaron durante casi un minuto y Rae cerró los ojos mientras se aferraba a él. Zeke no apartó la vista del suelo mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Ninguno de los dos dijo nada.

—Qué detalle ha tenido Zeke —susurró Kayden.

—Sí... la verdad es que sí. —Sabía que no debería sorprenderme, pero no pude evitarlo. Zeke era feliz con Rochelle, pero parte de sus sentimientos hacia Rae jamás se extinguirían. La vería de una forma distinta al resto de nosotros.

Por siempre.

RAE ESTABA BORRACHA AL TERMINAR LA NOCHE, Y SABÍA QUE SERÍA responsabilidad mía llevarla a casa. Porque... vivía con ella.

—Yo la llevaré —dijo Zeke—. Tengo la furgoneta y puedo llevar sus cosas en la parte de atrás.

—¿Estás seguro? —Estaba buscando una excusa para irme con Kayden.

—Sí.

—¿Y qué pasa con Rochelle?

—A Rochelle no le importará.

Rochelle estaba hablando con Jessie y Kayden al otro lado del local, integrada como si hubiera formado parte del grupo desde el principio. Dijo algo divertido y las otras dos se echaron a reír. No nos estaba prestando atención.

—¿Un balón de baloncesto de Michael Jordan? —Le dirigí una mirada acusadora a Zeke—. ¿En serio?

—¿Qué? Sabía que le gustaría.

—Debes admitir que es un regalo ridículo. Y su significado es más que evidente...

Zeke mantenía un aire de indiferencia.

—No sé de qué me hablas.

—Pensé que ya lo habías superado. ¿Qué pasa con Rochelle?

—Ya he pasado página —replicó—, y soy feliz con Rochelle. Es increíble.

—Entonces, ¿a qué coño viene eso, Zeke? ¿Por qué no le has comprado ya de paso un cartel que ponga *Te quiero*?

Miró a las chicas y se aseguró de que no nos estaban escuchando antes de volverse hacia mí.

—Compré el balón hace ocho meses. Es obvio que cuando lo adquirí aún estaba en esa fase. Sería una estupidez no dárselo ahora. Joder, lleva su nombre.

Al darme esa explicación, me di cuenta de que mi reacción había sido exagerada.

—Siento haberte saltado al cuello.

—No pasa nada. Probablemente le habría comprado una tarjeta regalo de Mega Shake o cualquier otra cosa si no lo hubiera tenido.

—Sí, tienes razón.

Me dio una palmada en el hombro.

—¿Vienes con nosotros?

Traté de no mirar a Kayden.

—No. No me voy a casa aún.

—De acuerdo. Nos vemos. —Se acercó a Rae y la ayudó a levantarse—. ¿Puedes andar?

—Puedo correr, pringado. —Chasqueó los dedos y se tambaleó en la escalera de entrada.

—Eso es un no... —Zeke la cogió en brazos y, al instante, apoyó la cabeza en su hombro y se quedó dormida—. Joder, está pedo.

Rochelle cogió la caja con sus cosas.

—Al menos se lo ha pasado bien.

Kayden agarró una gran bolsa que contenía el resto de los regalos.

—Pero mañana no se lo pasará tan bien...

Rae murmuró contra el pecho de Zeke.

—El balón...

—Sí, Rae —dijo Zeke—. Tenemos el balón de baloncesto.

—No quiero perderlo —susurró—. Es mi favorito.

—Lo tengo —dijo Rochelle—. No te preocupes.

—Ah, bien —susurró Rae de forma incoherente—. Rochelle se encargará...

Zeke se rio y la llevó hacia la puerta.

—Te llevaremos a casa y podrás acurrucarte con el balón, ¿de acuerdo?

—Vale. —Se le agarró al cuello—. Dormiré con ese balón todas las noches...

—CREO QUE VOY A MORIRME... —NO ERA CAPAZ DE SALIR DE LA CAMA. ME martilleaba la cabeza como si estuviera en mitad de una tormenta invernal y tenía el estómago del revés debido a la gran cantidad de alcohol que había ingerido y que mi organismo trataba de procesar y eliminar.

Hacía mucho que no me sentía tan mal.

—No vas a morirte. —Rex se había vestido y estaba listo para marcharse. Llevaba vaqueros y un jersey, y se había afeitado y peinado—. Te pondrás bien. Tómate una aspirina y bebe mucha agua.

—¿Dónde está la aspirina?

—Te he organizado una fiesta de cumpleaños, ¿también tengo que buscarte las pastillas? —Rex se dirigió a la cocina a por el bote—. Me voy ya. No me llames.

Me quedé allí tumbada con mi gran perro al lado, con mal aspecto y sintiéndome como una mierda.

—Diviértete...

—Lo haré.

—¿Me traerás comida?

—Ya sabes dónde está el frigorífico. —Salió de mi habitación y se alejó por el pasillo. Escuché abrirse la puerta de entrada y voces.

—¿Cómo está? —La voz profunda de Zeke llegó hasta mi habitación.

—Hecha una mierda —dijo Rex—. Tiene un aspecto horrible.

—¿Necesita algo?

—Está bien —dijo Rex—. Yo voy a salir.

—¿A dónde vas?

Rex vaciló antes de contestar.

—Tengo que hacer unos recados y luego he quedado con un viejo amigo en el bar.

—¿No vas a quedarte con Rae?

—Ni de coña. Ya le he organizado una fiesta sorpresa. ¿También tengo que limpiarle el culo? —Rex debió haberse marchado porque no dijo nada más.

Se cerró la puerta y creí estar sola.

Oí las fuertes pisadas de Zeke en el pasillo y supe que venía a mi habitación. Giró la esquina y me observó desde la puerta.

—Hola. —Con un solo vistazo, supo que estaba fatal—. Se te ve... cansada.

—Tengo un aspecto terrible. Rex tenía razón.

—No, no es cierto.

—Cállate. —Me froté las sienes—. Sí que lo tengo. No tiene sentido decir lo contrario.

Me observó con una expresión ilegible, negándose a afirmar que tenía un aspecto horrible porque era demasiado bueno.

—¿Necesitas algo?

—No. Ve a disfrutar del día tan bonito que hace. —Tomé el bote de aspirinas, pero no era capaz de quitarle la tapa. Tenía ese absurdo mecanismo por presión para evitar que los niños lo abrieran. Me sentía tan mal que no tenía paciencia para abrirlo.

—Ya lo hago yo. —Zeke entró en la habitación y tomó el bote de pastillas. Lo abrió sin problemas y se dispuso a dejar algunas en la mesita de noche—. ¿Cuántas?

—Diez.

Sus labios esbozaron una sonrisa y depositó dos en la palma de mi mano. Luego me tendió una botella de agua.

—Con dos es suficiente.

—De acuerdo, doctor Zeke. —Me incorporé en la cama y las tragué con un sorbo de agua.

Zeke me tocó la frente para comprobar si tenía fiebre.

—El doctor Zeke me está examinando...

Me agarró de la muñeca, dándome un pellizco.

—Ay. ¿Por qué has hecho eso?

—Estás deshidratada. Por eso te sientes tan mal y tienes migraña.

Me había bebido al menos veinte cócteles la noche anterior. Estaba a reventar de líquido.

—No puede ser. Con todo lo que bebí anoche, estoy hidratada de sobra.

—No te lles a engaño, Rae. El alcohol provoca que el cuerpo libere más agua en tu orina. Te hace perder más agua de la que conservas.

De hecho, lo recordaba de fisio.

—Así que hay que beber muchísimo líquido.

—Vale, doctor Zeke...

—Zeke a secas. —Me tapó con las sábanas y le dio unas palmaditas en la cabeza a Safari— ¿Te hace falta algo?

—Estoy bien. Vete y haz algo productivo hoy.

—No me importa quedarme si me necesitas. Estaba claro que Rex tenía planes.

—No... Estaré bien. Pediré una pizza o algo. —Traté de incorporarme, pero me dio un mareo y volví a caer en la cama—. La próxima vez que beba tanto, detenme.

—¿Quieres que vigile lo que bebes?

—Por favor.

—Perfecto. —Me dio una palmada en el muslo—. Voy a llevarte al sofá y

a prepararte algo de comer.

—No tienes por qué hacer eso...

Zeke me cogió en brazos sin más y me llevó a la sala de estar. Me sentó en el sofá con la misma colcha de la cama. Ahuecó varios cojines para asegurarse de que estaba cómoda.

—Voy a Mega Shake. Volveré en unos veinte minutos.

—No hace falta.

—¿Es que prefieres otra cosa? —Zeke me conocía mejor que nadie y, cada vez que tenía opción de decidir dónde quería comer, siempre optaba por Mega Shake.

Aparté la vista en respuesta.

—Tal como pensaba.

ZEKE VOLVIÓ CON LAS HAMBURGUESAS Y LAS PATATAS FRITAS Y ME ENCONTRÓ en el sofá con mi balón de baloncesto.

—Si querías algo a lo que abrazarte, podía haberte dado un peluche.

Apreté el balón contra mi pecho.

—Prefiero mil veces abrazarme a este balón duro como una roca con la firma de Michael Jordan que a cualquier peluche de niña. Es una reliquia. —Le di la vuelta al balón y observé la firma, incapaz de creer que el icono al que más admiraba lo hubiera tocado con sus propias manos.

Zeke dejó la comida en la mesa de centro y tomó asiento a mi lado.

—¿Qué vas a hacer con él?

—¿A qué te refieres?

—¿Guardarlo en una caja? ¿Dormir con él por las noches?

—No sé. Me encanta tocarlo, así que no creo que pueda guardarlo en una caja.

—Pero no vas a jugar con él, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Aquel tesoro no iba a rozar el sucio suelo—. Aún no puedo creer que me lo hayas regalado. Es... el mejor regalo del mundo. ¿Cuándo fue?

—¿Recuerdas cuando fui a Chicago a un congreso?

Rebusqué entre mis recuerdos y me acordé de lo que me había contado sobre el partido.

—Recuerdo que dijiste que viste a Michael en las gradas.

—Sí. Y estaba sólo a dos asientos de distancia.

—Fue hace un año. Me sorprende que hayas guardado el balón para mí tanto tiempo.

Dio un bocado a la hamburguesa y se limpió la salsa con el pulgar, logrando que el gesto resultara atractivo.

—Sabía que sería un regalo de cumpleaños magnífico, así que decidí esperar.

—Y ha sido el mejor. Rex me ha organizado una fiesta y tú me has hecho este regalo... —Agité la cabeza—. Soy muy afortunada.

—Me alegro de que te sientas así. —Me sirvió la comida en un plato antes de encender la televisión. Había un partido, así que dejó ese canal mientras comía.

—¿Se puso celosa Rochelle?

Dejó de comer y se forzó a tragar, aunque estaba claro que no era el momento.

—¿Celosa de qué?

—Celosa de que hubieras conocido a Michael Jordan. Es aficionada a los deportes, ¿no?

—¡Ah! —Dio un trago al refresco para aclararse la garganta—. Prefiere el fútbol americano. Toda su familia es muy aficionada a los Seahawks, así que lo lleva en la sangre.

—Vale. Porque me alegro de que me hayas dado el balón a mí y no a ella.

—Bueno, habría parecido raro, porque lleva tu nombre.

—Es verdad... —Lo dejé a un lado y empecé a comer. Me aseguré de que el balón quedara oculto para no rozarlo de forma accidental con los dedos llenos de grasa. Safari lo observó, pero sabía que no debía lamerlo bajo ningún concepto—. ¿Tienes planes esta noche?

—Rochelle quiere probar un nuevo tailandés que han abierto.

—¿Chop Stick?

—Sí.

—Fui con Jenny el otro día. Es la bomba.

—Dices que todo es la bomba —bromeó.

—Mira, me gusta comer. Y me gusta describir las cosas que me gustan de forma apropiada.

—¿Cómo lo describirías si te *encantara* la comida?

—La puta bomba.

Dio un trago al refresco.

—Entonces supongo que no es tan bueno.

Metí la mano en su bandeja de patatas fritas y le robé un puñado.

—¿Sabes qué? Te está bien merecido.

—¿Me estás robando la comida? ¿Quién te crees que la ha traído?

—Los delitos graves requieren castigos severos.

Como estaba concentrada en las patatas, me quitó la hamburguesa y le dio un gran bocado.

—¡Cómo te atreves!

Habló con la boca llena.

—No cometas el delito si no vas a aceptar la condena.

—Devuélvemela.

Me dirigió una mirada arrogante antes de darle otro buen mordisco.

—Hijo de puta. —Me lancé del sofá, chocando contra su pecho. Zeke se cayó al suelo y la hamburguesa salió volando. Safari fue tras ella de inmediato, con la esperanza de alcanzarla primero—. Ni lo sueñes. —Estuve a punto de agarrarla, pero Zeke tiró de mí.

—No —dijo—. Te lo tienes merecido.

Safari se comió la hamburguesa de un solo bocado y se relamió el hocico. Me había quedado sin almuerzo, sólo me quedaban las patatas fritas.

—¡No!

—Lástima, qué pena. —Zeke se sentó y me movió sin esfuerzo. Se le contrajeron los músculos y, al contacto, parecía un muro de acero. Me colocó en el suelo a su lado.

Seguía en estado de shock.

—¿Qué se supone que voy a comer?

—Deberías haberlo pensado antes de buscarme las cosquillas.

Me rugió el estómago, así que hice un mohín.

Zeke suspiró y dividió su hamburguesa en dos mitades. Me tendió una y le dio un bocado a la otra.

La agarré con ambas manos para que nadie pudiera robármela esta vez.

—Gracias.

—Tienes suerte de que sea tan bueno. —Se apoyó en el sofá mientras comía, hundiendo la mano en la bolsa de patatas fritas entre bocado y bocado.

—Lo sé. —Después de haberme regalado el balón de baloncesto no debí actuar así, por mucho que se hubiera metido conmigo—. Me pareces la puta bomba.

Dejó de comer y sonrió.

—¿Es tu forma de decirme que me quieres?

Lo miré a los ojos y vi a una de las personas más importantes de mi vida. Rex era parte de mi familia de sangre, pero Zeke prácticamente también, pese a no compartir ADN conmigo. Era alguien que siempre había estado en mi vida, y siempre estaría. Era especial, más de lo que podía describir con palabras.

—Sí.

—¿CUÁLES SON LOS EQUIPOS? —ZEKE DRIBLÓ EL BALÓN A MI LADO mientras caminábamos por la acera hacia las canchas.

—Tobias y yo contra vosotros dos. —Rex y Tobias caminaban delante de nosotros, hablando sobre la noche anterior en los bares.

—Nunca quieres estar en mi equipo —repliqué—. Aunque siempre te doy una paliza.

—Prefiero que me des una paliza a ser tu aliado. —Rex no se dio la vuelta al hablar, tratándome con frialdad.

—Pero no sois competencia. —Llevaba unos leggings y un jersey gris. Cuando empezáramos a jugar, me entraría calor y tendría que quitármelo, pero por ahora, hacía demasiado frío en la calle—. Zeke y yo somos demasiado buenos.

—Vale —dijo Rex—. Yo haré equipo con Zeke y tú con Tobias.

Quería que Rex estuviera en mi equipo por una vez. Cuando me cubría, era especialmente agresivo. No le importaba darme codazos o empujarme como una muñeca de trapo. Los otros ni siquiera me tocaban. Y lo más irónico era que si Zeke o Tobias se chocaban conmigo por accidente, Rex se volvía una pesadilla.

—Pues vale.

Llegamos a la cancha y comenzamos a jugar. Tobias era un buen jugador, pero no existía entre nosotros la química que tenía con Zeke. De alguna forma, podíamos comunicarnos sin tener que hablar. Zeke sabía exactamente cuándo lanzar y cuándo fingir que iba a pasar el balón. Y yo siempre averiguaba sus movimientos.

Tobias y yo íbamos ganando, pero no con mucha ventaja. Cambiar los equipos hacía que el partido estuviera más reñido, pero se debía a que Zeke y Rex eran prácticamente uno solo. Pensaba que Zeke y yo conectábamos, pero ellos estaban a otro nivel.

A mitad del partido, ya estaba cubierta de sudor y me dolía el cuerpo. Me quité el jersey de Nike y lo arrojé al suelo junto a la pista, sin importarme que

se ensuciara. Tenía el nacimiento del cabello empapado del sudor y apenas podía respirar.

—Seguimos teniendo ventaja. —Tobias apoyó las manos en las caderas y trató de recuperar el aliento. Estábamos debajo de nuestra canasta, descansando un poco antes de volver al juego—. Si continuamos como hasta ahora, ganaremos.

—Sí... pero aún queda medio partido. —Me pasé el brazo por la frente para secarme el sudor, aunque no iba a servir de nada.

—Nos irá bien. Formamos un buen equipo.

—Sí. —Miré al otro lado del campo y vi a nuestros oponentes hablando entre ellos. Rex tomó su botella de agua y dio un largo trago. Zeke se quitó la camiseta de manga larga debajo de la canasta. Su piel clara era perfecta, con músculos marcados por doquier. Tenía los hombros redondeados y definidos. Se podían apreciar los músculos a lo largo de su brazo, dando forma a un físico perfecto que podría usarse para un estudio anatómico. No tenía grasa, así que cada detalle era visible.

Tenía un pecho amplio y poderoso, y sus pectorales podrían mover montañas. Su estómago era lo mejor, una perfecta tableta de chocolate. Su esbelta cintura se estrechaba en las caderas y se adivinaba dónde comenzaba el vello.

Era muy apetecible.

Ya lo había visto sin camisa, pero hacía mucho tiempo y no me acordaba. Y ya sabía que tenía un buen cuerpo. Incluso con camiseta se le veían unos brazos y hombros fantásticos. Pero ahora que me encontraba cara a cara con su belleza física en estado puro, no podía dejar de mirar.

Mierda, qué bueno estaba.

¿Siempre había sido tan sexy?

Más me valía dejar de mirar. Zeke era mi amigo y resultaba extraño.

«Deja de mirar».

Dios, no podía parar.

Sentí el deseo repentino de soltarle un piropo, algo que no había querido hacer en la vida.

—¿Te encuentras bien? —La voz de Tobias me sacó de mi ensoñación.

—¿Qué si me encuentro bien? —pregunté— Estoy genial, joder. Fantástica, maravillosa. ¿Por qué no iba a estarlo? —Sonaba a la defensiva incluso a mis oídos.

—Pues... llevo intentando llamar tu atención casi un minuto.

—Perdona, estaba pensando en una jugada que podríamos hacer.

—Genial. ¿Cuál?

—Eh... da igual. No creo que funcione. Rex ya la conoce.

—Maldita sea.

Nos encontramos en el centro de la pista y comenzó la segunda parte del partido. Ahora que estaba a metro y medio de Zeke, me estremecí. No podía relajarme y notaba insensibilidad en los dedos.

«No mires».

«No».

«¡Mierda, he mirado!»

«Contrólate, Rae».

Llevaba tres meses sin acostarme con nadie. Eso era todo. Mis hormonas estaban fuera de control y mi cuerpo deseaba que la sequía acabara. Era por eso. No había otra razón.

Cuando empezamos la segunda mitad, me centré en el partido y no en el físico perfecto de Zeke. Presté atención a Tobias e hice lo posible por encestar el mayor número de tantos posible.

Hasta que Zeke me cubrió.

Me bloqueó la visión de la canasta con su enorme pecho. Trataba de evitar con la mano que le pasara el balón a Tobias.

Mierda, me estaba distrayendo.

Se había formado sudor en el pecho de Zeke y las gotas resbalaban por los deliciosos músculos de su cuerpo. Quería tocarlo para ver lo duro que

estaba, además de otras partes.

«Guau».

«Qué mal».

Zeke me quitó el balón de un manotazo y salió corriendo hacia el otro lado de la cancha, marcando un punto contra mí.

Nunca antes me habían robado el balón.

No estaba pensando con claridad.

Rex se acercó a la carrera.

—¿Estás perdiendo facultades, perdedora?

No sabía qué estaba pasando, pero perder mi habilidad jugando al baloncesto era el menor de mis problemas.

TENÍA EL ROSTRO ENTRE MIS PIERNAS Y LE HACÍA COSAS EXQUISITAS CON LA boca a mi coño palpitante. Me penetró con la lengua, haciéndome el amor dulcemente con la boca. Entonces se apartó e hizo movimientos circulares en torno al clítoris, precipitando mi orgasmo.

Era tan placentero...

Me agarré a sus cabellos con fuerza, y gemí moviendo las caderas y acercando aún más el coño a su cara.

Me agarró los muslos con sus grandes manos, separándomelos y dejando aún más superficie expuesta.

—Podría hacer esto todo el día.

—Pues hazlo, por favor. —Me aferré a sus brazos y le clavé las uñas en la piel.

Me chupó con intensidad antes de arrastrarse sobre mi cuerpo.

—Pero quiero follarte aún más. —Presionó mis muslos hacia atrás y me penetró de golpe.

—Oh Dios... —Agarré sus bíceps y sentí cómo me penetraba con su

enorme paquete—. Zeke.

—Quiero tu coño. Y te quiero a ti.

—Sí... Yo también te quiero.

Me embistió con fuerza, follándome como una bestia, pero sin perder el romanticismo.

Entonces me corrí.

—Zeke... Zeke.

Me besó en la boca hasta que el orgasmo se disipó.

Aquella sensación hizo que recuperara la conciencia. Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba en mi habitación, pero Zeke no. Tenía húmeda la entrepierna, pero no a causa de su saliva.

No podía quitarme de la cabeza los detalles del sueño, ni siquiera al despertarme. Era como si acabara de ocurrir. Recorría mi cuerpo con sus caricias, y su polla aún seguía en mi interior. La neblina que me cubría los ojos me hizo querer volver a ese sueño, sentir esa intimidad.

Pero no podía creermelo que hubiera tenido un sueño erótico con Zeke.

Nunca me había pasado.

REX

SONÓ LA ALARMA DEL MÓVIL Y LA POSPUSE TRES VECES ANTES DE levantarme.

—Odio trabajar...

Kayden echó la colcha hacia atrás y salió de la cama. Llevaba una de mis camisetas, y estaba muy sexy con ropa holgada.

—No está tan mal. La peor parte es levantarse.

—Estoy deseando ganar dinero suficiente para contratar a un gerente. Así podré ir sólo de vez en cuando.

—Creo que te aburrirías. —Se acercó a mi lado de la cama y se sentó a horcajadas sobre mí.

Me apoyé en el cabecero, y al sentir su piel desnuda, me di cuenta de que no llevaba bragas. A veces hacía cosas muy atrevidas.

Me bajé los bóxers y mi miembro quedó al descubierto, listo para la acción. Me deslicé en su interior y comprobé que ya estaba húmeda. La penetré y cerré los ojos durante un momento, disfrutando de ella.

Me montó despacio, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Qué harías todo el día si no trabajaras?

—Follarte.

Continuó meciéndose sobre mí.

—Pues yo tengo que trabajar, así que no estaré aquí.

—Deja el trabajo. Te pagaré para que hagas esto todo el día.

—Aunque suena tentador, no me parece una ocupación muy respetable.

—Mmm, sí lo es. —La agarré de las caderas, acercándola aún más a mi cuerpo. Me encantaba cada centímetro de su coño. Nunca había follado tanto tiempo con la misma mujer, y llevábamos ya cuatro meses. Pero nunca me cansaba.

Aumentó ligeramente el ritmo, y al poco empezó a gemir, emitiendo aquellos sonidos eróticos que me encantaban.

Yo estaba a punto de correrme en su interior, pero me contuve y esperé a que acabara. Que una mujer tan guapa me follara nada más despertarse como si lo necesitara para salir de la cama era tremendamente sexy.

En cuestión de segundos alcanzó el clímax, gimiendo de placer. Echó la cabeza hacia atrás y montó mi polla hasta que se disiparon los efectos del orgasmo, clavándome las uñas en los hombros desnudos. Su respiración se hizo pesada y profunda conforme las sensaciones pasaban.

Al terminar ella, pude correrme sin sentirme como un gilipollas. Se la metí hasta el fondo antes de eyacular, asegurándome de que ni una gota escapara de su precioso coño.

El orgasmo fue increíble, la forma perfecta de empezar el día.

—Ahora tengo aún menos ganas de ir a trabajar.

—Recuerda que, cuando salgas del trabajo, estaré esperando. De hecho, los dos lo haremos...

ZEKE Y YO QUEDAMOS EN NUESTRO RESTAURANTE DE ALITAS FAVORITO PARA cenar. Pedimos las alitas picantes con patatas y dos cervezas enormes. Había un partido en el televisor de la esquina, pero me costaba concentrarme porque estaba pensando en la tigresa.

—¿Puedo preguntarte algo?

Zeke terminó una alita y se limpió el dedo con la servilleta.

—¿Qué?

—Llevo un tiempo acostándome con una chica.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Varios meses...

A Zeke se le abrieron tanto los ojos que parecía que iban a salirse de las órbitas.

—¿Varios meses? ¿Tú?

—Lo sé... es muy raro, ¿verdad?

—Superraro —contestó—. En tu caso, es un récord.

—Sí. —Uno grande.

—La relación más larga que te recuerdo fueron las tres semanas con Vanessa.

—Ah, sí... —Me había olvidado de ella—. Iba andando por la calle y ella salía de un estudio de tatuajes. Acababa de hacerse un piercing en la lengua, así que decidimos probarlo. Y, por si no lo sabías, las mamadas con piercing son increíbles.

—Tres meses... Eso es una relación.

—Oye, para el carro. —Me llevé las manos a la cara—. Sé que no es una relación. Dijo que quería un rollo, igual que yo.

—Los rollos no duran meses.

—Pero el sexo es increíble, tío. —Sólo de pensarlo se me ponía dura—. Es perfecta.

—¿Te has acostado con alguien más en ese periodo de tiempo?

—¿Para qué —repliqué—, cuando puedo mandarle un mensaje y pedírselo a ella?

Me dirigió una mirada cómplice, como si supiera algo que a mí se me escapaba.

—Rex, suena a que tienes una relación seria. ¿Quién es la chica?

No podía decírselo de ninguna manera.

—Una mujer cualquiera.

—¿Y tiene nombre esa mujer?

Traté de improvisar sobre la marcha.

—Bonnie. —Yo no conocía a ninguna Bonnie y él tampoco.

—Llevas varios meses acostándote con Bonnie —dijo—. Debes sentir algo más que mero deseo.

—No. —Follábamos y nos lo pasábamos genial. Eso era todo.

—Pues te aseguro que ella sí siente algo por ti.

—Créeme, tío. No siente nada. —Conocía a Kayden como él jamás lo haría.

—Conozco a las mujeres, y no les van los rollos tan largos. Terminan pasando página y buscando a alguien que se comprometa.

—Esta no.

—Aunque no sienta nada ahora, que seguro que sí, es sólo cuestión de tiempo que suceda. Si es verdad que no sientes nada por esa chica y nunca lo harás, tienes que dejarla marchar. Porque vas a destrozarle el corazón.

Sus palabras me impactaron. La idea de hacerle daño a Kayden me revolvía el estómago. Quería mantener nuestro acuerdo, pero preferiría morirme a romperle el corazón. No era sólo mi amiga. Era como parte de mi familia. Si otro tío le hiciera daño, echaría abajo la puerta de su casa y lo asesinaría a sangre fría.

Zeke me observaba mientras daba un trago a la cerveza.

—¿Entiendes lo que te digo?

Asentí porque sabía que tenía razón.

—Yo lo haría pronto. Saldría de ahí antes de que las cosas se complicaran, ¿sabes?

—Sí... —Solté un suspiro de desesperación.

Zeke se percató.

—Pero si te gusta de verdad, ten una relación con ella.

—Esas cosas no me van, tío. Lo sabes.

—Eso no es verdad. Cuando conoces a alguien que te gusta mucho, puedes hacer lo que sea por ella.

—Pero yo nunca he sido monógamo. No me veo casándome. Ni siquiera sé lo que voy a hacer la semana que viene.

—No hace falta que sepas lo que vas a hacer la próxima semana o más adelante. Sólo debes saber a quién quieres tener a tu lado cuando lo descubras.

Era lo más sabio que le había oído decir jamás, y me quedé sin palabras.

—Hablando de tiempo... —Dejó la cerveza a un lado y metió la mano en el bolsillo—. Rochelle y yo llevamos juntos y felices mucho tiempo...

Eran seis meses, pero bueno.

—Y creo que será una compañera maravillosa con la que compartir mi vida. Será una madre y esposa estupenda... —Sacó un pequeño estuche y lo dejó sobre la mesa—. Así que le voy a pedir que se case conmigo.

Ostia puta.

Estaba pasando.

Joder. Joder. Joder.

Zeke esperaba que reaccionara con una gran sonrisa y dándole la enhorabuena.

Pero no era capaz de hacerlo. Estaba en estado de shock. Aquella relación había ido muy rápido desde el principio, y no me daba buena espina.

—¿Rex? —Su sonrisa se desvaneció al ver mi expresión muda.

—Es sólo que... supongo que me ha sorprendido.

—¿Por qué?

—Es un poco precipitado, ¿no te parece? —Sabía que era un capullo por decir eso, pero debía ser la voz de la razón. Follar y jugar a las casitas no estaba mal, pero el matrimonio era algo muy serio.

—¿Precipitado? —Zeke dijo la palabra como si no estuviera seguro de su significado.

—Zeke, sólo llevas seis meses con Rochelle...

—Sí, pero estamos muy bien.

Tenía esa sensación porque quería sentar cabeza lo antes posible para no estar dolido por lo de Rae. Pero, ¿podría ser tan duro con él?

—Zeke, me gusta mucho Rochelle. Es muy buena chica...

—¿Pero qué?

—Creo que... a veces... puede que...

—Suéltalo de una vez, Rex.

Me detestaba por decir aquello, pero sería aún peor si no lo hacía.

—Estás con ella de rebote, tío.

—¿De rebote? —Me miró con frialdad, como si aquella insinuación fuera imperdonable—. No estaba saliendo con nadie antes que con Rochelle.

—No me hagas decirlo, hombre... —Zeke me sostuvo la mirada—. Ibas a por Rae, pero Ryker se interpuso en tu camino. Y, justo después, conociste a Rochelle. Creo que te afectó más de lo que parecía y ahora te apresuras a casarte porque ni tú mismo sabes qué más hacer. —Se cruzó de brazos y apretó la mandíbula—. Odio decirte esto, de verdad. Pero es lo que pienso.

—Amo a Rochelle, Rex. En caso de que no te hayas dado cuenta, me hace feliz.

—Y me alegro de que así sea. Esto no tiene nada que ver con ella.

—¿Tan improbable te parece que haya encontrado a la mujer con la que debo estar?

—¿Por qué te has autoconvencido de ello? —La gente hacía locuras para protegerse del dolor.

—He superado lo de Rae, Rex. Y ya hace tiempo. Ahora está soltera, y no voy tras ella porque amo a Rochelle.

—No. Es porque sabes que no siente lo mismo que tú. —Odiaba hacer eso, pero ¿cómo iba a ser su mejor amigo si no era claro con él e intentaba disuadirlo antes de que cometiera el mayor error de su vida?

Apretó aún más la mandíbula.

—Esta relación está yendo demasiado rápido. Si llevaras saliendo con ella

al menos un año, sería diferente. Pero habéis ido corriendo al final y os habéis saltado el principio y todo lo del medio. No niegues que tengo razón.

—Cada relación es un mundo, Rex.

—¿Por qué tienes que casarte con ella ahora mismo? —repliqué—. ¿Por qué no esperas unos meses más? ¿Preferiblemente un año?

—¿Para qué esperar? Estoy listo para casarme y formar una familia.

—Pero debes esperar a la persona adecuada. ¿Estás seguro de que es Rochelle?

—Es perfecta —respondió—. Dime algo malo de ella.

No era tan estúpido como para hacer algo así.

—Tío, Rochelle no tiene nada de malo. Nunca he dicho que lo tenga. Pero sigo pensando que lo haces por los motivos equivocados.

Cogió el anillo.

—Lo que tú digas. —Se guardó el estuche en el bolsillo y se alejó de la mesa.

Dejé que se fuera porque ambos necesitábamos distanciarnos. Lo que le había dicho era doloroso, y no podía culparlo por estar molesto conmigo. Cuando se lo pensara mejor, se daría cuenta de que yo tenía razón.

PASÓ UNA SEMANA Y NO TUVE NOTICIAS DE ÉL.

Se supone que debía romper el acuerdo con Kayden, pero estaba demasiado deprimido por lo ocurrido con mi mejor amigo como para terminar con ella. Así que seguí acostándome con Kayden a todas horas y, por suerte, me hacía sentir un poco mejor.

Al final de la segunda semana, no pude soportar más el silencio.

Quería que volviéramos a ser amigos. Incluso quería disculparme por haberle hecho daño.

Fui a su casa y llamé a la puerta.

Abrió con una expresión adusta en el rostro, y no pareció alegrarse de verme. Pero si no hubiera querido hablar conmigo, no me habría abierto. Sin mediar palabra, se alejó de la puerta.

Esa fue la única invitación que iba a recibir.

Entré tras él y lo seguí a la sala de estar. Había un partido en la televisión, pero le había quitado el sonido.

Se sentó en un sofá.

Yo me senté en el otro.

No me miró, por lo que supe que quería que hablara yo primero.

—Quería disculparme por lo que pasó la semana pasada. Espero que comprendas que nunca te haría daño a propósito. Soy tu mejor amigo y mi deber es decirte las cosas que no quieres escuchar. Mis intenciones eran buenas.

Se frotó las palmas de las manos y miró al suelo, apretando la mandíbula.

—Sí... Lo sé.

Al menos actuaba de forma razonable.

—Si quieres casarte con Rochelle, sabes que cuentas con todo mi apoyo. Seré tu padrino y lo haré con mucho gusto. Pero debía decirlo para que meditaras la decisión y supieras si estabas haciendo lo correcto.

Siguió frotándose las manos lentamente.

No dije nada más, dándole a él la palabra. A juzgar por la forma en que apretaba la mandíbula, quería decir algo.

—Admito que cuando Rochelle y yo empezamos, lo estaba pasando mal. No era el hecho de no poder estar con Rae lo que me molestaba, sino no haberle confesado mis sentimientos cuando tuve oportunidad. Ryker hizo que se enamorara perdidamente de él y la dejó destrozada. Perdí mi oportunidad por pura estupidez. Cuando conocí a Rochelle, supe que le gustaba mucho. Era dulce, guapa y amable. Me tiré de cabeza a la relación para sentirme mejor. Y ahora, al volver la vista atrás, sé que tienes razón.

Al menos lo admitía.

—Pero nuestra relación es diferente ahora. Las cosas han evolucionado desde que empezamos a salir. No tengo dudas de que me hará feliz durante el resto de mis días. Es inteligente e increíble. No podría pedir alguien mejor.

Seguía pensando que no deberían casarse tan pronto, pero era obvio que Zeke había tomado una decisión. Había dicho lo que debía, y eso era todo lo que podía hacer.

—Entonces me alegro por ti. ¿Cuándo vas a pedírselo?

—En unas semanas. Tengo un amigo que tiene un yate en el puerto y va a dejármelo para una cena romántica. Me pondré de rodillas y le pediré la mano.

—Guau. Qué romántico.

Sonrió al fin por primera vez.

—Sí.

—Las chicas se emocionarán.

—Bueno... prefiero que no lo sepan.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Ya sabes cómo son. No podrían guardar un secreto ni aunque les fuera la vida en ello. En cuanto vean a Rochelle, se comportarán de forma extraña y se acabará enterando.

—Sí... es verdad.

—Mantenlo en secreto.

—De acuerdo.

Ahora que ya había pasado la parte más difícil, se apoyó en el respaldo del sofá y puso los pies en la mesa de centro.

—¿Has roto con Bonnie?

—¿Con quién?

—La chica con la que salías.

—Ah... No. No me decido. —Había estado demasiado estresado con lo de Zeke como para pensarlo. El sexo me hacía sentir mejor. Sin él, aquella semana habría sido espantosa.

—Mantenme informado. Con suerte, puede que aún no sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Esperemos que no se haya enamorado de ti.

—HOLA. —CRUCÉ LA PUERTA Y LA VI SENTADA EN EL SOFÁ.

—Hola. —Kayden se levantó enseguida con una sonrisa en el rostro al verme. Al igual que Safari con Rae, parecía que llevaba todo el día esperando a que llegara a casa. Me rodeó con sus brazos y me dio un beso en la boca.

Me encantaba esa boca. Era muy cálida y suave. Tenía labios carnosos que podría estar devorando todo el día. Sólo de pensar en no volver a besarlos, me entristecía más de lo esperado, pero sabía que era lo correcto. Había durado demasiado, y si no le ponía fin, arruinaría nuestra amistad.

—Te he echado de menos.

—Yo también. —La besé un poco más antes de apartarme.

—¿Qué estabas haciendo?

—Fui a casa de Zeke. Nos habíamos peleado y quería hacer las paces con él.

—¿Por qué?

Le guardaría el secreto.

—Por tonterías nuestras. Habíamos hecho una apuesta y no le pagué cuando perdí...

—Pues me alegro de que lo hayáis solucionado. ¿Qué quieres hacer? ¿Nos vamos directamente al dormitorio?

Si lo hacíamos, nunca hablaríamos.

—Lo cierto es que quiero hablar contigo...

Supo que se trataba de algo serio por mi tono de voz. Me soltó la cintura y dio un paso atrás. La alegría había abandonado por completo sus ojos.

—¿Eh?

—Sobre lo nuestro... Me he divertido mucho. El sexo es increíble y tú también, pero...

—¿Pero qué?

—Creo que deberíamos dejarlo. Llevamos meses tonteando y temo que nuestra amistad se vea afectada si continuamos. Podría volverse más serio de lo que ninguno de los dos queremos, ¿sabes?

Me miró como si no comprendiera mis palabras. Ni siquiera parpadeó.

¿En qué estaba pensando?

—No quiero que nuestra relación de grupo se estropee. La gente se daría cuenta si ya no podemos estar cerca el uno del otro. No quiero arruinar lo que tenemos. Lo bueno en exceso puede volverse malo.

Seguía sin mostrar reacción alguna. Se cruzó de brazos y dio un paso atrás.

¿Se había enfadado conmigo?

—¿Kayden?

Se aclaró la garganta y se pasó la mano por el pelo, saliendo del trance.

—Perdona, estaba pensando en otra cosa...

¿Justo ahora?

Volvió a aclararse la garganta.

—Sí, probablemente tengas razón. Quizás deberíamos dejarlo... por nuestra amistad.

Sabía que se lo tomaría con filosofía. No podía estar enamorada de mí. Si lo estuviera, ya me lo habría dicho. Éramos amigos que se utilizaban por el sexo. La gente hacía esas cosas a menudo.

—¿Quieres una ronda más? Para zanjar el tema y esas cosas. —Cuando estaba a solas con ella, siempre tenía la polla dura y lista para entrar en faena. Puede que, si me la follaba una vez más, olvidara antes el asunto.

—Lo cierto es que... tengo que irme. Se me olvidó que he quedado con una amiga de la biblioteca. Vamos a deshacernos del sistema de catálogo por

tarjeta y vamos a reemplazarlo todo con ordenadores, así que vamos a tomar una copa y a hablar de ello.

¿Un viernes por la noche?

—Debería ducharme. Nos vemos. —Se alejó sin acompañarme a la puerta. Sus pasos resonaron por el pasillo y cerró la puerta del cuarto de baño tras ella. Un momento después, empezó a correr el agua.

Iba peinada y maquillada, así que no parecía que necesitara una ducha. Pero no entendía a las mujeres, así que quizás se me escapaba algo. Me dirigí a la puerta y me marché.

—¿NO VIENE KAYDEN?

Jessie y yo entramos en el bar cogidas del brazo. Parecía una modelo, como siempre.

—Dijo que tenía planes esta noche, pero no especificó. Eso es todo lo que sé.

—Bueno, tenemos más amigos aparte del grupo de cinco. No la culpo por querer un respiro de vez en cuando.

Jessie se detuvo entre la multitud.

—Zeke y Rochelle están allí.

Vi que estaban muy cerca el uno del otro, con sonrisas tontas en la cara de felicidad.

Dios, me sentía culpable por el sueño que había tenido.

Y los otros dos que siguieron al primero.

—Pero... —Jessie señaló en dirección opuesta—. Hay un tío bueno por allí.

—No te preocupes. Ve a hablar con él y yo iré a saludar a Zeke y a Rochelle. ¿Quieres que te pida una copa?

Se soltó de mi brazo con una expresión traviesa en el rostro.

—Si todo va según lo previsto, él me invitará a una.

—Es verdad. —La vi alejarse hacia el alto desconocido antes de reunirme

con Zeke y Rochelle—. Hola, ¿qué tal?

—Hola, Rae. —Rochelle me abrazó como de costumbre.

Me mantuve lejos de Zeke a propósito y apenas lo saludé. No podía mirarlo a los ojos, no después de aquellos sueños eróticos. Me lo daba todo, y cada vez que me dormía, hacía que me corriera. Si Rochelle supiera lo que estaba pensando... Bueno, tenía mi permiso para sacarme lo ojos a arañazos.

Zeke se percató enseguida de mi extraño comportamiento.

—¿Estás bien?

—Sólo un poco mareada —Mentí.

Zeke no insistió, seguramente porque Rochelle estaba presente. Miró hacia la puerta y vio a alguien a quien reconoció.

—Nena, ya están aquí. Estoy deseando que los conozcas.

Vi entrar a tres tíos. A juzgar por su edad y aspecto, debían ser amigos del colegio porque no los reconocí.

Zeke se acercó a ellos e hizo las presentaciones.

—Tíos, esta es Rochelle. —Le estrecharon la mano a ella y luego a mí—. Estudiamos juntos en la universidad y hemos quedado esta noche.

Permanecieron callados, observando a Rochelle como si la conocieran, pero no recordaran de qué.

—Es pediatra —explicó Zeke como si aquello respondiera a sus preguntas.

Comenzó a sonar el teléfono de Zeke y miró la pantalla.

—Joder, es Rex. Seguramente se ha perdido por alguna parte... —Se abrió camino entre la multitud, dirigiéndose a la entrada.

Rochelle parecía incómoda bajo la mirada de aquellos hombres y se excusó para ir al baño.

—Tengo que mear. Ahora vuelvo. ¿Te importa sujetarme esto? —Me tendió su copa.

—Claro que no. —La cogí, y al sostener la mía con la otra mano, parecía una alcohólica.

Se alejó y me quedé con aquellos tíos a los que no conocía de nada.

Intenté entablar conversación con ellos.

—Entonces, ¿vosotros también fuisteis a la Washington State?

Como si no me hubieran escuchado, se pusieron a hablar de otra cosa.

—No sabía que a Zeke le iban las tallas grandes. —Soltó una carcajada, y sus dos amigos se echaron a reír.

«¿Qué?»

Otro de ellos dijo:

—Supongo que amortiguará mejor cuando la embista.

Lanzaban carcajadas como si fuera lo más gracioso del mundo.

—Una cita con ella debe salir cara. —El hombre del centro se rio de su propia broma—. Sobre todo si la lleva a un restaurante.

Me llevó un segundo darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Al principio, pensé que estaba malentendiendo sus palabras. Después de todo, yo era amiga de Zeke y lo estaban diciendo delante de mí.

—¿Cómo?

Siguieron riendo hasta que se les pasó.

—¿Quién coño os creéis que sois? —Me salió la rabia de repente, explotando como un volcán en erupción—. ¿Y vosotros os creéis perfectos, señor Nariz Grande y señor Pelo en Pecho? —Le tiré las copas a la cara, derramándoles el contenido en la ropa—. Madurad, gilipollas. Debería daros vergüenza.

Me alejé en dirección a la puerta para contarle a Zeke lo que sus supuestos amigos decían a sus espaldas, pero tropecé con Rochelle.

Y tenía lágrimas en los ojos.

«Oh, no».

Se cubrió la cara y salió corriendo en dirección a la puerta de atrás. Al salir al exterior, la gélida brisa removi6 sus cabellos.

Fui tras ella y la alcancé en la acera. Por suerte, no había nadie, así que tenía un poco de intimidad. Pasó un coche, pero no se veía nadie a la

redonda.

—Rochelle... —Vi su cuerpo temblar presa de las lágrimas—. No escuches a esos capullos. No saben de lo que hablan.

—Pero tienen razón. —Contuvo las lágrimas lo suficiente para hablar—. Zeke es demasiado bueno para mí. Es perfecto, guapo y tiene un cuerpo... precioso. Yo sólo soy una gorda.

—Rochelle, no digas eso. No es cierto.

—Sí que lo es. —Se tapó los ojos para que no la viera llorar.

—No dejes que puedan contigo. Sus acciones dicen mucho más de ellos que de ti. Eres preciosa y perfecta tal y como eres. ¿En serio crees que Zeke piensa lo contrario? Te ama tal y como eres. ¿A quién le importa lo que digan unos gilipollas inseguros? Sus opiniones son irrelevantes.

Se enjugó las lágrimas, arruinándose el maquillaje, y se sentó en el bordillo de la acera. Atrajo las rodillas al pecho y sollozó varias veces, mientras sus lágrimas remitían.

Me senté a su lado y me sentí aliviada de que se hubiera calmado al fin. Ver su llanto resultaba desgarrador, y tuve que frenarme para no volver a la discoteca y hacer algo peor que arrojarles las copas a la cara.

—A todos nos has parecido perfecta para Zeke desde el principio. Eres nuestra favorita por unanimidad.

—¿En serio? —susurró.

—Por supuesto. Haces muy feliz a Zeke. Y se ve que lo amas. Eres perfecta para él.

—Es muy amable por tu parte...

—Le eché la bronca a esos tíos y les tiré la bebida a la cara, que lo sepas. Y estoy seguro de que Zeke les dará una paliza cuando se entere.

—Ojalá hubiera podido verlo...

—Seguro que alguien lo grabó con el móvil. Podríamos buscarlo en YouTube.

Se rio entre dientes.

—Sí, tal vez.

Le froté la espalda con delicadeza.

—Todo irá bien, Rochelle. En la vida, siempre habrá gente que quiera hacernos daño, pero hay que poner al mal tiempo buena cara y seguir adelante.

—Lo sé, lo sé. A veces es difícil.

—Sí... Lo sé.

Cuando me miró, tenía los ojos enrojecidos e hinchados, y las mejillas aún surcadas de lágrimas. Pero sus ojos azules aún conservaban su belleza natural.

—Cuando te conocí por primera vez, me intimidaste mucho.

—¿Yo? —Me señalé a mí misma porque su frase me resultaba ridícula—. ¿La marimacho empollona?

—Cuando Zeke me contó lo que sentía antes por ti... me sentí amenazada. Y cuando te conocí y me di cuenta de lo guapa que eras, sentí aún más inseguridad. Pero siempre has sido muy buena conmigo. Ya no culpo a Zeke por tener esos sentimientos. Si yo fuera un tío, es probable que sintiera lo mismo.

Escuché sus palabras, pero tardé casi un minuto en procesarlas.

—¿Qué sentimientos?

—Estaba enamorado de ti. —Movié los dedos en torno a sus ojos, haciendo lo posible por arreglarse el maquillaje. La máscara se le había corrido por las mejillas y tenía manchas de delineador en los párpados.

El aire nocturno era helado. Detuve la mano en su espalda y sentí los latidos distantes de su corazón. El tiempo pareció ralentizarse cuando el significado de sus palabras alcanzó mi pecho de pleno.

¿Zeke había sentido algo por mí?

No... no podía creerlo.

¿Cuándo?

¿Cómo?

¿Había estado enamorado de mí?

Rochelle observó mi reacción y entornó los ojos lentamente.

—¿No... no lo sabías?

Abrí la boca para hablar, pero no era capaz de articular palabra.

—Yo... no.

—Oh... —Se le enrojecieron los ojos a causa de la vergüenza y volvió a cubrirse el rostro—. Lo siento mucho. Pensé que lo sabías. Me dio a entender que todos lo sabíais.

—No pasa nada... —¿Qué más se supone que debía decir? Estaba totalmente desconcertada.

—En cualquier caso... eres muy buena persona, Rae. No mucha gente habría salido en mi defensa en una situación así.

Sus palabras me devolvieron a la conversación al motivo por el que estábamos sentadas en la acera. Ya procesaría más adelante lo que había dicho. Ahora no era el momento.

—Pues claro, Rochelle. Eres mi amiga. Cualquiera de la pandilla habría hecho lo mismo. Bueno, a excepción de Rex. Él les habría dado una paliza allí mismo.

—Zeke tiene unos amigos maravillosos...

Aparté la mano de su espalda y la apoyé en mi regazo. Miré el reflejo de las farolas en la calle mojada. No se veían las estrellas porque estaba nublado. Pero era una noche preciosa para tratarse de Seattle.

—¿Rae?

—¿Eh?

—¿Podrías no contarle a Zeke lo que ha pasado? No quiero que se moleste y haga algo de lo que pueda arrepentirse. Y... me da mucha vergüenza.

Si eso era lo que quería, respetaría su deseo.

—Pues claro. Pero, ¿podrías hacer algo por mí?

—Sí, ¿qué?

—¿Podrías no comentarle a Zeke que me lo has contado? —No sabía qué iba a hacer con la información, pero no quería que supiera que yo lo sabía. Las cosas podrían volverse incómodas entre nosotros. Después de todos los sueños eróticos que había tenido con él, ya me sentía así.

—Claro.

—Gracias. —Me miré las manos y, de repente, me sentí incómoda sentada junto a ella. La noche antes, había soñado que Zeke me tomaba por detrás y me susurraba que me amaba al oído. Era una persona horrible por tener esos sueños, aunque escaparan a mi control. Si ella hubiera tenido esos sueños con Ryker cuando estaba saliendo con él, me habría puesto como loca.

ENTRÉ EN CASA DESPUÉS DE LA MEDIANOCHE.

—¡Rex! —Arrojé el bolso al suelo y entré como una exhalación en la sala de estar.

Rex y Tobias estaban sentados en el sofá jugando a un juego de carreras. Me daban la espalda, y ninguno se volvió en mi dirección.

—¿Qué te pasa? —Rex golpeaba los botones del mando con fuerza—. ¿Se te han olvidado hoy las putas pastillas?

—Tobias, vete por favor. Necesito hablar a solas con Rex.

—Ignórala —dijo Rex—, sólo está incordiando.

Cogí el mando a distancia y apagué la televisión.

—Intento no ser maleducada, Tobias. Pero márchate, por favor. Tengo que hablar de algo muy importante con Rex.

Tobias se fue sin pronunciar palabra, pues sabía que iba en serio.

Rex se puso de pie, y su expresión se tornó en rabia.

—¿Qué coño...?

—¿Zeke sentía algo por mí?

Seguía con la boca abierta de par en par, y comenzó a cerrarla. La ira en su mirada se apagó en un abrir y cerrar de ojos, y miró de un lado a otro nervioso, tratando de planear su próximo movimiento.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes exactamente a lo que me refiero. —Me crucé de brazos y miré fijamente a mi hermano, llena de determinación.

—¿De dónde has sacado esa idea? Es obvio que Zeke te ve como una amiga. Eso es todo.

—Pues Rochelle me ha dicho otra cosa.

Volvió a abrir la boca y su cara de póker desapareció.

—¿Te lo dijo ella?

—Me contó que Zeke sentía algo por mí antes de que se conocieran. Y tú me lo vas a explicar.

—¿Explicar el qué?

—¿Cuánto tiempo duró? ¿Por qué nadie me lo dijo? ¿Por qué no me lo confesó él mismo? ¿Cómo es que lo sabía todo el mundo menos yo? —Me sentía idiota por haber ignorado algo que ocurrió delante de mis narices—. ¿Lo sabías?

—Eh...

—Rex.

Se pasó los dedos por el pelo, sin saber qué hacer. Era el mejor amigo de Zeke, así que era obvio que conocía todos los detalles. Pero no quería traicionar su confianza.

—Ya sé la verdad, así que cuéntame los detalles.

—De acuerdo. —Dejó caer las manos a los costados—. Sí... es verdad.

Ahora que Rex lo había confirmado, me resultaba más real. El hombre al que creía mi mejor amigo quería algo más. Ahora volvía a analizar cada abrazo y cada roce. Me preguntaba en qué pensaba en realidad cuando me miraba.

—¿Cuándo?

—Durante los últimos tres años.

—¿Qué? —Me tapé la boca, incapaz de creer que hubiera durado mucho más de lo que había imaginado en un principio—. ¿Hablas en serio? —Apoyé las manos en las caderas—. ¿Tres años?

—Dijo que iba y venía. Empezaba a salir con alguien y dejaba de pensar en ti. Pero en cuanto estaba soltero, volvía a hacerlo. No quiero que creas que fueron tres años seguidos porque no fue así.

—Pero... sigue siendo mucho tiempo.

Se encogió de hombros como si no supiera qué decir.

—¿Y tú lo supiste todo el tiempo?

—No. Me lo dijo hace unos meses.

—¿Por qué te lo dijo?

Rex tomó aire antes de contestar.

—Iba a confesarte sus sentimientos, pero antes quería mi bendición.

—Pero nunca me lo dijo. ¿Qué ocurrió?

Bajó la mirada como si no quisiera contestar.

—Ryker.

Cada vez que lo mencionaban, me quedaba sin aire en los pulmones.

—Ah...

—La noche que Zeke y tú salisteis a cenar... te lo iba a confesar. Pero le dijiste que estabas saliendo con Ryker, así que no dijo nada.

—Oh, Dios mío...

—Estuvo bastante deprimido hasta que empezó a salir con Rochelle. Y eso es todo.

Di vueltas de un lado a otro por el apartamento porque no era capaz de quedarme quieta.

—No me lo puedo creer. Es increíble que no me haya dado cuenta.

—En tu defensa, diré que yo tampoco me percaté.

—Pero no me puedo creer que las chicas no me lo contaran. Entiendo que tú no dijeras nada porque es tu mejor amigo... pero ¿y Jess? ¿Y Kayden?

—No lo sabían. Sólo me lo contó a mí.

—Ah. —Al menos tenía más sentido.

—Sí... así que ahora se ha aclarado todo.

Me senté en el sofá porque no me sostenían las piernas.

—Me sorprende que Rochelle te lo haya mencionado.

—Pensaba que ya lo sabía.

—Pero, ¿por qué sacó el tema?

No quería contarle la historia porque sabía que sería vergonzoso para ella.
Y podría contárselo a Zeke.

—Estábamos hablando, y me dijo que antes se sentía intimidada por mí...
Entonces me explicó la razón.

—Aun así, fue un comentario bastante incómodo.

Me quité los tacones y me apoyé en el respaldo del sofá.

—Supongo que sí.

Rex tomó asiento a mi lado.

—¿Y ahora qué? ¿Le vas a sacar el tema a Zeke?

—No. ¿Por qué debería hacerlo?

Se encogió de hombros.

—No sé... parece que la noticia te ha afectado.

—No me afecta... sólo me sorprende.

—Cuando me lo dijo, me di cuenta de que no era ninguna locura. Ambos tenéis mucho en común. Sois prácticamente iguales. Al principio, perdí los papeles, pero cuando me lo explicó, lo entendí.

Miré nuestro reflejo distorsionado en la pantalla.

—¿Alguna vez has sentido lo mismo por él?

Evité su mirada porque no estaba segura de la respuesta. Mis sueños eran bastante explícitos desde hacía una semana. No había duda de que me sentía atraída por él. En cuanto se quitó la camiseta, comencé a pensar guarradas. Pero llevaba a su lado toda mi vida y nunca antes me había sentido así. ¿Por qué ahora era diferente?

—No.

—Oh... —Rex no ocultó su decepción.

Aunque sintiera algo profundo por Zeke, jamás lo admitiría. Ahora estaba con Rochelle, y lo último que haría sería arruinarlo. Sólo me sentía atraída por él, nada más.

O al menos, eso esperaba.

SÓLO PODÍA PENSAR EN ZEKE.

Saber que sentía algo por mí había sido muy importante. Me hacía cuestionar mi propia percepción de nuestra amistad. Debería haberme dado cuenta de que le gustaba a mi mejor amigo. Por suerte, sólo lo sabíamos Rex y yo. Si Kayden y Jessie también estuvieran al tanto, sería muy difícil para mí fingir normalidad.

—Zeke viene a casa. Te aviso para que lo sepas.

—¿Por qué? —Mis palabras sonaron maleducadas y a la defensiva, pero el daño ya estaba hecho—. ¿Qué vais a hacer?

—Aún no lo sé. Puede que salgamos o nos quedemos aquí.

—¿Y Rochelle? —No sabía con certeza si quería que viniera o no. Una parte de mí quería que estuviera allí para no sentirme culpable por pasar tiempo con él. Pero, por otra parte, cada vez que estaba cerca me sentía muy culpable.

—No. Sólo viene él. —Rex cogió una cerveza del frigorífico y le quitó la tapa—. ¿Por qué?

—Para estar preparada.

—No tienes por qué enrarecer el ambiente.

—No voy a hacerlo —repliqué—. Todo sigue igual.

—Entonces, ¿por qué te has ruborizado, no paras quieta y parece que se te

vayan a salir los ojos de las órbitas?

—Dios, ¿en serio tengo ese aspecto? —Me acerqué al espejo que colgaba junto a la entrada y comprobé que tenía razón. Pero no me dio tiempo a tranquilizarme porque Zeke llamó a la puerta y entró.

—Ha llegado el más chulo del mundo —anunció Zeke al entrar.

—Tío, el más chulo del mundo ya estaba presente —dijo Rex—. Vive aquí.

Zeke dejó las cervezas que había traído en la encimera.

—No sabía si íbamos a salir o no, así que las he traído por si acaso. —Sacó los botellines de la caja y los dejó en la encimera—. ¿Qué te cuentas?

—No mucho —dijo Rex—. Genial como siempre.

—¿Has roto con Bonnie?

Rex se tensó al instante.

—Sí... fue bastante bien.

—¿Quién es Bonnie? —pregunté. Nunca me había mencionado ese nombre. ¿Había roto con ella? ¿No implicaba eso que había habido una relación entre ellos?

Zeke se dio la vuelta porque no se había dado cuenta de que estaba allí. Había permanecido detrás de la puerta.

—Hola, Rae. No te había visto. —Cruzó la habitación y me dio un abrazo.

Apenas nos abrazábamos, así que no sabía a cuento de qué venía esa muestra de afecto. Quería soltarme de sus brazos porque aquel gesto ya no era como antes. Sólo podía pensar en los sueños eróticos que había tenido con él. La imagen de Zeke sin camisa se me había quedado grabada en la retina para siempre. Y, ahora que tenía novia, me sentía como una zorra.

—Eh... ¿A qué viene esto?

Me sostenía firmemente contra su pecho, duro como una roca. Cuando respiraba, podía sentirlo expandirse. Olía a colonia y a agujas de pino, y aquel aroma me recordaba a su preciosa casa junto a la costa. El calor natural

de su cuerpo lo protegía del frío aire exterior. La tela de su camisa era increíblemente suave al contacto con mi piel, y se me vino a la mente una imagen mía llevándola a modo de camisón.

¿Qué coño me pasaba?

—Rochelle me contó lo que hiciste. —Se apartó para que pudiéramos mirarnos, pero seguía sujetándome con fuerza la cintura. Sentía sus dedos enormes en mi piel y me di cuenta de que eran tal como me los había imaginado en mis fantasías.

—¿Qué he hecho?

—Mis amigos de la universidad fueron unos imbéciles con ella... y tú la defendiste. Te lo agradezco mucho, Rae. —Su mirada se suavizó al observarme. Aquellos ojos de cristal azul mostraban un cariño incondicional y deseaba sumergirme de cabeza en aquel profundo abismo. La sombra de una barba cubría su fuerte mandíbula y los rasgos de su rostro eran bellos, pero masculinos. Comprendía por qué atraía a todas las chicas, pero ahora era aún más consciente de ello.

—No fue para tanto... cualquier mujer habría hecho lo mismo. —Ninguna mujer debía permitir que cosificaran a otra de esa forma. Que ser burlaran de ti por no tener una talla cero era ridículo, y deberían erradicarse esos estándares.

—No. —Rodeó mi cintura con las manos, apoyándolas bajo mis costillas—. Eres una buena amiga, Rae. Tengo mucha suerte de tenerte.

Me iba a desmayar. Cada vez que tomaba aire, sentía mi estómago presionar sus pulgares. Me sentía pequeña entre sus brazos, segura. Tenía el corazón desbocado y me costaba respirar. Zeke me provocaba reacciones increíbles, cosas que ni siquiera había sentido con Ryker.

¿Qué estaba pasando?

Sólo me había dado las gracias por defender a su novia.

«Su novia».

«Contrólate, Rae».

—Me encanta Rochelle. Haría lo que fuera por ella. Si tú la quieres, yo también. Y me alegro de que la tengas. —Las palabras salieron de mis labios en avalancha, derramándose por el suelo. Hablaba tan rápido que ni siquiera sabía si lo que decía tenía sentido. Estaba es un estado caótico, fuera de mí y parecía una lunática—. No hace falta que me des las gracias.

—Sé que es así. —Me apretó con cuidado—. Ella también te quiere.

No lo haría si supiera lo que estaba pensando.

Tenía que soltarme. Me sentía culpable por dejar que me tocara.

—Tengo que ir al baño... —Me solté corriendo de sus brazos y me dirigí hacia el pasillo tan rápido como pude sin correr. Tenía que escapar, y rápido.

Entré en el baño y me senté en la tapa del váter, sintiéndome segura al fin. Crucé las piernas y los brazos, sintiendo el estómago revuelto. Aún me ardía la cintura en el lugar exacto donde había apoyado los dedos.

Oí la voz de Zeke procedente de la cocina.

—¿Se encuentra bien? Está un poco rara hoy.

Rex respondió.

—Siempre es rara, tío. Yo no le daría mucha importancia.

Al menos, Rex me cubría las espaldas. Había actuado como una idiota. Era obvio que él había pensado lo mismo.

REX Y ZEKE SE TURNABAN JUGANDO A UN VIDEOJUEGO Y A LAS DOS DE LA mañana, Rex se quedó dormido. Tenía la cabeza apoyada en el brazo del sofá y la boca abierta, babeando por todas partes.

Zeke lo observó al oírlo roncar.

—Qué penoso. —Terminó la partida y llevó su coche a la línea de meta—. He vuelto a ganar. —Me tendió el mando.

—Estoy cansada.

—No seas penosa tú también. —Apagó el juego y encendió la televisión.

Me senté en el otro extremo del sofá, con las rodillas contra el pecho, intentando mantener las distancias con él todo lo posible.

—Sí, esa soy yo. La señora penosa. Entonces... ¿Rex estaba saliendo con alguien?

—Con una chica llamada Bonnie.

—Nunca le he oído mencionarla.

—No iban en serio. Fue sólo un rollo que duró varios meses.

—¿Varios meses? —Intenté no hablar en voz alta para que Rex no se despertara—. ¿Quién tiene un rollo de tres meses?

—Eso fue lo que le dije. Le sugerí que terminara con ella antes de hacerle daño a la pobre chica.

—¿Se lo hizo?

—Al parecer no hubo problema.

Tiré de la manta que colgaba de la parte de atrás del sofá y me la eché sobre el regazo.

—No me imagino a ninguna chica disgustándose por Rex.

—Porque lo encuentras repulsivo. He perdido la cuenta del número de chicas que se me han acercado preguntándome si él estaba disponible.

—Porque sabían que tú no lo estabas.

Me miró levantando las cejas.

—¿Qué?

Me di cuenta de lo que había dicho cuando ya era demasiado tarde.

—Porque sabían que tú lo sabrías.

Zeke parecía confuso, pero lo dejó pasar.

—Sí, creo que la mayoría de las personas sabe que tenemos una relación estrecha nada más conocernos.

Era difícil imaginarlo de soltero porque parecía que Rochelle llevaba con él mucho tiempo. En realidad, sólo habían sido seis meses. Hacían una pareja muy mona, pero no dejaba de recordar la época en que estuvo disponible, todas esas noches que había querido acompañarme a casa. Podría haber

hecho realidad mis sueños cuando hubiera querido.

Pero ese tren ya había partido.

—¿Se encuentra mejor Rochelle? —Jamás olvidaría sus lágrimas a la luz de la farola. Le habían afectado mucho las cosas horribles que le habían dicho, y no la culpaba. Fueron comentarios fríos, superficiales y malintencionados.

—Ya está mejor, pero estuvo unos días muy disgustada. Sabía que algo no iba bien. Se saltaba las comidas y parecía muy deprimida. Al final logré sacarle la verdad.

—Lo siento...

—Les canté las cuarenta a esos capullos.

—¿Qué hiciste?

—Me presenté en las puertas de sus apartamentos y cuando abrieron, les di a cada uno un puñetazo en la cara y me fui. Ni siquiera les dije una palabra.

—Se lo merecían.

—Se merecían algo peor. No podía creer que fueran capaces de decir esas mierdas en cuanto se dio la vuelta, sobre todo contigo delante.

Me encogí de hombros.

—Debieron pensar que yo también era gilipollas.

—Me costó hacerla entrar en razón. Puede que no esté muy delgada, pero es perfecta tal como es. No tiene por qué cambiar.

Me encantaba cómo la defendía. Incluso me hacía sonreír. Pero volvía a sentirme culpable, pues mi atracción hacia él aumentaba. Zeke era un hombre guapísimo que podía tener a quien quisiera, pero no se veía con esos ojos. Era humilde en cuanto a apariencia, inteligencia y todo lo demás. Miraba a las mujeres como personas, no como objetos.

—Claro que no.

—Y me gustan sus curvas. Creo que le dejó bastante claro todas las noches que me encanta su cuerpo.

Se me revolvió el estómago.

Me sentí aturdida al imaginarlo acostándose con ella. Incluso pensar que la besaba me dolía. Después de la forma en que me había abrazado, era difícil imaginarlo abrazando a otra. No sabía a qué venía esa sensación de propiedad sobre él y falta de decoro.

—Estoy segura de que terminará olvidándolo todo.

—Sí, eso espero. —Bajó el volumen del televisor y se apoyó en el respaldo del sofá—. ¿Estás saliendo con alguien?

—No. —Sólo había un hombre con el que salía en mis sueños. Ni siquiera usaba el vibrador porque no lo necesitaba. Mis pensamientos subconscientes se hacían cargo de todas mis necesidades—. Ni un alma.

—Sentí que me ardían las mejillas.

—Cuando salimos la otra noche, todos los tíos te miraban.

—Miraban a Jessie.

—No. A ti.

No me había dado cuenta.

—Es muy amable por tu parte decir eso, pero no hace falta que me suban la autoestima. Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Supongo que no estaba lista.

—¿Qué no estabas lista? —preguntó— ¿Y ahora lo estás?

Mis sueños eróticos con Zeke indicaban que ya estaba preparada para una relación física con otra persona. Antes, no me apetecía nada y si tenía algún sueño romántico, solía ser con Ryker—. Estoy más abierta a la idea...

—Quizás podría emparejarte con alguien...

—¡No!

Alzó las cejas.

—Quiero decir que... no te molestes. —Zeke era la última persona que quería que me emparejara con otro.

—¿Estás segura? Rochelle tiene varios amigos. Uno de ellos es bastante

atractivo. Es jugador de golf profesional.

—¿Un jugador de golf? Quiero a alguien de mi edad.

—Tiene nuestra edad —dijo riendo—. Es un buen tipo. Salió de una relación seria hace aproximadamente un año. Le ha llevado un tiempo recuperarse.

—No creo que sea buena idea...

—Arreglado. Hablaré con él.

—Zeke, no...

—Sólo será una cita. Seguramente no irá a ninguna parte, pero es una buena forma de probar. Será una cita doble, así no parecerá demasiado serio.

«¿Una cita doble? ¿Me tomas el pelo?»

—Creo que paso.

—Qué mal. —Se volvió hacia el televisor, como si la conversación hubiera terminado.

—¿Por qué me insistes tanto? —¿Qué le importaba si estaba saliendo o no con alguien? Cuando sentía algo por mí, nunca trató de evitar a mis citas ni parecía particularmente interesado en lo que hacía en el plano romántico. Pero ahora, se entrometía igual que Jessie o Kayden.

—Porque recuerdo lo feliz que eras con él. —No dijo su nombre, y era obvio que lo omitió a propósito—. Y quiero que vuelvas a ser feliz. ¿No es eso lo que quiere un amigo? ¿Qué sus amigos sean felices?

—NO PUEDO CREER QUE ESTÉ HACIENDO ESTO... LLEVABA UN VESTIDO CORTO y negro con tacones, y Jessie me había ayudado con el peinado y el maquillaje. Cuando la pandilla se enteró de que iba a tener una cita por primera vez desde Ryker, actuaron como unos padres cuya hija mayor iba al baile del instituto.

—Todo irá bien —dijo Zeke—. Sólo tienes que ser tú misma. Te prometo

que, cuando te vea, creerá que le ha tocado la lotería. Y cuando abras la boca y le muestres cómo eres en realidad, creerá que es el tipo más afortunado del mundo.

Fueron unas palabras muy bonitas y, durante un segundo, olvidé que tenía una cita con otra persona porque estaba demasiado ocupada mirando sus preciosos ojos.

—Es muy amable por tu parte.

—Lo digo de verdad. —Colocó la mano en el centro de mi espalda, y su cálido tacto me hizo arder—. Rae, eres la mujer más deseable del mundo. Podrías tener al tío que quisieras. Aunque este sea bastante famoso, pensará que estás fuera de su alcance.

—Zeke... para ya.

—Sólo te digo lo que hay. —Me dio una palmada en la espalda antes de soltarme.

Rochelle volvió del baño con un vestido rosa champán. Llevaba el pelo rubio rizado sobre un hombro. En cuanto se marchó, me olvidé de ella. Era como si Zeke y yo fuéramos los únicos que íbamos a disfrutar de la velada.

Era terrible.

Entramos en el restaurante y tomamos asiento en la mesa de la esquina. Mi cita ya estaba allí, con una camisa y una corbata negra. Me imaginaba que sería un hombre cercano a los cuarenta, con un bronceado ridículo y los ojos siempre entornados de estar todo el día bajo el sol.

Pero no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Era joven, probablemente de mi edad. Cuando sonreía, se le formaba un hoyuelo en cada mejilla. Tenía el pelo corto y castaño y los ojos verdes. Se levantó de inmediato cuando llegamos a la mesa, y la mirada que me dedicó indicaba que le gustaba lo que veía.

—Vaya... Soy un hombre con suerte. —Me estrechó la mano—. Owen.

—Rae.

Me apartó la silla para que me sentara.

—Es un placer conocerte.

Tomamos asiento y sentí su intensa mirada sobre mí. Era muy atractivo y estaba en forma, justo como me gustaban los hombres. Tenía la piel bronceada con un brillo saludable. Sus hombros eran amplios y potentes, y su postura, masculina.

Pero yo sólo tenía ojos para Zeke.

Se inclinó hacia Rochelle y le susurró algo al oído. Ella sonrió y observaron juntos la carta de vinos para decidir cuál pedir. No conversaban con nosotros, seguramente para que nos fuéramos conociendo.

—Rochelle me ha dicho que eres química analítica. Es impresionante.

—Es una forma elegante de decir empollona —dije riendo.

Se rio en respuesta.

—Sigue siendo impresionante. ¿A qué te dedicas exactamente?

Le hablé sobre mi trabajo en COLLECT.

—Es genial e importante.

—¿Juegas al golf? —Me di cuenta de que debía ser más precisa—. Me refiero a que si juegas de forma profesional.

No parecía ofendido por mis palabras.

—Sí, desde hace aproximadamente dos años. Comencé nada más acabar la universidad. Me encanta. Viajo a lugares hermosos, y he conocido a algunos de mis ídolos. Hace sólo unas semanas, conocí a Tiger Woods.

—¿En serio? —pregunté—. Es genial.

—¿Eres aficionada al golf?

—No... —No quería mentir y que me pillaran después—. Soy aficionada al baloncesto y al rugby, aunque me gustan los deportes en general.

—Qué bien. Mientras sea así, creo que nos irá bien. —Guiñó un ojo.

Le sonreí y volví a mirar a Zeke. Estaba hablando con Rochelle sobre cómo le había ido el día en el trabajo. No nos prestaba atención, y sus ojos se fijaban por completo en ella. Parecía que ni siquiera estábamos allí.

Y, por alguna razón, eso me hizo sentir vacía por dentro.

LOS CUATRO CAMINAMOS JUNTOS AL APARCAMIENTO, EN PAREJAS.

—¿Puedo llevarte a casa? —Owen caminaba a mi lado, con la mano en el bolsillo. Me sacaba bastante altura.

Miré de reojo a Zeke y Rochelle. Él le rodeaba la cintura con el brazo y se reían, pasándolo bien y sin importarles que estuviéramos allí. Quería que Zeke me llevara a casa, pero sabía que los dos irían directamente a su casa. No quería retrasar su velada.

—Sí, claro.

Llegamos al aparcamiento y nos despedimos.

—Voy a llevar a Rea a casa— dijo Owen—. Buenas noches.

—Claro. —Zeke vino a abrazarme, pero era sólo una excusa para acercarse a mí—. ¿Estás de acuerdo con lo que dice? Porque no me importa llevarte a casa.

Ahora que estaba en sus brazos con sus labios cerca de mi oreja, no quería soltarme. Podría quedarme así para siempre y sentirme segura hasta el fin de los tiempos.

—No. No es necesario.

—¿Estás segura? —susurró.

—Sí. Buenas noches. — Tuve que alejarme de él pese a lo bien que me sentía a su lado. Su amante estaba a solo un metro y medio de distancia, y había un buen tipo esperándome. No debería haberle prestado toda mi atención a Zeke—. Hasta luego.

Subí al coche con Owen, y condujo hasta mi apartamento a solo unas manzanas. Salió del coche y me acompañó a la puerta en el cuarto piso. Tenía las manos en los bolsillos, por lo que no parecía que fuera a intentar nada. Cuando Cameron me acompañó a casa, me empujó contra la puerta y me metió la lengua por la nariz.

No fue nada sexy.

—Aquí es. —Me detuve delante de la puerta y me volví hacia él.

En sus ojos pude ver la esperanza de que lo invitara a entrar.

No iba a pasar.

—Gracias por la cena y por pasar la noche conmigo.

Ocultó enseguida su decepción al darse cuenta de que no se iba a salir con la suya.

—El placer ha sido mío.

Tenía todo lo que buscaba. Era educado, inteligente y tranquilo. En otras circunstancias, probablemente lo habría invitado a entrar. Pero no me parecía bien. Sólo podía pensar en Zeke, a pesar de que él pasaría la noche con Rochelle.

Su novia.

—¿Podríamos salir en otra ocasión? —preguntó Owen esperanzado.

Quería rechazarlo con delicadeza porque no era culpa suya. El problema lo tenía yo.

—Eres muy buen tipo, Owen. He disfrutado del tiempo que hemos pasado juntos, pero esta noche me acabo de dar cuenta de que aún no estoy lista para salir con nadie. No tiene nada que ver contigo. Si estuviera mejor, estoy segura de que todo habría sido muy diferente.

Se tomó bien el rechazo.

—Entiendo. Tardé casi un año en poder estar con otra mujer y sentirme bien. Rochelle mencionó que llevas unos meses soltera. Quizás sólo necesites más tiempo.

—Gracias por ser tan comprensivo...

—Por supuesto. Espero que hagas algo por mí.

—Claro.

—Si vuelves a estar en condiciones de tener pareja, llámame. Me encantaría volver a salir contigo, incluso dentro de unos meses.

Su petición me hizo sonreír.

—Por supuesto.

—Genial. —Me estrechó la mano y asintió—. Espero que volvamos a vernos. —Se alejó en dirección al pasillo. En lugar de tomar el ascensor, se fue por las escaleras, seguramente para no tener que mirarme mientras se cerraban las puertas.

Abrí la puerta de mi apartamento y entré.

Rex estaba junto a la encimera y, a juzgar por lo culpable que parecía, estaba husmeando a escondidas. Removió un vaso de agua con una cuchara, fingiendo que estaba haciendo algo que justificara su presencia en la cocina, justo al lado de la puerta.

—¿Cultivando alimento para peces?

—¿Qué? —preguntó con una risa nerviosa—. Sólo me estaba preparando un batido de proteínas.

—¿En serio? Porque me da la impresión de que estás removiendo un vaso de agua.

—No... —Lo removió más fuerte antes de arrojar la cuchara al fregadero—. Bueno... ¿cómo ha ido la cita?

—No finjas que no has estado escuchando, Rex. No soy idiota.

Dejó de fingir en cuanto supo que lo había pillado.

—¿Qué tenía de malo? Lo busqué en Google y es muy atractivo.

Solté el bolso en la encimera y le dirigí una mirada cargada de preocupación.

—¿Cómo?

—Y es un excelente jugador de golf. Tiene bastante dinero.

—Ya me conoces, Rex. El dinero me da igual. Puedo ocuparme de mí misma.

—No lo decía con esa intención y lo sabes. Sólo digo que es un buen partido. Dime algo malo de él.

—No tiene nada de malo. —Me apoyé en la encimera y me quité los tacones.

—Entonces, ¿por qué no vas a volver a salir con él?

Arrojé los zapatos junto a la puerta y pisé al fin las baldosas, aliviada al sentir el contacto con la superficie plana.

—No creo que esté aún preparada para salir con otra persona.

—Han pasado tres meses. Creí que ya habías pasado página.

—Y así es. —Ryker no era el problema. Me lo había quitado al fin de la cabeza y era un fantasma del pasado. Ni siquiera al verlo en el funeral sentí lo mismo que antes.

—Pues ayúdame a entenderlo.

Zeke apareció en mi cabeza. Me imaginé su adorable sonrisa y lo sexy que resultaba casi sin darme cuenta. Lo imaginé sin camisa en la cancha de baloncesto. Recordé la forma en que me había cuidado cuando estaba con resaca, y el maravilloso regalo que me había hecho por mi cumpleaños. Me dio un vuelco el corazón y, de repente, me sentí derrotada, como si nunca pudiera volver a ser feliz.

—No me pareció bien. Eso es todo.

Rex suspiró molesto.

—Detestabas que saliera con otros tíos, y ahora estás deseando que traiga uno a casa.

—No estoy deseando que tengas novio, sino que seas feliz. Eso es todo.

Mi mirada se suavizó.

—Soy feliz, Rex.

—No como antes.

—Bueno, estaba enamorada. Es normal que fuera feliz.

—Pues vuélvete a enamorar, pero del hombre adecuado.

Volví a pensar en Zeke.

—Créeme, lo deseo más que tú.

—Pues sigue saliendo hasta que lo encuentres.

—Puede que ya lo haya encontrado, pero no esté disponible...

—¿Qué? —preguntó sin comprenderme.

—Nada. —Ni siquiera sabía con certeza por qué había dicho eso—.

Bueno, ¿cuándo vas a mudarte a otra parte? —Solté lo primero que se me ocurrió.

—Pronto. Por cierto... —Tomó la cartera de la encimera y sacó un cheque—. Ya sólo me queda la mitad. —Me lo tendió.

Miré el cheque y vi que la cuantía ascendía a la mitad del dinero invertido.

—Vaya, qué rapidez.

—Te he dicho que puedo ser austero si me lo propongo. —Señaló el cheque— Ya casi os he devuelto el dinero a Zeke y a ti. En algo más de un mes, zanjaré la deuda.

—¿Y entonces te mudarás?

—Cállate. Sabes que me echarás de menos cuando no esté.

—En absoluto.

—Lo que tú digas. Este apartamento estará muy tranquilo cuando estéis solos los dos.

—¿Los dos? —¿Se refería a Zeke y a mí?

—Sí. Safari y tú.

—Ah... sí. —¿Qué demonios me pasaba?

Rex ladeó la cabeza al examinarme, sabiendo que había gato encerrado.

—Me da la impresión de que ocurre algo. No puedo explicar la razón... pero lo sé.

—No pasa nada. Te equivocas.

—No... Lo sé. —Entornó los ojos, contemplándose—. Me falta algo, pero no sé lo que es.

—Eres un paranoico. Eso es lo que pasa. —Tomé el bolso de la encimera y me dirigí a mi habitación. —Buenas noches, Rex.

—¿Te vas a acostar? —gritó desde la cocina—. Son las nueve y media.

—No. Sólo quiero huir de ti. —Y dormirme en cuanto pudiera. Tal vez tendría un buen sueño esta noche...

REX

—NO PUEDO CREER QUE RAE NO QUISIERA VOLVER A VERLO. —APARTÉ TRES porciones en mi plato y di un gran mordisco al borde de la pizza—. Ese tío es un imán para las nenas.

Zeke se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo entiendo. Parecían estar pasándoselo bien, y a él le gustó mucho Rae. Cuando se lo contó a Rochelle, estaba bastante desanimado.

—No sabemos el motivo...

—Venga, Rex. Lo sabes perfectamente. —Colocó los jalapeños en la pizza antes de darle un bocado—. ¿Por qué siempre te comes primero el borde? Eres muy raro...

—Me gusta más así —dije a la defensiva—. ¿Quién le echa jalapeños a la pizza?

—Mucha gente...

—Más bien bichos raros. — Terminé la primera porción y me llené las manos de grasa, pues no había sujetado la pizza por el borde.

—¿Has hablado con Bonnie?

Pasé a la segunda porción.

—¿Con quién?

—Bonnie, la chica con la que estabas saliendo.

Ah, sí. Bebí refresco para aclararme la garganta.

—Pues la verdad es que no. No me ha llamado ni nada. Y no la he visto.

—Pues o se lo ha tomado bien, o está muy enfadada.

—No, no se ha enfadado. —Kayden me lo habría dicho de ser así—. Estoy seguro de que la veré y todo irá bien. Ambos sabíamos que la situación en la que estábamos tenía fecha de caducidad.

—¿Te has acostado con alguien desde entonces?

—No... pero sólo ha pasado una semana. No me ha dado tiempo a conocer a nadie.

—Sí, claro.

—¿Por qué estás tan obsesionado con mi vida amorosa, tío?

—¿Obsesionado? —Terminó una porción y se limpió los dedos con una servilleta—. Sólo siento curiosidad. Tú también estás obsesionado con la mía.

Ahora que Rae sabía lo que él sentía antes por ella, las cosas se ponían más interesantes. Pero, por desgracia, Rae no había picado el anzuelo. Me hizo darme cuenta de que Zeke nunca tuvo una oportunidad con ella. Afianzar su relación con Rochelle era lo mejor para él. Seguramente debería haberme llamado.

—¿Estás nervioso?

—¿Por qué?

—Por pedirle matrimonio. Es lo más acojonante que puede hacer un hombre.

—Ah, eso. Pues la verdad es que no. Ya lo tengo todo planeado. Sólo tengo que lanzarme.

—¿Cuándo será?

—En unas tres semanas. Creo que a ella le encantará.

—Joder, a mí también me encantaría. —Una cena a la luz de la luna en un yate... era insuperable.

—Le pediré que se mude conmigo de inmediato. No veo por qué debemos esperar hasta que nos casemos. No tiene mucho sentido que tenga

esa casa tan grande si soy el único que vive en ella.

—Entonces, ¿por qué la compraste? —le pregunté riendo.

Se encogió de hombros.

—Sabía que algún día tendría de pareja a un bombón. Además, las chicas se quedan impresionadas con mi casa. Será una buena forma de convencer a Rochelle para que acepte si tiene dudas.

—No digas tonterías, Zeke. Gritará a pleno pulmón y te suplicará que te cases con ella en ese mismo momento.

Sonrió.

—¿Lo crees?

—Venga, sabes que estás bueno.

Me dio una palmada en el hombro.

—Gracias, tío.

Me aclaré la garganta.

—Ejem.

—Ah, tú también estás bueno.

—Gracias.

—Me alegra que Rochelle no haya escuchado esta conversación. Se pensaría si aceptar o no.

—No —dije riendo—. Sólo creería que eres «bi».

CUANTO MÁS TIEMPO PASABA SIN HABLAR CON KAYDEN, MÁS FUERA DE lugar me sentía. Me resultaba extraño no contarle cómo me había ido el día o un chiste genial que había escuchado. También era raro no tener relaciones de forma regular.

Sentía que mi vida no tenía valor.

No sabía qué hacer en mi tiempo libre y, como no tenía adónde ir, me quedaba en el apartamento con Rae mucho más a menudo, lo cual era una

mierda. Me sorprendí escribiéndole un mensaje a Kayden y me di cuenta de que ya no debía hacerlo.

Seguíamos siendo amigos, por supuesto. Pero ya no éramos esa clase de amigos. No podía mandarle mensajes de texto cada vez que quisiera sólo porque la echaba de menos.

Y la extrañaba.

Decidí ir a la biblioteca a la hora del almuerzo para verla. No había salido con el grupo, así que no la había visto desde que decidí poner punto final a nuestros encuentros. No quería que mi intención de verla fuera obvia, pero me fastidiaba mucho la situación actual.

Entré y pasé por recepción. Había algunas mujeres trabajando en los ordenadores, y otra estaba apilando libros devueltos en un carro con ruedas. Tras un vistazo rápido, me di cuenta de que Kayden no estaba allí.

Me acerqué a la primera empleada que vi.

—Hola, ¿ha venido Kayden hoy?

—No —dijo—. Está de baja esta semana. Supongo que habrá pillado la gripe.

—Ah... —No tenía ni idea de que estuviera enferma—. Gracias.

PASÉ POR PANERA Y COMPRÉ UNA TAZA DE SOPA ANTES DE DIRIGIRME A SU apartamento. No me extrañaba que no la hubiera visto. No sabía que había enfermado. Llevarle sopa no tenía nada de malo, ¿verdad?

Llamé a la puerta, pero no hubo respuesta.

Toqué de nuevo.

—¿Kayden? Soy Rex. —Sostuve en alto la bolsa de papel marrón y escuché el sonido de pasos ligeros acercándose a la puerta. Oí el pestillo al descorrerse y la puerta se abrió hacia adentro.

Tenía aspecto enfermizo, con la cara pálida como pintura blanca y las

mejillas huecas como si no hubiera bebido líquido suficiente. Llevaba un moño despeinado y el pijama le quedaba demasiado grande.

—Rex... ¿qué haces aquí?

Levanté la bolsa.

—Las chicas de la biblioteca me dijeron que estabas enferma. Así que pensé en traerte algo de sopa.

—Oh... —En lugar de alegrarse de verme, parecía asqueada— ¿Para qué fuiste allí?

—Tenía que sacar un libro. Al no verte, pregunté dónde estabas.

—Ah...

Habría entrado como siempre, pero la situación ahora era diferente.

—¿Puedo pasar?

—Eh... mi apartamento está hecho un desastre ahora mismo. Y es un nido de bacterias. —Me quitó la bolsa de las manos—. Ha sido amable por tu parte traerme esto. Gracias. —Mantuvo una mano en la puerta para bloquearme el paso si intentaba entrar.

—De nada. Lamento que estés enferma.

—No pasa nada... Se me pasará pronto. —Tenía ojeras y, aunque no llevaba maquillaje, tenía los ojos más hundidos y oscuros de lo normal—. Gracias. Nos vemos. —Sin esperar a que me despidiera, me cerró la puerta en la cara.

No aprecié aquel desaire, pero antes de ofenderme, recordé que se encontraba mal. Si yo estuviera muy enfermo, tampoco me gustaría recibir a nadie. Así que me fui a casa.

—VAMOS A LA CANCHA. —ZEKE HIZO GIRAR EL BALÓN CON SU DEDO ÍNDICE, moviendo las cejas al mismo tiempo—. Los Monstars contra los Toonsquad.

—Rex no está en casa.

—Pues jugamos uno contra uno. Como hacemos siempre.

No quería hacer nada con él a solas. Los sueños habían empeorado y mis pensamientos estando despierta tampoco se salvaban. Cada día era más difícil que el anterior, y sentía que se estaba llevando a cabo una lenta transformación. Apenas podía mirar a Zeke como antes. Solía ser mi buen amigo Zeke.

Pero ahora era *Zeke* a secas.

Macizo.

Atractivo.

Sexy.

Dulce.

Absolutamente perfecto.

Y ya pillado.

Tenía que recordarme constantemente que estaba loco por Rochelle, no por mí.

—Estoy muy cansada... Creo que voy a echarme una siesta. —Quería que se marchara de mi apartamento, y pronto. No era apropiado tenerlo cerca

cuando no había nadie más allí. Antes solíamos pasar tiempo solos los dos, pero ahora me sentía como una arpía confabuladora.

Porque mis pensamientos no eran puros en absoluto.

Si hubiera una mujer detrás de mi novio que saliera a todas horas con él no me sentaría nada bien. No hacía más que pensar en Rochelle... aquella mujer dulce que era perfecta para él como yo jamás lo sería.

Sería una enorme traición.

—¿Una siesta? —preguntó riendo—. Son las cinco. Suelas acostarte a las diez.

—¿Qué quieres que te diga? Soy una floja.

Se echó a reír.

—Sí... claro.

—¿Qué? Es verdad.

—Eres la persona menos floja que conozco. Haces que Taylor Swift parezca falta de motivación.

—Gracias por compararme con Taylor Swift porque sabes que me encanta y soy fan suya y todo eso... pero no me apetece.

—Venga. Tienes que sacar a Safari de todas formas.

¿Es que no iba a dejarme en paz?

—Vale, de acuerdo.

—¡Sí!

SAFARI ESTABA JUSTO DETRÁS DE LA CANASTA Y NOS VEÍA JUGAR EN LA cancha.

No estaba jugando bien porque me obligaba a mantener las distancias con él todo el rato. Por suerte era un día frío, así que no podía quitarse la camiseta.

Cada vez que se movía a mi alrededor, lo dejaba pasar. Anotó un tanto y

recuperé el balón. Pero cuando me bloqueaba, no tenía problemas en tocarme el brazo o el hombro. Y, cada vez que lo hacía, me estremecía de culpa porque me gustaba demasiado.

Así que me robó el balón cuatro veces.

Fue vergonzoso.

Tras anotar otro tanto, sostuvo el balón debajo del brazo y me miró con desaprobación.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? ¿De qué hablas?

—Lo estás haciendo fatal. Y siempre eres muy buena, Rae.

No era verdad. Lo hacía fatal y no me importaba demostrárselo.

«Maldita sea, iré al infierno». Cuando llegara a las puertas del paraíso, Dios me haría un gesto negativo con el dedo y me enviaría derecha al averno.

Y no protestaría porque me lo merecía.

—Te dije que estaba cansada.

—Aun estando cansada, no lo haces tan mal. Subamos de nivel. —Dejó el balón a un lado y se sacó la camiseta por la cabeza.

No. No. No.

«¿Por qué me haces esto? ¡Detente!»

—No fastidies...

—¿Qué? —Se dio la vuelta y dribló el balón mientras se acercaba a mí, mostrando su cuerpo perfecto, delgado pero musculoso al mismo tiempo. Sus pectorales eran del tamaño de un *frisbee*, y sus hombros eran suaves, con músculos esculpidos que lo hacían asemejarse a una estatua. Su esbelta cintura estaba marcada por los abdominales, y una V desaparecía bajo sus pantalones cortos.

Me mordí el labio sin darme cuenta, soltándolo en cuanto me percaté de lo ridículo que resultaba.

—Te dije que te apresuraras para poder terminar el partido.

Aceptó la explicación sin hacer preguntas.

Menos mal.

Reanudamos el juego, pero lo hice aún peor. Mantuve una distancia aún mayor, sin querer acercarme a su cuerpo caliente y sudoroso. Si hubiera podido levantar las manos como si me estuvieran cacheando, lo habría hecho.

Hubo un momento en que lo tenía acorralado en una esquina y le resultaba muy difícil lanzar el balón. Trató de encontrar el ángulo correcto para encestar, pero no lo conseguía. Eché un vistazo al balón, que sostenía con ambas manos sobre el pecho.

Y entonces hice algo inapropiado.

Totalmente equivocado.

Inaceptable.

Y vulgar.

Fingí ir a por el balón, pero le toqué el pecho a propósito, acariciándole los pectorales hasta llegar al estómago.

Dios santo.

Era perfecto.

Sudoroso, musculoso, la perfección en estado puro.

Me esquivó y lanzó el balón, encestando y aumentando aún más su puntuación, que superaba con creces la mía.

Pero no me importó perder.

Ya no me importaba nada.

Porque ahora tenía problemas más graves que perder un partido de baloncesto.

Mucho más graves.

—NO PUEDES CONTÁRSELO A NADIE. TE LO DIGO EN SERIO. A NADIE.

Jessie estaba sentada frente a mí con su copa sobre un posavasos. No le prestaba atención a la bebida alcohólica que le habían servido porque la

conversación conmigo era mucho más interesante.

—¡Dímelo de una vez, tía!

—Tienes que prometérmelo.

—Vale. Te lo prometo. ¿Cuándo le he contado secretos tuyos a alguien? Jamás. Porque las amigas no hacían esas cosas.

—¿Y qué pasa con Kayden? —preguntó—. ¿No se lo quieres contar a ella también?

—Le mandé un mensaje, pero me dijo que estaba enferma. Supongo que tiene un virus o algo. Hace más de una semana que no la veo.

—Vale, entonces soy la única que va a enterarse de la primicia. —Se frotó las manos emocionada—. Venga, suéltalo ya. Sé que va a ser algo gordo. Nunca me haces prometer que te guarde el secreto.

Era gordo. No sabía por dónde empezar.

Se inclinó hacia delante.

—Venga... Puedes hacerlo.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. No sé cuándo sucedió ni cómo...

—¡Que me lo cuentes! —Golpeó la mesa con los puños y su copa se tambaleó.

—Vas a pensar que soy una zorra.

—Tía, ojalá fueras más zorra de lo que eres.

—Vale... Tienes razón.

—Di lo que se te pase por la cabeza. —Chasqueó los dedos—. Venga.

—Vale... Hace unas semanas, empecé a...

Se inclinó aún más hacia mí.

—Ver a Zeke con otros ojos. No sé con certeza cuándo ni cómo empezó, pero yo...

—¡No me jodas! —Se tapó la boca con las manos y gritó— ¡Es tremendo!

—¿Me vas a dejar que termine?

—Lo intentaré. —Se echó aire en la cara con la mano como si estuviera a

punto de derretirse.

—Empecé a soñar con él. Tuve... sueños eróticos.

Volvió a taparse la boca, pero esta vez ahogó el grito.

—Estábamos jugando al baloncesto juntos un día, él se quitó la camiseta y... me puso a cien.

Gritó tapándose la boca con la mano.

—Luego me hizo aquel regalo tan genial, y siempre está por casa. Además... Tienes que guardar el secreto, ¿de acuerdo?

—¿Aún hay algo más gordo?

—Sí. Rochelle me dijo que Zeke sentía algo por mí antes de que empezaran a salir.

Volvió a dar un puñetazo en la mesa.

—Ostia puta.

—Y no he podido verlo como un amigo desde entonces. Cada vez que estoy cerca de él, me lo imagino desnudo o besándonos. Y luego están esos malditos sueños que no desaparecen. Y Rochelle... Me siento fatal. Tiene novia, pero no puedo dejar de pensar en él. Jessie, ayúdame.

—¿Cómo que te ayude?

—Dime que es un enamoramiento absurdo y que pronto se me pasará. Porque se me pasará, ¿verdad? —Necesitaba oírlo, de lo contrario, estaba condenada.

—Bueno... ¿Los sueños son meramente sexuales?

—Creo que sí.

—¿Son románticos? ¿Salís juntos? ¿Te dice que te ama?

Una expresión de culpabilidad se extendió por mi rostro.

—Oh, mierda...

Ya sabía la respuesta.

—No parece algo meramente físico, Rae. Lo siento...

Me tapé la cara.

—No... Esto es una pesadilla.

—No me lo puedo creer. —Se pasó la mano por el pelo, presa del nerviosismo—. Seríais la pareja más adorable del mundo.

—Jess, tiene novia.

—Pero no estará con él para siempre.

—¿Estás de coña? Es la primera vez que está tanto tiempo con la misma mujer. Y a todos nos encanta Rochelle.

—Sí, claro —dijo Jessie—. Rochelle es maravillosa. No me malinterpretes. Pero vosotros dos hacéis mejor pareja.

—Pero ella es médico igual que él. Lo tienen todo en común. No puedo competir con eso, ni quiero.

—¿Cuánto duraron sus sentimientos por ti?

Recordaba todo lo que me había dicho Rex de cabo a rabo.

—Unos tres años de forma intermitente.

A Jessie se le desenchajó la mandíbula.

—¿Tres años...? ¿Tres?

Asentí.

—Eso dijo.

—Nadie siente algo por alguien durante tres años. —Hizo una mueca—. No le gustabas. Estaba enamorado de ti, está claro.

—Eso no lo sabemos...

—Es más que evidente. ¿Cuándo pasó página?

—Al parecer, iba a pedirme salir antes de que yo empezara con Ryker.

—Y eso no fue hace tanto. Apuesto a que aún siente lo mismo.

Sabía que era imposible.

—Está muy enamorado de Rochelle. Es obvio que ya no siente eso por mí.

—No. —Levantó la mano—. Si amas a alguien durante tres años, esos sentimientos no se esfuman así como así. Probablemente pasó página porque sabía que no podía tenerte.

—Y te daría la razón si no llevara tanto tiempo saliendo con Rochelle.

¿Cuándo has visto a Zeke con una chica durante más de tres semanas? —La expresión de Jessie se relajó—. Nunca. Se dicen que se quieren y han conocido a sus respectivos padres. Si eso no es ir en serio, que alguien me lo explique. —Jessie no podía rebatir mis palabras—. Creo que he perdido mi oportunidad.

—Si sientes eso de verdad, me parece que deberías decírselo.

—No, por Dios. Jamás.

—¿Por qué no? Debería saberlo.

—No voy a fastidiar la relación con Rochelle. Podría haberme dicho lo que sentía cuando estaba saliendo con Ryker, pero no lo hizo. Debo corresponderle con el mismo respeto.

Suspiró derrotada.

—Pero es diferente...

—Da igual. Además, no le voy a hacer eso a Rochelle. Es muy buena persona.

—Sé que lo es...

—Y aunque se lo dijera, seguramente no sentiría lo mismo y nuestra amistad se resentiría. Las cosas no volverían a ser como antes. Y si Rochelle se enterara de que me gusta, no querría que volviera a verme. Nadie la culparía. Y yo perdería a Zeke para siempre.

Se encogió de hombros, comprendiendo mi razonamiento.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Superarlo, supongo.

—Pues no le has dado oportunidad al jugador de golf, así que mal empezamos...

—No tengo que salir con otra persona para pasar página. Lo evitaré.

—Si Rex no viviera contigo, sería una posibilidad. Pero no es el caso, así que estás jodida.

Sabía que tenía razón.

—Supongo que debo deshacerme de él.

—Pronto.

—No te vas a creer lo que hice cuando estábamos jugando al baloncesto el otro día... algo perverso.

—Yo juzgaré si fue perverso o no. —Me indicó con un gesto del dedo que continuara—. Suéltalo.

—Él tenía el balón y yo lo estaba bloqueando. Así que fingí que iba a quitárselo y le acaricié el pecho y los abdominales. Me encantó. —Me tapé un ojo avergonzada.

Jessie agitó la cabeza.

—Detesto decir esto, pero... fue muy perverso, sí.

—Lo sé.

—Necesitas distanciarte.

—Sí...

—Y si no puedes, deberías mentir y decirle que tienes que ir a un congreso o algo, así podrás dedicar una o dos semanas a aclararte las ideas.

—No es mala opción.

—Y usa el vibrador hasta que te hayas olvidado de él para siempre.

Estaba cargado y listo para la acción.

—NECESITO QUE TE MUDES. —COGÍ EL MANDO A DISTANCIA Y APAGUÉ EL televisor.

Estaba viendo un partido y le molestó perder el privilegio.

—¿Qué?

—Ya has estado aquí bastante tiempo. Creo que es hora de que ambos tengamos nuestro propio espacio. Sé que ahora ganas mucho dinero, así que puedes permitirte.

—Pero...

—Ya ni siquiera me importa que me devuelvas el dinero. —Arrojé la lista

de apartamentos y casas vacías a la mesa—. He estado buscando por ti. Los mejores están en la parte superior, y los peores abajo. Todos entran en el rango de precio que buscas y están cerca del trabajo. Así que ponte a ello.

Cogió los papeles y los hojeó.

—Si me dieras dos meses, saldaría la deuda.

—¿Cuánto crees que cuesta el alquiler? Te estás ahorrando cuatro mil pavos, Rex. Hazlo.

—Pero tengo que amueblar el apartamento. En caso de que lo hayas olvidado, tuve que vender todas mis cosas para alquilar la bolera. No tengo cama, sofá ni platos. No tengo absolutamente nada. Me va a costar mucho más de cuatro mil dólares. No sabía que te molestaba tanto como para sentir la necesidad de hacer esto. —Levantó los papeles y los arrojó sobre la mesa.

Ahora me sentía mal.

—No me molestas...

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Es sólo que... —Durante un segundo, consideré la posibilidad de decirle la verdad. Sabía lo que Zeke había sentido por mí en el pasado. Pero decidí no hacerlo.

—Da igual.

—Rae, ¿qué ocurre? —insistió—. Porque estás actuando de forma extraña y, aunque seas rara de por sí, hay algo que me estás ocultando.

—No es nada... Es que estoy con la regla.

Al oír aquello no dijo nada más. Cogió el mando a distancia y volvió a encender el televisor, haciendo todo lo posible para fingir que aquella frase incómoda no había alcanzado sus delicados oídos.

—De todos modos, me voy mañana a un congreso. No volveré en unas semanas.

—¿Un congreso? —preguntó— ¿Dónde?

Me inventé el sitio sobre la marcha.

—En Nueva York. Mientras esté allí, haré algo de turismo, así que no

volveré al menos en diez días.

—Está lejos. ¿Va Ryker?

—No. Vamos sólo Jenny y yo.

—Es genial, un viaje gratis. Y mejor aún para mí porque tendré paz y tranquilidad al fin.

—Sí. —Y yo tendré tiempo para olvidar a Zeke—. Me voy mañana. Te quedas a cargo de Safari.

—¿Primero me dices que me vaya y ahora te vas tú?

—Esperaba que te hubieras marchado para cuando volviera.

Se lo tragó.

—Ah.

—Nos vemos en diez días.

—¿Necesitas ayuda con algo? ¿Para hacer las maletas o llegar al aeropuerto?

—No tienes coche, Rex.

—Ya... pero puedo ir en un Uber contigo.

—No. Mi vuelo sale por la mañana. Estarás durmiendo.

—Es verdad.

ME REGISTRÉ EN LA HABITACIÓN MÁS BARATA QUE PUDE ENCONTRAR EN EL hotel justo al lado de mi trabajo. Fue un poco caro, pero de todos modos no gastaba el dinero que ganaba. Y necesitaba un respiro de mi vida.

Y de Zeke.

Si pasaba un tiempo sola e intentaba ser objetiva, estaba segura de poder vencer aquel enamoramiento. Cualesquiera que fueran mis sentimientos hacia Zeke, solo eran superficiales y temporales. Tal vez sólo lo quería porque me había sorprendido que le gustara en el pasado.

Había una explicación lógica.

Y aquellos sentimientos desaparecerían.

Fui a trabajar por la mañana y luego regresé a mi hotel como un reloj. Al principio fue emocionante, porque al fin tenía un espacio para mí. No tenía que ver a Rex sentado en mi sofá nada más entrar por la puerta. Podía pasearme en ropa interior y ver lo que quisiera en la televisión.

Pero la emoción desapareció tras unos días.

Comencé a sentirme sola y aislada.

Y lo peor de todo es que mis sentimientos hacia Zeke empeoraban. No estar cerca de él hacía que lo extrañara. Cuando en mi vida ocurría algo remotamente interesante, siempre quería contárselo. Deseaba ir a jugar al baloncesto, pero me di cuenta de que no podía jugar con él. Y mis sueños eran tan vívidos como siempre.

Estaba comiendo un sándwich para almorzar cuando Zeke me llamó.

Vi su nombre en la pantalla y casi me entró el pánico.

¿Por qué me llamaba?

¿Lo sabía?

¡Ah!

Tragué enseguida la comida y respondí.

—Holaaa. —Me tapé los ojos al darme cuenta de lo estúpida que había sonado. Zeke ponía mi mundo patas arriba, y me ponía tan nerviosa que actuaba como una completa idiota.

—Hola. ¿Qué tal en Nueva York? —Oí su voz profunda al otro lado de la línea, tan sexy y encantadora como siempre.

Podría estar escuchándola todo el día.

—Bien. Aunque el congreso es bastante aburrido.

—¿De qué va?

—Reciclar... recursos biodegradables... nuevas cepas de bacteria...

—Me lo estaba sacando de la manga. Era difícil mentirle a un colega científico.

Pero Zeke no lo cuestionó.

—Genial. ¿Has hecho turismo?

—Jenny y yo fuimos ayer al MET. Estuvo genial.

—Estupendo. ¿Habéis salido de discotecas?

—No mucho. Por las noches estoy muy cansada.

—Me lo puedo imaginar. Te explotará el cerebro.

Cerré los ojos y me imaginé su rostro, dándome cuenta de lo mucho que lo echaba de menos, aunque sólo habían pasado cuatro días.

—¿Qué has estado haciendo tú?

—Trabajar mucho. Hubo un error con las citas y estoy atendiendo al doble de pacientes con la mitad del tiempo que suelo tener.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Mi secretaria cometió un error con el software... pero es sólo esta semana. Luego volveré a tener descansos para almorzar.

—Qué malo es trabajar con el estómago vacío.

—¿A que sí? —preguntó riendo.

Era la risa más sexy del mundo.

—Rochelle y yo fuimos al cine anoche, y hoy hemos jugado a los bolos Rex y yo. Ha estado genial.

Al mencionar a Rochelle, sentí una punzada de celos.

Lo cual era absolutamente ridículo.

—Parece que te has estado divirtiendo mucho mientras estoy fuera.

—La verdad es que no. —Bajó la voz e hizo una pausa durante tanto rato que pensé que no seguiría—. Te echo de menos.

Cerré los ojos y contuve la respiración, tensa ante sus inocentes palabras. Lo decía de forma platónica, era sólo una muestra de afecto hacia alguien a quien veía como una amiga. Pero significó mucho más para mí, me hizo leer entre líneas y desear que hubiera algo más tras aquellas palabras.

—Yo también te echo de menos... —Acerqué las rodillas al pecho y abrí los ojos, sintiendo aún aquel dolor distante.

—No tengo a nadie con quien jugar al baloncesto o hablar sobre Rex. No

tengo a nadie con quien almorzar. Mi vida está muy vacía sin ti, Rae.

Me estaba torturando.

—Yo también me siento muy sola sin vosotros.

—¿Cuándo vuelves?

—Me quedan aún seis días más aquí. —Puede que menos porque el plan de mantener la distancia no estaba funcionando de todas maneras.

—¿Otra semana entera? —Dio un silbido—. Joder, eso es mucho tiempo. Me pregunto si Nueva York seguirá en pie cuando te marches.

—Estaba aquí mucho antes de que yo llegara. Y seguirá mucho después de que me vaya.

—Lo que tú digas, Rae. Te dejo. Sé que es tarde allí.

Ah, sí. En Nueva York eran tres horas más.

—Sí, debería acostarme.

—Buenas noches, Rae.

Me encantaba cuando decía mi nombre. Sonaba exactamente igual que en mis sueños.

—Buenas noches, Zeke.

UNOS DÍAS MÁS TARDE, CAMINABA A MI HOTEL DESDE EL TRABAJO, A PIE porque estaba muy cerca. La habitación de mi hotel ya no era un refugio seguro porque sólo era un espacio vacío, sin gente ni amigos.

No veía la hora de volver a casa.

Y, aunque nunca pensé que diría algo así, echaba muchísimo de menos a Rex.

No había superado lo de Zeke en absoluto. De hecho, estaba aún más colgada por él.

¿Por qué tuvo que llamarme?

—Rae.

Estaba a punto de abrir la puerta del hotel cuando reconocí aquella voz inconfundible. Era profunda y poderosa, y contenía la autoridad de un hombre al que conocía muy bien. No lo había visto en meses, y esperaba no volver a verlo.

Me volví y vi a Ryker frente a la ventana, vestido con un traje negro y un abrigo largo. Tenía el mismo aspecto de siempre, y sus ojos azules brillaban con rabia contenida.

—Ryker.

Eché un vistazo al hotel antes de mirarme.

—Te he visto entrar aquí todos los días después del trabajo. Mi curiosidad ha podido conmigo.

Alcé la ceja de inmediato al sospechar algo.

—¿Por qué has estado observándome?

Señaló el edificio de COLLECT.

—La ventana de mi oficina da a este hotel. No te preocupes, no te he estado espiando. Pero quiero saber lo que estás haciendo, así que he decidido preguntártelo.

—No es de tu incumbencia.

No reaccionó al insulto.

—¿Te has liado con un hombre casado?

Estuve a punto de darle una bofetada.

—¿Cómo?

—Sé que no es tu estilo, pero ¿por qué te escabulles todos los días a un hotel?

—Qué entrometido. No me escabullo. —Me negaba a responder su pregunta, sobre todo después de la manera en que me había insultado.

—Lo siento. —Se pasó la mano por el pelo con una expresión de arrepentimiento en sus ojos—. Hemos empezado con mal pie. No quise venir a insultarte. La verdad es que te he visto todos los días y buscaba una excusa para hablar contigo. Tu vida es obviamente mucho más interesante que la

mía, y tengo curiosidad. ¿Compraste una casa y te estás preparando para mudarte?

Sabía cuándo Ryker era sincero, y no tenía intención de enojarme a propósito.

—No. Rex sigue viviendo conmigo y yo... necesitaba algo de espacio.

—Ese tío gana dinero. Dile que se mude.

—Quiere esperar unos meses más para ahorrar.

—¿Quién hubiera dicho que sería capaz de ser austero?

—Quiere devolvernos el dinero a Zeke y a mí. Al menos tiene buenas intenciones.

—Siempre las ha tenido. —Se metió las manos en los bolsillos del abrigo—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien. Trabajando y viviendo. —E intentando que me deje de gustar mi mejor amigo, que ya tiene novia.

—¿Tuviste un buen cumpleaños?

Me sorprendió que supiera cuándo había sido mi cumpleaños. Nunca se lo había dicho.

—Me lo pasé muy bien. ¿Cómo lo sabes?

—Jenny mencionó algo un día en la sala de fotocopias.

Seguía sin saber cómo había sido yo el tema de conversación.

—Hacerse mayor no es divertido. Pero emborracharse, sí.

Se rio.

—Sabías palabras.

Me reí con su sarcasmo encantador.

—¿Cómo estás?

Sabía exactamente a lo que me refería, porque sus ojos se llenaron de tristeza.

—Bueno... Yo... —Se encogió de hombros sin saber qué responder.

Me sentía fatal por él.

Se aclaró la garganta y cambió de tema.

—¿Quieres tomar algo? Hay un pub a solo una manzana.

No pensé que estuviera intentando algo conmigo. No tendría ningún sentido si lo hiciera. Fue él quien me abandonó y nunca mostró interés en volver a estar juntos. Debía ser una invitación amistosa. Y no era lo peor que podía pasar. Habíamos tenido tiempo de sobra para pasar página, y era mi jefe. No había ninguna razón por la que no pudiéramos actuar como personas civilizadas y, tal vez, incluso ser amigos.

—Sí, tengo algo de tiempo. —Y tenía claustrofobia de pasar tantas tardes sola. Últimamente, charlaba a todas horas con Jenny en el laboratorio. Debía estar harta de escucharme.

—Genial.

HABLAMOS DEL TRABAJO, LOS DEPORTES Y LA TEMPORADA ANORMAL DE lluvias que estábamos teniendo. Ryker no mencionó nuestro romance ni dijo si estaba saliendo con alguien. No quería saberlo, así que me alegré de que no sacara el tema. Si no hubiera pasado página ya y me gustara Zeke, aquel encuentro habría sido mucho más difícil.

—¿Qué tal la pandilla? —Se había pedido un *old fashioned*, como siempre. Algunas cosas no cambiaban nunca.

—Jessie sigue en la peluquería. Creo que debería abrir su propio salón. Tiene talento para esas cosas. Y Kayden sigue en la biblioteca. La pobre lleva dos semanas enferma. Rex es... bueno, Rex. —Cuando mencioné al último miembro del grupo, no pude evitar que mi tono cambiara— Y Zeke y Rochelle son inseparables.

Examinó mi rostro con su oscura mirada de siempre, y observé sus hombros potentes bajo la camisa. Era tan fuerte como antes. El dolor no lo había cambiado físicamente en absoluto. Se le veía una sombra de barba, como si se hubiera saltado el afeitado esa mañana.

—Detecto cierto resentimiento en tus palabras. ¿Ya no te gusta Rochelle? No había empezado a hablar con Ryker y ya se había dado cuenta de mi desdicha. Debía ocultar mejor mis sentimientos.

—No, es genial. Hacen una pareja adorable. Él es muy feliz y me gusta verlo así.

Ryker no se lo tragó.

—¿Estás segura?

—Sí...

Ryker me miró como si no me creyera, pero no insistió.

—Hay algo que quiero preguntarte, pero al mismo tiempo, no. —Me miró como si me hubiera dado suficiente información como para que yo pudiera averiguar lo que quería.

Por desgracia, sabía exactamente cuál era esa pregunta.

—No. —No quería preguntarle lo mismo a él. Ni siquiera me importaba si se había casado. Me había hecho mucho daño, como cortes profundos con un cuchillo de carnicero. Me desangré y tardé meses en recuperarme. Aquel dolor estuvo a punto de acabar conmigo. Por suerte, volví a ponerme en pie y seguí adelante. Pero eso no significaba que quisiera hablar del tema.

—Me sorprende.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Creí que cierta persona se habría lanzado en cuanto estuvieras disponible. —Me dirigió esa mirada de complicidad, llena de acusaciones. Se llevó el vaso a los labios y bebió un trago.

—Zeke es feliz con Rochelle.

—No tanto. Vi la forma en que te miraba... a ella nunca la mira así.

La esperanza creció en mi corazón, como un globo.

—Pero estoy convencida de que ya lo ha superado.

Ryker se tensó al oírme.

—Entonces, ¿me crees por fin?

—Sí. —Preferiría no admitir que Ryker tenía razón, pero no iba a mentir

sólo para mantener mi orgullo.

—¿Tuvo el valor de decírtelo? —Me dirigió una sonrisa misteriosa, falsa e hipócrita.

—No. Me lo contó Rochelle. Me sorprendió.

—¿Por qué te lo dijo?

No quería entrar en detalles.

—Cosas de chicas.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Eso fue todo? ¿No ocurrió nada?

—¿Por qué iba a ocurrir algo? Como te comenté, está saliendo con Rochelle y ya ha pasado página.

—Supongo que tienes razón. De lo contrario, ya debería haber hecho algo.

La esperanza se desvaneció como un globo al que hubieran explotado. Analicé las palabras que Zeke me dijo por teléfono el otro día. Cuando dijo que me echaba de menos, lo interpreté en un contexto totalmente diferente.

—Considero a Zeke parte de mi familia y así será siempre. Rochelle formará parte de ello.

—Es cierto.

Terminé la copa de vino, pero no pedí otra. No me importaba hablar con Ryker, pero no quería que aquello durara más de una hora. Tal vez algún día podríamos estar juntos más tiempo, pero aún no.

—¿Cómo está tu madre? —Nunca llegué a conocerla. De hecho, sólo la había visto una vez... en el funeral.

Se quedó mirando su copa.

—Lo está... pasando muy mal.

—Lo siento mucho. —Yo también estaría destrozada si hubiera perdido a mi marido.

—Con y yo pasamos mucho tiempo con ella, haciéndole compañía. Pero

nunca podremos reemplazar lo que perdió.

Era la primera vez que hablaba de su hermano.

—Es muy amable por vuestra parte. Seguro que lo agradece.

—Está muy callada. Solemos ver la televisión con ella. Antes nunca se callaba, y ahora ni siquiera consigo que me responda una pregunta. —Se rio, pero de forma sarcástica.

—Tu padre era un buen hombre. Aún pienso en él.

—Sé que lo era... y gracias.

Aunque resultara irónico, era la conversación más profunda que habíamos tenido, y ya ni siquiera estábamos juntos.

Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla.

Seguí esperando con paciencia a que añadiera algo más.

—Quiero que sepas que... me importabas de verdad. Sé que no te lo demostré como debía y te hice daño, pero espero que puedas creerme.

No quería hablar sobre nuestra relación. Esperaba que dijera algo de su padre y se desahogara. Así que volví a encauzar la conversación en la dirección correcta.

—Sé que es así, Ryker. Y no pasa nada porque lo nuestro no haya funcionado. No tienes por qué disculparte. Estoy en un buen momento de mi vida. No me entristece que rompiéramos. Me alegro de que sucediera.

Me observó inexpresivo, tratando de leer mis ojos.

—Cuando falleció mi madre, me costó mucho aceptarlo. Hice muchas tonterías. Me emborrachaba en la escuela y me suspendían. Tonteaba con chicos cuando era demasiado joven para esa clase de relaciones. Y me perdí...

Su mirada se suavizó.

—No es sólo el dolor de perder a una madre. Es el hecho de sentirse solo. Hay una persona menos en la que puedes confiar. Y al pensar en su sufrimiento... sufres también. Pero cuando Rex logró que hablara con él... hablar de verdad... me ayudó mucho. No quiero decir con esto que me lo

cuentas todo, pero tener esa conversación con alguien podría servirte de ayuda.

Asintió mirando al suelo.

Abrí la cartera y dejé dinero para pagar la copa.

No se ofreció a invitarme y se lo agradecí.

—Tengo que irme. Me alegro de haberte visto, Ryker. —Me levanté de la silla y la dejé bajo la mesa.

No se levantó.

—¿Te gustaron mis flores?

Me eché el bolso al hombro y lo miré sin comprender sus palabras.

—Lo siento, no sé a qué te refieres.

—Las flores que te envié por tu cumpleaños. Sólo quería saber si te habían gustado.

Seguía sin saber de qué hablaba.

—Lo siento... Nunca las recibí. —Quizás el repartidor no bajó al laboratorio. Probablemente las dejó en el escritorio de alguien y se las llevaron.

Se cruzó de brazos sin mediar palabra. Parecía completamente perdido, con el vaso vacío frente a él. No tenía dónde ir, nadie con quien regresar. Sus ojos habían perdido el brillo y la vivacidad de antaño. Era como si una nube perpetua le oscureciera el sol.

Sus miembros delataban la sensación de derrota y depresión que lo embargaba. Ya no era el hombre engreído y carismático que hacía que me fallaran las rodillas. Estaba cansado y exhausto por la muerte de su padre y llevaba una pesada carga sobre los hombros. No me miró durante un minuto y evitó el contacto visual conmigo, algo impropio en él.

—Tenías razón, Rae.

—¿Razón en qué?

Apretó la mandíbula y miró por la ventana al ver las gotas de lluvia en el cristal.

—En todo.

REX

ENTRÉ AL BAR CON TOBIAS Y ME SACUDÍ EL AGUA DE LLUVIA DE LA chaqueta.

—Nunca había estado aquí.

—Yo tampoco. Pero he oído que tienen la mejor hora feliz. Pagas una copa y te dan otra gratis.

—Me apunto a la oferta. —Choqué los cinco con él de forma espontánea.

Caminamos hacia la mesa y tomamos asiento. Teníamos delante el menú, así que echamos un vistazo rápido.

—Eres muy tacaño para ser el dueño de una bolera de éxito. —Con hombros amplios y el cabello tan oscuro como el mío, Tobias encajaba a la perfección con Zeke y conmigo.

—Tengo que ahorrar todo lo que pueda para poder devolverle el dinero a Zeke y a Rae.

—¿Se están comportando como un banco?

—No. Es sólo que... —Dejé de hablar al divisar a alguien extrañamente familiar en el local. Tenía el cabello castaño oscuro, un físico esbelto y llevaba vaqueros y un suéter rosa con un agujero en la parte inferior. Era Rae. Al menos, parecía ella.

—¿Qué? —Tobias se volvió y siguió la dirección de mi mirada—. ¿Una chica guapa?

—No... más bien una cerda.

—Oye, ¿no es esa...?

Vi el perfil de Rae, pero no era capaz de asimilarlo. Era ella la que estaba al otro lado de la habitación. Tenía una copa de vino en la mano, y el hombre que estaba sentado frente a ella era alguien a quien despreciaba por completo.

—¿Qué coño está haciendo con Ryker?

—¿No se supone que estaba en Nueva York?

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Justo cuando estaba a punto de enfrentarme a ella, se levantó y cogió el bolso. Dejó un billete de diez en la mesa y se dispuso a marcharse.

—Agacha la cabeza —le ordené a Tobias—. No quiero que nos vea.

Tobias ocultó la nariz en el menú.

Rae intercambió algunas palabras más con Ryker, pero era obvio que no eran agradables. Ryker miró por la ventana y evitó su mirada. No parecía el de siempre. Tenía aspecto pálido y destrozado, como si no le quedara nada por lo que vivir. Rae no le dio un abrazo, ni siquiera le estrechó la mano. Salió sin mirar atrás.

Ryker se quedó donde estaba y la miró alejarse hasta que la perdió de vista.

Seguía sin entender lo que estaba viendo.

—¿Qué demonios pasa? —susurró Tobias—. ¿Estás seguro de que no volvía hoy de Nueva York?

—No. Se supone que le quedaban aún tres días allí.

—Me pregunto si habrá ido en realidad o no...

Yo me hacía la misma pregunta.

LLAMÉ A KAYDEN PARA OBTENER RESPUESTAS. QUERÍA LLEGAR AL FONDO DEL asunto, pero también necesitaba una excusa para hablar con ella. Cuando le

llevé sopa, apenas hablamos. El teléfono sonó un par de veces antes de pasar al buzón de voz.

—Hola, soy Rex. Solo llamaba para ver cómo estabas. Hace tiempo que no te veo... —Mi voz resonó en la línea, y de repente me sentí increíblemente solo. No me molesté en mencionar lo de Rae. Ya no parecía importante ahora que estaba hablando con su contestador automático.

Llamé a Jessie a continuación.

Respondió.

—Hola, Rex. ¿Qué pasa?

—Tengo asuntos que tratar contigo.

—No voy a volver a cortarte el pelo gratis. Mira, ahora ganas dinero y debes pagarme por mi trabajo.

—No es por eso. Pero ya hablaremos de ese tema porque necesito un pelado.

—Gratis no —replicó.

—Lo que tú digas. Estoy muy cabreado ahora mismo y vas a darme respuestas.

—¿Cabreado? —preguntó— ¿Por qué?

—¿Qué demonios le pasa a Rae?

Silencio. Un largo silencio. Su tono pasó de beligerante a desconcertado.

—¿De qué hablas?

—Rae no está en Nueva York. Acabo de verla tomando una copa con Ryker en un bar.

—¿Qué? —Parecía tan asombrada como yo— ¿Con Ryker? ¿Estás seguro?

—Sí. No les quité ojo durante quince minutos.

—Oh, Dios...

—Jess, ¿por qué mintió?

—No sé por qué crees que yo sé algo...

—Porque es así —repliqué—. Lo sé. ¿Por qué iba a mentir con irse a

Nueva York para quedarse en Seattle? Sé que mi hermana hace muchas tonterías, pero esta no hay por dónde cogerla.

Jessie permaneció en silencio, sin saber qué decir.

—Mira... No lo sé.

—No mientas. Cuéntamelo.

—Rex, no puedo.

—¿No puedes? —pregunté incrédulo—. No, me lo vas a contar.

—Le prometí que no lo haría.

Había llegado a un callejón sin salida y no me gustaba.

—¿Por qué te haría prometer algo así?

—Rex... Juré que no diría nada. Y no puedo. Sé que debes sentirte muy confuso en estos momentos, y lo siento. Pero te prometo que todo esto no tiene nada que ver contigo.

—¿No intenta alejarse de mí?

—No.

—¿Ha vuelto con Ryker? —Aquella era la peor posibilidad.

—No.

—¿Lo dices por decir?

—No —respondió—. No tengo ni idea de por qué estaba con Ryker, pero la pausa que se ha tomado no tiene nada que ver con él.

—Entonces, ¿con quién?

Suspiró al teléfono y esa era toda la respuesta que iba a darme.

—No le digas que la estoy espiando.

—Rex, en cuanto colguemos, la avisaré.

—No. Prometió que no volvería a mentirme. —No pude ocultar el dolor en mi voz—. Le daré espacio para que me diga qué le pasa cuando finja volver.

—Rex... si supieras por qué ha mentido, no te enfadarías con ella.

Mis pensamientos se volvieron lúgubres.

—Por favor, no me digas que está enferma... ni nada de eso.

—No. Te lo prometo. No es nada de eso.

Me sentí mejor, pero no se me ocurría ninguna razón que justificara su comportamiento.

—Entiendo que estés enfadado, Rex. Pero si supieras lo que ocurre, te prometo que no lo estarías.

—Sí... pero no sé qué está sucediendo.

—Estoy segura de que todo se desvelará pronto.

—¿No le vas a decir a Rae que lo sé? —Jessie era fiel a su amiga, así que las probabilidades de salirme con la mía eran escasas.

—No lo sé...

—No se lo digas, Jess.

Volvió a suspirar al teléfono.

—Pensaba que yo también era tu amigo.

—Por supuesto.

—De acuerdo, has mantenido la promesa que le hiciste a ella, pero ahora vas a prometerme a mí que no le dirás que la he visto.

Tras pensarse lo que acababa de decir, accedió al fin.

—De acuerdo.

—Gracias.

—Recuerda que lo está pasando mal. No seas un capullo.

En lugar de sentirme enojado, me dolía que Rae no me contara lo que estaba sucediendo en su vida. Éramos compañeros de piso además de hermanos. Yo tampoco se lo contaba todo. Era obvio que había mantenido en secreto lo de Kayden, pero nunca le había mentido y me había escapado dos semanas.

—Ya veremos.

RAE ENTRÓ CON SU EQUIPAJE FALSO Y CUBRIÓ A SAFARI DE BESOS.

—¡Te he echado tanto de menos, chico! —Safari le lamió la cara, deslizándola lengua por su nariz e incluso por su oreja—. Vaya, qué bien besas. —Lo abrazó antes de ponerse de pie.

La miré con recelo, conteniéndome para no explotar en ese mismo instante.

—¿Qué tal por Nueva York?

—Ha sido genial. Me he divertido mucho.

¿Cómo podía mentir con tanta facilidad? ¿Es que era una psicópata?

—Bien...

—Pero me alegro de volver a casa. Vivir en un hotel acaba cansando.

—Sí... seguro. —Sobre todo un hotel a sólo unas manzanas.

—¿Qué tal tus vacaciones sin mí?

—Bien. Ayer me pasé todo el día limpiando para ocultar el desastre que había provocado.

—Bueno, por lo menos me lo ahorro. —Llevó el equipaje a su habitación—. Voy a ducharme y a poner una lavadora. ¿Puedes pedir pizza?

La vi alejarse, sintiendo mi rostro enrojecer de la ira. Fingía que todo era normal, como si no hubiera pasado nada. ¿Cómo lo hacía? Lo único que me impidió gritarle fue el hecho de que Jessie me hubiera contado que Rae lo hizo por una razón específica y que estaba atravesando un momento difícil. Y, sobre todo, porque me sentiría mal por hacerle pasar un mal rato.

Eso fue lo único que me detuvo.

JESSIE VINO MIENTRAS RAE SE ESTABA VISTIENDO. ME MIRÓ Y VIO EL ENFADO que ardía en mis ojos. Estaba ahí desde que Rae había vuelto a casa el día anterior.

—Pareces... enfadado.

—Porque lo estoy.

—Supongo que no le has dicho nada.

—No. —Pero se hacía más difícil a cada hora que pasaba.

—Estoy orgullosa de ti. Peor creo que deberías dejarlo pasar.

Ni de coña. Era un insulto que no pudiera ser honesta conmigo, su hermano.

—Creo que... —Dejó de hablar cuando Rae entró en la habitación. Cambió enseguida de tema para que no fuera obvio que estábamos hablando de ella—. Creo que debemos sacar a Kayden de su cueva. Lleva demasiado tiempo enferma. No puede seguir estándolo.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Rae—. Pararemos en su casa y la arrastraremos a la calle.

Me animé un poco. La idea de volver a ver a Kayden me llenaba de alegría. No la había visto desde que nuestro acuerdo finalizó. Pensaba en ella todo el tiempo y me preguntaba si necesitaba algo al estar enferma. Le había llevado sopa para poder pasar tiempo con ella, pero ni siquiera así me había dejado entrar.

—Parece un buen plan —dijo Jessie—. Y estás muy buena, por cierto.

—Tú más —respondió Rae.

Me aclaré la garganta.

—Ejem. —Me limpié el polvo invisible del hombro.

—¿Qué? —Rae me observó sin comprender.

—Yo también estoy bueno, ¿no? —Le dirigí una sonrisa arrogante.

—¿Quieres que tu hermana te diga que estás bueno? —preguntó Rae incrédula.

—No, idiota. —repliqué—. Jessie.

—Dile que está bueno para que podamos salir de una vez —dijo Rae—. De lo contrario, no hará más que quejarse todo el rato.

—Yo no me quejo —dije—. Eso es más propio de ti.

Jessie me miró de arriba a abajo.

—Creo que estás bueno, Rex.

Mi ego aumentó al oír sus palabras, aunque sabía que no lo decía de verdad.

—Vaya, muchas gracias.

—¿Podemos irnos ya? —Rae cruzó la puerta con Jessie, sin molestarse en esperarme.

—Cierra el pico. Ya voy.

—¡ABRE LA MALDITA PUERTA! —JESSIE ESTABA A PUNTO DE DERRIBARLA A puñetazos—. ¡Sabemos que estás ahí, niñata!

—Ahora sí que le van a entrar ganas de salir... —La voz de Rae estaba llena de sarcasmo.

—Me da igual —dijo Jessie—. Ni siquiera sabe que has estado diez días en Nueva York. Eso significa que tenemos que hablar seriamente.

Me empezó a hervir la sangre otra vez.

Rae lo intentó.

—Kay, somos nosotros. ¿Tan mal estás que no puedes abrir la puerta?

Kayden abrió por fin. Llevaba pantalones de chándal holgados y una camiseta. Se había hecho un moño y no llevaba maquillaje. Parecía mucho más delgada que la última vez que la vi, tanto que resultaba peligroso. Abrió la boca para hablar, pero entonces me vio. El pánico se apoderó de su rostro, pero lo ocultó enseguida.

—Casi me habéis roto la puerta.

—Lo habría hecho si Rae no me hubiera detenido —dijo Jessie—. ¿Sigues enferma o qué?

—No pareces enferma —dijo Rae—. Sólo cansada.

Kayden cerró más la puerta para que no pudiéramos verla bien.

—Ya me encuentro mucho mejor. He estado bastante mal, y me he tomado estos últimos días para descansar y recuperarme del todo.

—¿Qué tenías? —preguntó Jessie.

—La gripe —respondió Kayden—. Y luego me entró bronquitis.

—Joder —dijo Rae—. No me extraña que hayas estado desaparecida.

—Sí... —Kayden seguía mirándonos desde la puerta—. Os dejaría pasar, pero no he limpiado bien la casa. No quiero que enferméis.

—No pasa nada —dijo Rae—. Habíamos venido a recogerte. Nos vamos de bares y tú te vienes con nosotros.

—Sí —dijo Jessie—. Vístete.

Yo no había dicho una palabra. Al mirarla, me había quedado de piedra.

—Eh... —Kayden se volvió para mirar algo a sus espaldas.

—Vienes con nosotros —ordenó Jessie—. Así que no te resistas.

—Bueno, ¿os importa si me cambio rápido? —Kayden se volvió hacia nosotros.

—En absoluto —dijo Rae.

—Así me gusta —dijo Jessie—. Esperaremos aquí.

—De acuerdo —dijo Kayden—. Saldré en quince minutos.

ERA COMO SI KAYDEN ACABARA DE SALIR DEL SALÓN DE BELLEZA. PARECÍA Miss Universo con su cabello hermoso y brillante y un pequeño vestido ajustado que mostraba sus increíbles piernas.

No podía dejar de mirarla.

Después de llegar al bar, cogimos las bebidas y tomamos asiento en una mesa en la esquina. Me senté frente a Kayden y tuve que obligarme a mirar hacia otro lado para no fijar la vista en ella.

—¿Dónde está Zeke? —preguntó Jessie.

—Llegará pronto —dije—. Rochelle salía tarde del trabajo hoy.

Jessie miró a Rae inmediatamente.

Rae se dio cuenta y se dio la vuelta rápidamente.

¿A qué había venido eso?

Kayden dio un sorbo a su copa, sin mirarme ni una vez. Estaba en silencio, buscando entre la multitud y sin participar para nada en la conversación.

—Has perdido mucho peso —dijo Jessie—. Tienes que recuperarlo pronto.

—Es la mejor dieta que hay —dijo Rae riendo.

—Sí, lo sé —dijo Kayden con voz débil—. Cada vez que comía algo, lo vomitaba.

Jessie hizo una mueca.

—Qué mal. Lo siento, tía.

—No pasa nada —dijo Kayden—. Ya se terminó.

Jessie centró su atención en un tío en la barra.

—Oh... está bueno.

Kayden siguió su mirada.

—Sí que lo está.

—Estoy pensando en acercarme —dijo Jessie—, pero me va a costar salir de aquí.

—Pues yo voy a levantarme. —Kayden soltó su copa—. Pero sólo para tirarle los tejos. —Sin decir nada más, se alejó de la mesa en dirección al hombre sentado en la barra. Le dirigió una sonrisa amistosa, le dijo algún tipo de broma y se sentó en el taburete de al lado a charlar con él.

Ay.

Joder, cómo dolía.

—Maldita sea —dijo Jessie—. ¿Has visto eso?

—Lo sé —dijo Rae—. Seguramente se ha vuelto un poco loca después de estar tres semanas encerrada. Es lo que tiene la sequía.

—Sentiría celos —dijo Jessie—, pero me ha impresionado tanto que sólo puedo sentir admiración.

—Ahora que lo pienso, no creo haber visto jamás a Kayden tirarle los

tejos de esa forma a nadie. —Rae removi6 el c6ctel antes de dar un trago.

—Supongo que le habr6 gustado mucho ese t6o —dijo Jessie—. Bien por ella.

Segu6 mirando a Kayden mientras coqueteaba con el atractivo desconocido. Dijo algo que lo hizo re6r y 6l pidi6 una ronda de bebidas para los dos.

Sent6 acidez en el est6mago.

Ten6a ganas de vomitar.

Era peor que la gripe y la bronquitis.

—¿Est6s bien, Rex? —pregunt6 Jessie.

Me volv6 hacia ellas e intent6 ocultar mi abatimiento.

—S6, esta cerveza no me gusta. Es demasiado dulce. —Hice una mueca y apart6 el vaso a un lado. En realidad no ten6a nada de malo.

—Odio cuando me pasa eso —dijo Rae—. Son ocho pavos tirados a la basura.

—S6... —Me resist6 a volver a mirar a Kayden. Me fastidiaba.

—Ya est6 aqu6 Zeke. —Jessie lo vio al entrar al bar—. Y viene con ella...

Rae mir6 fijamente su copa y se bebi6 la mitad de un solo trago.

Zeke y Rochelle pidieron una copa en la barra y se dirigieron a nuestra mesa.

—Hola, ¿qu6 tal? —Zeke se sent6 primero y Rochelle tom6 asiento a su lado. Rae y Jessie se apretaron para dejarles espacio.

—Nada nuevo —dije— Aqu6 estamos...

Rochelle salud6 a todo el mundo.

—Hola, chicos. —Centr6 su atenci6n en Rae—. ¿Qu6 tal por Nueva York?

Rae se qued6 callada durante tanto tiempo que parec6a que no hab6a escuchado la pregunta. Agarr6 con fuerza la copa y abri6 la boca para hablar, pero no sali6 nada.

La mir6 con inter6s, incapaz de recordar un momento en que mi hermana

se hubiera quedado sin palabras.

—Estuvo bien —dijo al fin—, pero me alegro de haber vuelto a casa.
—No miró a los ojos a Rochelle, ni tampoco a Zeke.

Jessie la miró con tristeza y se aclaró la garganta.

—Kayden ha venido. —Señaló al otro lado del bar—. Está tirándole los tejos a un chico.

—¿Ah, sí? —preguntó Zeke con auténtica emoción—. Hace semanas que no la veo.

—Yo tampoco —dijo Rochelle.

—Pues me alegro por ella —dijo Zeke—. Ha debido ser un mal catarro.
—Se volvió hacia Rae—. ¿Cuándo volviste?

Rae parecía incómoda por la atención que le estaba prestando. Si no supiera la relación tan estrecha que tenían, pensaría que lo odiaba. Habían estado juntos en la misma habitación después de haberle dicho lo que Zeke sentía por ella y no se había comportado de forma diferente entonces, así que sabía que no tenía nada que ver con eso.

—Ayer.

—¿Estaba la casa hecha un desastre? —bromeó Zeke.

Rae no pilló la broma.

—Eh, no.

Zeke alzó las cejas.

—¿Te encuentras bien, Rae?

—Sí. —Su voz se quebró al hablar—. Creo que he pillado la gripe de Kayden... —Se tocó la garganta como si buscara la hinchazón.

—Puedo revisarte los ganglios linfáticos... —Zeke se inclinó sobre la mesa.

Rae le dio prácticamente una guantada en la mano.

—No me toques.

Todos en la mesa se quedaron callados al oír la dureza de su voz.

Jessie era la única que no parecía sorprendida.

—Ayer estaba pelando a un niño y casi le corto la oreja.

Iniciamos una conversación sobre eso, desviando la atención de Rae. Pero no dejé de pensar en ello. Jessie nos habló de su cliente inquieto y de un chico muy atractivo que iba después de él. Rochelle se acercó aún más a Zeke y presionó el rostro contra su cuello, abrazándolo como si estuvieran en casa. Zeke se volvió hacia ella, sonrió y le dio un beso en los labios.

Fue entonces cuando Rae casi me empujó.

—Levántate, Rex. Tengo que ir al baño. —Siempre estaba dándome órdenes, pero el tono de su voz era diferente esta vez. Obedecí de inmediato, pues parecía una situación de vida o muerte.

Rae se marchó corriendo, como si no pudiera escapar lo bastante rápido.

Jessie la vio alejarse y siguió contando sus aventuras en el trabajo a pesar de que sus historias no eran demasiado interesantes. Parecía que lo hacía por el mero hecho de hablar.

Me senté e intenté pensar en lo que podría estar molestando a Rae, porque estaba claro que algo no iba bien.

—Rex, ¿qué le pasa a Rae? —Me preguntó Zeke sin rodeos—. Parece muy molesta por algo. ¿Le pasó algo en Nueva York?

—No que yo sepa, pero no me cuenta nada. —Mi enfado ardía como cera caliente.

Zeke se dio cuenta de la tensión, pero no preguntó al respecto.

Rochelle fue la siguiente en hablar.

—Quizás alguien debería ir a ver si está bien...

—Yo iré. —Jessie se acercó a mi lado para poder salir.

Se me estaba agotando la paciencia, y quería llegar al fondo del asunto. Mi hermana me había mentido sobre su paradero durante diez días, y ahora volvía a actuar de forma extraña. ¿Qué le ocurría? ¿Estaba embarazada? ¿Papá se había puesto en contacto con ella? ¿Qué podría ser para que no me lo contara?

—No. Voy yo.

—Déjame ir a mí —dijo Jessie enseguida—. Soy su mejor amiga...

—Y yo soy su hermano. —Me levanté y me dirigí al baño, haciendo lo posible por ignorar a Kayden que flirteaba con aquel tío en la barra. Había levantado cabeza y estaba lista para relacionarse con otros, mientras que yo aún no le había pedido salir a nadie.

Caminé hacia el pasillo donde estaban los baños, y por suerte, no había cola. Abrí la puerta del baño de mujeres porque sabía que estaría allí. Rae estaba de pie frente al espejo, como esperaba. Se agarraba al lavabo con ambas manos y miraba fijamente el desagüe.

Estaba llorando.

No sollozaba. Unas lágrimas solitarias resbalaban por sus mejillas. Intentaba controlar su respiración y mantenerse en calma. Era una bomba a punto de explotar, y estaba haciendo todo lo posible por mantenerse estable. Al oír que se cerraba la puerta, miró mi reflejo en el espejo.

Y su mirada se llenó de pánico.

—¿Qué demonios haces aquí?

Mi enfado se había desvanecido al verla llorar. Muy pocas veces la había visto derramar una lágrima. En lugar de ceder a su dolor, mantenía la cabeza alta y se mostraba fuerte. Tenía que estar pasándolo muy mal para derrumbarse de esa forma.

—Quería ver si estabas bien...

—Estoy bien. —Sacó un trozo de papel del dispensador y se secó las lágrimas de los ojos rápidamente—. Tengo una alegría terrible en esta época del año.

Era mentira y lo sabía. Ella también.

Me acerqué a ella y me apoyé contra la pared. Crucé los brazos sobre el pecho y la miré, sin importarme que estuviéramos en el baño de señoras. Por suerte, no había nadie más.

—Rae, ¿qué demonios te pasa? Primero, me mientes diciéndome que te vas diez días a Nueva York, y ahora estás con los nervios destrozados.

Abrió los ojos de golpe, y me dirigió una mirada cargada de miedo.

—¿Qué?

—Sí, sé que no estabas en Nueva York. Me mentiste una vez más, pero estoy dispuesto a dejarlo pasar si me das una buena razón.

Estaba claro que yo sabía la verdad, así que no trató de mentir para salirse con la suya.

—¿Cómo lo has sabido?

—Salí con Tobias y te vi con Ryker. —Su rostro palideció—. Por favor, dime que no has vuelto con él.

Volvió a contemplar el desagüe.

—No.

—Entonces, ¿qué hacías con él?

Suspiró y cerró los ojos por un momento, formulando la respuesta.

—Se dio cuenta de que me alojaba en el hotel frente a COLLECT. Me siguió y me preguntó por qué lo hacía. Tomamos un trago y hablamos de ello. Eso fue todo.

Al menos no estaba saliendo con él. Era algo que agradecer.

—¿Por qué estabas alojada en un hotel?

Cerró los ojos como si no quisiera contestarme.

—Rae, vas a darme una respuesta apropiada. De lo contrario, haré de tu vida un infierno.

Seguía sin contestarme.

—Rex, entiendo que estés enfadado, pero no estoy preparada para hablar de ello. Por favor... ten paciencia conmigo.

—No. —Nunca había sido un hombre paciente—. ¿Por qué lloras ahora? ¿Por qué has salido corriendo al baño? ¿Qué se ha dicho en la mesa que te haya molestado tanto...? —Me detuve en mitad de la frase al darme cuenta del motivo. Justo antes de que Rae se levantara, Zeke besó a Rochelle. Y antes de eso, Rae y Jessie actuaban de forma extraña con Rochelle. ¿Era por eso?— Zeke.

Se enderezó y soltó el lavabo.

—¡Ostia puta! ¡Te gusta Zeke! —Me llevé las manos a la cabeza porque no podía creer la verdad que acababa de descubrir. Era lo único que tenía sentido, aunque pareciera una locura.

Y no lo negó.

—Baja la voz.

—¿Cómo? —exigí saber—. ¿Cuándo empezó a gustarte?

—No sé... hace unas semanas.

El corazón me latía con más fuerza que los cascos de los caballos golpeando contra el suelo.

—No me lo puedo creer... pero eso no explica por qué mentiste acerca de ir a Nueva York.

Se secó los ojos con el papel y lo tiró a la papelera.

—Mira, necesitaba un poco de espacio. Como vives conmigo, él siempre viene a casa. Necesitaba tiempo para dejar de pensar en él. No iba a conseguirlo si lo veía siempre sentado en mi sofá. Así que... intenté alejarme.

—¿Por qué intentas pasar página?

—Por Rochelle, idiota.

Ignoré aquel insulto injusto porque estaba molesta.

—Es muy buena persona, y Zeke está loco por ella. ¿Crees que no me siento como una mierda por mirarlo con esos ojos? Tiene novia. No debería sentir lo que siento. Está mal. Me niego a ser esa clase de persona. Pertenece a Rochelle, y soy una zorra por soñar con él y pensar en él todo el rato...

—¿Sueñas con él?

No me dio más detalles.

Y sospechaba la razón. Fue un momento incómodo entre nosotros.

—Pensé que era sólo atracción física y, si no lo veía en una temporada, dejaría de pensar en él.

—Supongo que no ha funcionado.

—No. Al ver que besaba a Rochelle... me sentí fatal.

Nunca pensé que Rae sentiría algo por Zeke, pero me estaba confesando que tenía el corazón roto por un hombre al que jamás podría tener.

—Es increíble. ¿Te empezaste a sentir así cuando te dije que le gustabas?

—No. Fue mucho antes. No sé exactamente cuándo o por qué... pero cuando me dijiste lo que sentía él, todo empeoró.

Era tan escandaloso que podría ser una telenovela.

—Entonces... ¿estás enamorada de él?

—No lo sé... Decir algo así es muy fuerte. Pero no puedo negar estos sentimientos, y me están matando.

Si Zeke se enterara de esto, se desmayaría.

—Deberías decírselo.

Su actitud cambió de inmediato.

—No seas ridículo.

—Lo digo en serio, Rae. Se volvería loco de contento después de lo que sentía por ti. —Me había dicho palabra por palabra que podía verse sentando la cabeza con Rae. Y eso no era algo que pudiera decirse a cualquiera.

—¿No se te olvida alguien? —Me dirigió una mirada cargada de odio—. ¿Rochelle? ¿La mujer a la que ama?

—Sí, pero...

—Pero nada. Está con otra persona. Y Rochelle es maravillosa. Perdí mi oportunidad al salir con Ryker. Y no hay más que hablar.

—Rochelle no tiene nada que hacer contra ti, Rae.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sé que no siente lo mismo por ella que por ti.

Rae negó con la cabeza.

—No puedes hacer una suposición así. Y aunque tuvieras razón, no importa. Fue algo del pasado. Ahora estamos en el presente, y en el presente Zeke lleva seis meses saliendo con Rochelle.

—Podría salir con ella toda una vida y seguiría sin sentir lo que sentía por ti.

Sus ojos se suavizaron durante un instante antes de adoptar una expresión firme.

—Rex, da igual. No voy a decírselo.

—Pero...

—Lo amo y nunca le haría eso. ¿Tienes idea de la situación en que lo pondría? Lo confundiría. Y si no sucediera sería porque está enamorado de Rochelle, porque lo está, y nuestra relación de amistad se resentiría. Dejaría de gustarle a Rochelle, y lo cierto es que no podría culparla. No querría que Zeke se me acercara lo más mínimo. Sería un desastre, lo mires por donde lo mires.

Había tomado una decisión y estaba claro que no iba a cambiar de parecer. Yo no le contaría que Zeke pensaba pedirle matrimonio a Rochelle, pues la haría sentirse peor.

—Entonces, ¿qué alternativa hay?

—Lo superaré. —Se miró en el espejo como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de lo que acaba de decir—. Comenzaré a salir de nuevo e intentaré encontrar a un buen tipo. Tal vez encuentre a alguien tan bueno que consiga que me olvide de Zeke por completo.

Ya sabía que ese plan no funcionaría.

—Creo que deberías decírselo.

—Pues yo no.

—Deja que te pregunte una cosa. —Me apoyé en la pared y la observé—. Cuando empezaste a salir con Ryker, ¿te habría gustado saber lo que Zeke sentía por ti? ¿Desearías que te lo hubiera dicho?

Me miró a los ojos con expresión vacía.

—Responde —insistí.

—No lo sé...

—Ryker terminó siendo un gran error. Tal vez Zeke te habría ahorrado tiempo.

—Rochelle no es una imbécil como Ryker. Y yo no podía saber lo que

iba a pasar con él. Es imposible predecir lo que habría hecho.

—Pero podrías haber actuado de otra manera si hubieras tenido toda la información.

—Puede ser... pero yo no sentía nada por él entonces.

—Pero si hubieras sabido lo que sentía, puede que sí.

Se apoyó en la pared contraria y se cruzó de brazos.

—Podríamos estar todo el día haciendo suposiciones, pero eso no cambiaría nada. No se lo voy a decir a Rex. Rochelle es maravillosa. No sería una buena amiga si hiciera algo que pudiera poner en peligro su relación.

En cualquier otra situación, estaría de acuerdo con ella. Pero no en esta. Zeke y Rae se parecían tanto que daba miedo. Podía imaginarlos pasando juntos y felices el resto de sus vidas. Y yo no era para nada romántico.

—Más te vale no contarle nada de esto a Zeke.

Le sostuve la mirada.

—Lo digo de verdad, Rex. No te corresponde hacer eso.

Sólo podía pensar en lo rápido que Zeke había empezado su relación con Rochelle. Incluso había admitido que comenzó a salir con ella por motivos equivocados. Y sospechaba que tampoco quería casarse con ella porque la amara. Había algo raro desde el principio.

—De acuerdo.

—Gracias. —Rae apoyó la cabeza en la pared y miró los fluorescentes del techo—. No quiero volver a la mesa. No quiero sentarme y fingir que me lo paso bien mientras le mete la lengua por la garganta.

Yo tampoco quería salir. Kayden seguiría ligando con aquel tío, y estarían riendo a carcajadas mientras bebían. O puede que ni siquiera siguieran allí. A lo mejor se la había llevado ya a su casa.

Vaya noche de mierda.

NO LOGRABA DECIDIRME.

Una parte de mí quería contárselo todo a Zeke. Debía saber que tenía una oportunidad con Rae si aún la deseaba. Y no parecía que a Rae sólo le gustara. Era mucho más que eso. Algo lo bastante fuerte como para hacerla vivir en un hotel diez días para no pensar en él.

Pero también me sentiría fatal si decía algo. Rae me había pedido que guardara el secreto, y Rochelle sería víctima de la situación. Era buena persona y no merecía que le rompieran el corazón. Pero al mismo tiempo, así es la vida. A veces hay que sufrir.

Podría arruinar la felicidad de Zeke. Su relación con Rochelle probablemente funcionaría. Ya había comprado el anillo, le había pedido permiso al padre de Rochelle y había planeado la petición de mano. Si le dijera la verdad, lo arruinaría todo.

Y puede que Rae y él no duraran para siempre. Podría ser algo a corto plazo y acabar dándose cuenta de que estaban mejor como amigos.

Zeke podría perder a alguien con quien era feliz.

No lograba decidirme.

Cada vez que creía haber tomado una decisión, cambiaba de parecer. Y cuando planeaba cómo hacerlo, aparecía un nuevo pensamiento en mi mente que me hacía cambiar de dirección.

Ojalá alguien me dijera qué hacer.

Rae se pasó la semana siguiente sentada en el sofá. Iba a trabajar, volvía a casa y no hacía absolutamente nada. No iba a correr al parque con Safari ni se encargaba del apartamento. Dejaba los platos sucios en el fregadero y sólo ponía lavadoras cuando se quedaba sin ropa.

Era extraño.

No me gustaba verla así, sucia y desordenada. Ahora entendía por qué vivir conmigo resultaba insufrible.

—¿Estás bien? —La situación llegó a un punto en el que sentí la necesidad de preguntarle. Probablemente quería espacio, pero como vivía allí,

era imposible dárselo.

—Sí. —Se echó una manta sobre el regazo mientras leía en su Kindle.

—Pues no lo parece.

—Es sólo que últimamente estoy cansada...

—No hay comida en la nevera ni platos limpios en el armario, y hace más de una semana que no se pasa la aspiradora.

No tenía energía para hacerse la listilla.

—Pues vale.

Joder, la situación era peor de lo que pensaba.

—¿Cómo fue hablar con Ryker?

Se encogió de hombros.

—Está muy deprimido por lo de su padre. Su carácter bromista ha desaparecido. Me siento fatal por él...

—Sí, yo también. —Siempre lo odiaría por lo que le hizo a Rae, pero me daba lástima que hubiera perdido a su padre. Cuando Rae y yo perdimos a nuestra madre, estábamos desolados. Y nuestro padre se había ido unos años antes, así que su ausencia fue aún más real.

—Pero mejorará con el tiempo. Todos nos caemos y lleva un tiempo volver a levantarse.

—Sí...

Llevaba un moño despeinado y había estado con el mismo pijama toda la semana. Cada vez que Zeke quería pasar tiempo conmigo, me aseguraba de salir del apartamento para que no tuviera que verlo. Pero, en el fondo, no podía dejar de imaginarme una realidad en la que estaban saliendo juntos. Zeke estaría en casa todo el tiempo, y ambos estarían con personas que los merecían. Serían felices, y no tendría que ver a Rae deprimida en el sofá todos los días.

Pero si le dijera la verdad a Zeke, ¿elegiría a Rochelle?

¿O elegiría a Rae?

—¿TE ENCUENTRAS BIEN? —ZEKE ESTABA SENTADO FRENTE A MÍ Y compartíamos un plato de alitas picantes. Acabábamos de terminar un partido y yo había perdido estrepitosamente.

No tenía la mente puesta en el juego. No hacía más que pensar en la información crucial que poseía. ¿Sería un mal amigo si se lo decía o si no se lo decía? En cualquier caso, yo salía perdiendo.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Cómo qué?

—Cosas del trabajo y demás...

—¿Está mejor Rae? La semana pasada en el bar estaba muy rara.

—Sí... estaba con la regla.

Zeke se lo creyó y volvió a las alitas. Observó el televisor en la esquina.

—¿Sigue adelante el plan para pedirle matrimonio?

—Sí. No puedo creer que dentro de una semana estaré prometido. Es una locura, ¿verdad?

—Sí... —Zeke parecía feliz al preguntarle, así que lo mejor sería no decírselo. Pero si cambiaba de opinión más adelante, sería peor. Si se lo contaba cuando ya estuviera prometido con Rochelle, sería un mal amigo—. Es una locura. —Sobre todo porque sólo llevaba saliendo con ella seis meses.

Zeke se percató del tono de mi voz.

—Odio tener que preguntártelo más de una vez, pero me da la sensación de que te pasa algo. Has estado muy gruñón toda la semana.

—No es cierto —repliqué. Tenía muchas cosas en mente. Me preguntaba si aquel tipo se había llevado a Kayden a su casa. Además, estaba preocupado por la situación amorosa de mi hermana. Si no hacía algo al respecto, nunca pasaría nada.

—Estás muy gruñón. Tu comportamiento es extraño, como el de Rae y Jessie... incluso Kayden está rara. Me da la impresión de que todos sabéis

algo que yo desconozco.

Puede que fuera más observador de lo que creía.

—¿Me vas a dejar con la intriga o qué?

Me resultaba irónico que fuéramos a tener aquella conversación ahora, en el mismo lugar donde me dijo que iba a pedirle salir a Rae. Para colmo, estábamos sentados en la misma mesa.

—De acuerdo, pasa algo...

Zeke se limpió la salsa de los dedos y me prestó toda su atención.

—Es algo muy importante y ni siquiera sé por dónde empezar. Llevo toda la semana pensando si debería contártelo o no. En cualquier caso, seré un mal amigo.

—¿A qué te refieres?

—Seré un imbécil si te lo cuento, pero también si me lo callo.

—Vaya... la cosa se pone interesante. —Apoyó los codos en la mesa—. Suéltalo.

—Vale... —Ahí va eso—. Cuando Rae salió corriendo al baño la semana pasada, la seguí para ver cómo estaba. Y me contó lo que le pasaba.

Zeke me observó sin parpadear.

—Me dijo que siente algo por ti. No fue a Nueva York, se quedó en un hotel cerca del trabajo para no verte en unos días e intentar superarlo. Y cuando Rochelle y tú estabais acaramelados en el bar, se fue al baño a llorar...

Zeke no reaccionó. Se quedó inmóvil como una estatua, asimilando lo que acababa de decir. Parecía en estado de shock. Tras un minuto de silencio, logró articular palabra.

—Yo... Qué... No lo entiendo. —Un maremágnum de emociones atravesó su rostro de golpe—. ¿Rae siente algo por mí?

Asentí.

—¿Por mí? —Se señaló el pecho.

Volví a asentir.

Abrió los ojos de par en par, incrédulo.

—¿Dijo esas palabras?

—Sí. Me dijo que sueña contigo y no puede dejar de pensar en ti.

—Yo... —Volvió a quedarse sin habla y se apoyó en el respaldo de la silla. Se pasó las manos por el pelo, impactado—. ¿Cuándo?

Sabía lo que estaba preguntando en realidad.

—Hace unas semanas. Dice que no recuerda exactamente cuándo comenzaron sus sentimientos. Y luego... Rochelle le dijo que sentías algo por ella.

—¿Que hizo qué? —respondió.

—Y cuando Rae escuchó eso... sus sentimientos se intensificaron. Ahora le cuesta estar cerca de vosotros... por razones obvias. Se siente culpable porque estás saliendo con Rochelle y no tiene derecho a sentirse así. Le gusta mucho Rochelle y quiere que las cosas funcionen entre vosotros.

—¿Sabe lo que siento por ella?

No pude ignorar el tiempo verbal que había empleado.

—Sí. Me hizo varias preguntas y se lo conté todo. —Sabía que no se enfadaría conmigo. Sólo lo hice porque Rochelle se había ido de la lengua antes.

—No puedo creerlo... —Se volvió a mesar los cabellos, incapaz de estarse quieto.

—Yo tampoco.

—¿Por qué no me lo ha dicho? Rae no es tímida.

—Porque estás saliendo con Rochelle. No quiere interponerse entre vosotros. Respeta a Rochelle.

—¿Entonces no sabe que me lo estás contando?

Negué con la cabeza.

—No iba a decírtelo porque vas a pedirle matrimonio a Rochelle la semana que viene. Pero... también pensé que sería un error si no te lo decía. Sé lo que sentías por Rae, y pensé que debías tener toda la información antes

de tomar una decisión. Lo siento si te he confundido o lo he estropeado todo... No se me dan bien estas cosas.

—No. Me alegro de que me lo hayas dicho. —Volvió a apoyar los codos en la mesa.

Esperé a que dijera algo más, a que me contara qué decisión había tomado.

Pero permaneció en silencio.

Así que me quedé allí sentado, incómodo.

Zeke miró a su alrededor y volvió a mesarse los cabellos.

—¿En qué piensas?

—No lo sé...

Di un trago a la cerveza y esperé a que aclarara sus pensamientos.

—Siempre he querido a Rae. Es justo lo que quiero en una pareja. He perdido la cuenta de las veces que he estado con ella y he sentido deseos de abrazarla y besarla.

Contuve una expresión de disgusto.

—Me gusta desde hace tres años de forma intermitente. Cuando me imaginaba casado, siempre era con ella. Es la mujer más increíble que he conocido. Es preciosa, extrovertida, inteligente, humilde y... perfecta.

Di un trago a la cerveza para estar ocupado con algo.

—Pero ahora tengo a Rochelle. Y es guapa, inteligente, abierta y tiene muchas otras cualidades maravillosas. Tenemos mucho en común porque compartimos la misma profesión, y viene de una familia de médicos. Es dulce y nunca dice nada malo de nadie. No tengo ni una sola queja de ella.

—Es difícil...

Suspiró y se tapó la cara.

—Pero no es Rae...

¿Significaba eso lo que creía?

—Pero ya he comprado el anillo, he planeado la cena y he hablado con sus padres... —Se pasó la mano por la cara y suspiró de nuevo—. Ya me he

comprometido con ella. Pensaba pedirle que se mudara conmigo enseguida. Todos está planeado y listo...

Contuve la lengua y no dije nada. No podía tomar la decisión por él, aunque la respuesta fuera obvia.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Ni puta idea, Rex.

Tal vez no debería haber dicho nada.

—Imagino lo difícil que debe ser para ti. Pero al menos tienes a dos mujeres preciosas que te aman. —Forcé una carcajada, pero murió en mi garganta.

—No tiene nada de divertido. Sea cual sea mi decisión, le haré daño a una persona.

—Rae no cuenta. Fue ella quien decidió sentir algo por ti cuando tenías novia. Así que, si te quedas con Rochelle, no sientas pena por Rae.

—Siempre me sentiré mal si Rae sufre.

La elección era ahora incluso más obvia.

Se levantó de la silla.

—Tengo que irme... Necesito tiempo para pensar.

—Vale. Buena suerte.

Dejó algo de dinero en la mesa con una expresión de derrota en sus ojos.

—Gracias. Me va a hacer falta.

NO COMÍA LO SUFICIENTE Y EMPEZABA A NOTARME ANCHOS LOS VAQUEROS. Siempre quise perder un poco más de peso, pero sabía que mi enfoque no era saludable porque me limitaba a no comer. Cada vez que pensaba en Zeke besando a Rochelle, sentía ganas de vomitar.

Era una persona horrible y despreciable.

En la hora del almuerzo, decidí salir a la calle y dirigirme a una cafetería. Hoy me obligaría a almorzar en condiciones. La falta de comida ralentizaba mi metabolismo, y me sentía aletargada todo el rato. Carecía de la resistencia suficiente para llevar a cabo los proyectos sin sentirme agotada.

Me puse en la cola y leí el menú, tratando de encontrar algo que me resultara apetecible. No me rugía el estómago como siempre a esa hora, pero tenía que comer algo, lo que fuera. El sándwich de pollo tenía buena pinta. Quizás debería pedírmelo.

—Hola. —Llegó a mis oídos aquella voz hermosa y masculina, tranquilizadora como el sonido de una cascada. Pero también me sumió en la más completa miseria. Mi pulso se aceleró, y me sentí débil de repente.

Me volví y allí estaba Zeke. Llevaba su bata azul y parecía musculoso y tonificado bajo la tela suelta. La ropa resaltaba sus ojos azules y me fijé en su rostro afeitado. Sentí ganas de besarlo.

—Ah, hola... —Intenté que mi voz mostrara entusiasmo sin éxito. Lo

último que necesitaba era encontrarme cara a cara con el hombre al que no podía tener.

Me miró a los ojos sin su amabilidad habitual. De hecho, parecía deprimido. No había energía en sus pasos ni un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Hola. —Volvió a repetirse como si no me hubiera saludado hace unos segundos.

La cola se movió, así que di un paso adelante.

—¿Vas a almorzar? —Nuestra conversación no fluía como antes. Era tensa e incómoda, pero debía ser mi propia percepción de lo que estaba sucediendo por estar colgada de él como una idiota.

—Sí. Ya se solucionó el problema de las citas, así que puedo volver a comer. —Se rio, pero su risa carecía de sinceridad.

—Ah, sí. Me alegro de que se haya arreglado. —La cola se movió y di otro paso adelante.

Estaba a mi lado, manteniendo cierta distancia entre los dos.

—¿Cuál vas a pedirte?

—El número doce.

—Me lo pediré yo también.

Cuando llegamos a la caja, pedimos juntos. Zeke intentó pagar como siempre, pero le tiré el dinero al empleado. Normalmente Zeke se las arreglaba para que yo no pagara, pero esta vez no se opuso. Era como si quisiera que me pagara la comida yo misma.

Recogimos el almuerzo y no sentamos a la mesa.

—Si tienes que volver al trabajo, no hace falta que comas conmigo... —Buscaba una excusa para deshacerme de él. ¿Cómo podría sentarme frente al hombre de mis sueños y no mirarlo con desesperación? Al estar tan cerca de él, me imaginé sus brazos rodeándome con fuerza, y sus labios presionando los míos, suaves y agresivos. Fantaseé con que aquellas manos fuertes recorrieran mi cabello y me agarraban por la nuca. Imaginé cómo sería notar su potente abdomen sobre mí mientras me embestía, mientras las gotas

de sudor resbalaban por su frente como cuando jugábamos juntos al baloncesto. Me imaginé que me hacía el amor y me decía que me amaba, como en mis sueños.

—Quiero comer contigo.

Sus palabras me sacaron de mi ensoñación.

—Ah... genial.

Volvió a envolvernos aquel incómodo silencio. Zeke me miraba con más frecuencia de lo normal. Comía a un ritmo mucho más lento que de costumbre. Parecía tan incómodo como yo.

Tomé la mitad del sándwich porque no podía con más. Aún me quedaban quince minutos para volver al laboratorio, pero quería irme ya. Estar tan cerca de él era una tortura.

—Tengo que irme. Nos vemos.

—Sí, yo también. —No se levantó de su asiento.

Cogí la bandeja y me levanté.

—Eh... hasta luego.

—Sí. Que tengas un buen día. —Me miró fijamente, sin parpadear ni una vez.

Cuando su mirada se hizo insoportable, me di la vuelta. Tiré los desperdicios a la basura y dejé la bandeja en lo alto de la pila. Pude sentir su mirada ardiente en mi espalda todo el rato, incluso cuando salí del restaurante. Sólo cuando regresé al laboratorio, me sentí libre de su presencia.

Aunque mi corazón jamás sería libre.

REX

TENGO QUE HABLAR CONTIGO.

Vi el mensaje de Zeke e inmediatamente supe lo que ocurría.

Ahora mismo estoy en casa.

Nos vemos en Mega Shake en quince minutos.

Vale.

No sería buena idea tener esa conversación mientras Rae estaba en su dormitorio.

Salí del apartamento sin despedirme de ella y me dirigí hacia la hamburguesería. Cuando llegué, ya estaba allí. Tenía nuestra comida frente a él en dos bandejas, ya que sabía exactamente lo que me gustaba.

Me senté frente a él, pero no cogí ni una patata.

—¿Qué pasa?

Zeke parecía deprimido, como si hubiera perdido todo lo que le importaba. No lo había visto tan desolado desde que murió su abuela.

—He roto con Rochelle.

La tensión se apoderó de mí y sentí escalofríos.

—¿Sí?

Asintió.

—Fue horrible, tío. Una tortura. Lloró...

Sabía lo mucho que amaba a Zeke con solo verlos juntos. No me

sorprendió su reacción.

—Se quedó destrozada. —agitó la cabeza, sintiendo aversión hacia sí mismo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que lo habíamos pasado muy bien juntos, pero que ya no sentía lo mismo... lo cual es cierto. Desde que me dijiste lo de Rae, ni siquiera he podido besar a Rochelle. Me sentía muy culpable.

—¿Culpable en qué sentido?

—Culpable de no decidirme entre dos mujeres —dijo juzgándose con frialdad—. Rochelle no se merece eso. Es una persona increíble.

Sabía que Rochelle saldría herida de aquello. Lo supe al ver que la relación avanzaba a la velocidad del rayo. Zeke tenía prisa por llegar a la meta, y Rochelle le siguió el juego.

—Apenas podía tocarle la mano. Ni siquiera se me empalmaba.

—El estrés afecta mucho al cuerpo...

—Sólo podía pensar en cómo sería estar con Rae. Pero entonces me di cuenta de que me equivocaba. Había estado antes con Rochelle e incluso fui feliz con ella. Podría ser feliz con ella durante el resto de mi vida. Así que decidí olvidarme de Rae y quedarme con Rochelle. Pero entonces... me encontré con Rae a la hora del almuerzo.

—Oh...

—Y no hablamos mucho, pero... pude sentirlo.

—¿El qué?

—La química, la desesperación. Sentí la necesidad de estar juntos. Pude ver la tristeza en sus ojos por no poder tenerme. Y... me di cuenta de que necesitaba estar con ella. Aunque no funcione, me arrepentiré si no lo intento al menos. Rae tiene algo especial. Rochelle es maravillosa y perfecta, pero... no es Rae.

Eran sentimientos demasiado profundos.

—Me siento fatal por lo que le he hecho a Rochelle. Cuando rompí con

ella, sabía que no debía hacerlo, pero no pude contenerme. Cuando me contaste lo de Rae, mi cuerpo cobró vida. No sólo la quiero. La necesito. Siempre ha sido ella...

—Entonces... ¿cuándo vas a hablar con ella?

—No lo haré en una temporada —dijo enseguida—. Acabo de romper con Rochelle, y aún la amo. Necesito tiempo para superar nuestra ruptura antes de seguir adelante. No puedo acostarme con Rae sin más. Por mucho que quiera, no me sentiría bien. Además, Rae merece ser la única mujer en mi corazón. Y Rochelle merece respeto. Si supiera que me he acostado con Rae al día siguiente... la mataría.

Asentí.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Así que... Voy a intentar tranquilizarme una temporada.

Cuando el polvo se asentara y comenzaran la relación, sabía que las cosas mejorarían. En aquel momento, las dos personas más cercanas a mí se sentían desgraciadas, pero con el tiempo, pasaría.

Tenían que ser pacientes.

—MIRAD TODOS LOS NÚMEROS DE TELÉFONO QUE HE CONSEGUIDO.
—Kayden se sentó en la mesa y contó quince números de teléfono escritos en servilletas.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas.

Jessie se llevó la mano al pecho y soltó un jadeo.

—Joder, tía.

—¿Has conseguido todos esos? —Levanté la pila y los estuve hojeando.

—Sí —respondió Kayden orgullosa.

—¿Esta noche? —pregunté incrédula.

—Sí —volvió a responder Kayden—. Sé lo que me hago...

—No sé si me pareces increíble o una zorra —dijo Jessie.

—Oh, soy una zorra total —dijo Kayden—, pero una increíble. Creo que voy a llamar primero a este tipo. —Señaló la servilleta sobre la pila—. Está muy bien.

Nunca había visto a Kayden tirarle los tejos a un chico, y mucho menos conseguir quince números de teléfono. Jessie era la más extrovertida de las tres y nunca fichaba a tantos en una sola noche.

—Pues... me alegro por ti. Parece que te has recuperado bastante bien de ese resfriado.

—Lo he superado del todo —dijo con resentimiento—. Ese resfriado

pertenece al pasado, y soy una nueva mujer. —Miró a su alrededor en busca de un nuevo objetivo—. Disculpadme, tengo un tren al que subirme. —Se echó el pelo sobre un hombro y se pavoneó en dirección al tío al que le había echado el ojo.

Jessie me miró, aún en shock.

—La felicito por ello, pero... —No pudo terminar la frase porque no sabía qué decir.

—No es propio de ella, ¿verdad?

—En absoluto. Ha pasado de salir con un tío una vez cada muchos meses a salir con uno nuevo cada noche.

—Lo sé...

—No sé si deberíamos preocuparnos o no. Es adulta y sabe cuidar de sí misma.

—Tienes razón. Sólo espero que no se esté precipitando y abarcando más de lo que puede manejar. —Tal vez había tenido un aumento repentino de confianza en sí misma tras recuperarse de la enfermedad. Probablemente había sentido claustrofobia por llevar tanto tiempo encerrada, y tenía ganas de disfrutar de la vida—. Estoy segura de que está bien y le estamos dando demasiadas vueltas.

Jessie terminó su copa y cambió de tema.

—¿Sabe Rex lo de Zeke?

—Se lo conté.

—¿Y se lo tomó bien?

—Se sorprendió, pero no dijo mucho más.

—No se lo contará a Zeke, ¿verdad?

—No. —Eso no me preocupaba. No sería un buen amigo si lo hiciera—. Eso no serviría de nada.

—¿Se enfadó de que le mintieras?

—La verdad es que no. Cuando le expliqué la razón, creo que lo entendió.

—No tendría corazón si lo hiciera.

—Sí. Vi a Zeke el otro día durante el descanso para almorzar... Fue incómodo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Fue... diferente. Probablemente fuera cosa mía, pero no estaba muy hablador. No era el mismo de siempre. Creo que sentir algo por él me tiene trastornada.

Ella asintió.

—Te hace ver cosas que no son verdad.

—Sí.

—Bueno, estoy convencida de que lo superarás. Sólo tienes que acostarte con otra persona.

—TE AVISO. ZEKE VIENE A PASAR LA NOCHE. —REX ESTABA SENTADO FRENTE al televisor jugando a un juego de carreras en la PS4.

—¿Por qué no salís?

Se encogió de hombros.

—¿O te vas a su casa?

—¿Por qué no maduras y dejas de evitarlo? —Dio un giro brusco y derrapó—. Es tu amigo y no deberías tratarlo como a un criminal.

—No lo trato como a un criminal...

—Pues vuelve a ser su amiga y no actúes de forma rara e incómoda.

—Uf. —Agarré un cojín del sofá y se lo tiré a la cabeza—. Eres un incordio a veces.

—Todo el rato —dijo—. No intentes suavizarlo.

Llamaron a la puerta y Zeke entró.

—Soy yo.

Llevaba un moño, leggings y un jersey holgado. Si hubiera sabido que venía, no iría hecha un desastre.

—HOLA. REX ESTÁ SIENDO UN INCORDIO, COMO SIEMPRE.

Zeke dejó una caja de cerveza en la encimera antes de entrar en la sala de estar.

—No me sorprende. —Se quedó de pie junto al lado opuesto del sofá y me observó con sus ojos azules llenos de algo que no podía describir.

Miré hacia atrás y de repente me sentí ingrátida, como si sus ojos me absorbieran.

Rex debió darse cuenta porque de repente se aclaró la garganta.

—Intenté batir mi récord, pero Rae hizo que me estrellara. Lo ha jodido todo.

Zeke no dejaba de mirarme.

—Vaya mierda, tío. Me alegro de no vivir con mi hermana.

—No me importaría vivir con tu hermana. —Arqueó las cejas.

Zeke rompió al fin el contacto visual conmigo.

—¿Quieres morir, tío?

—Venga —dijo Rex—. Nuestros bebés serían preciosos.

Zeke le dio un capón antes de sentarse en el sofá.

—¿Qué quieres hacer esta noche?

Rex se frotó la zona donde le había golpeado.

—¿Salir a urgencias, tal vez?

—Si quieres que te vea un médico por eso, eres un cagueta —apuntó Zeke.

Me senté en el otro sofá e intenté ignorar sus disputas.

—Puede que sea yo el que te deje en urgencias —amenazó Rex.

—Oh, no —dije—, me parece que va a desencadenarse una batalla de almohadas...

Se volvieron hacia mí, arqueando las cejas de enfado.

Me encogí de hombros y me volví hacia el televisor.

—Quieres que vayamos por comida a Mega Shake y juguemos al nuevo

juego de *La guerra de las galaxias*? —preguntó Zeke.

—No es mala idea —dijo Rex—. Voy a mear y cojo mi jersey. —Rex se alejó por el pasillo y cerró la puerta del cuarto de baño tras él.

Ahora que estábamos solos, me sentí incómoda de nuevo. A veces habría jurado que él sentía lo mismo, pero tenía que ser mi imaginación. Apoyó las manos en los muslos y me miró. El ambiente distendido se evaporó como el agua en una sartén caliente. El televisor estaba apagado, así que la habitación estaba en silencio. Si Zeke y yo estuviéramos encerrados juntos en una habitación, podríamos entretenernos e incluso divertirnos en circunstancias normales. Pero ahora, no sabíamos cómo hablar el uno con el otro.

—¿Cómo está Rochelle? —Fue lo primero que se me vino a la mente, la mujer de su vida. Estaban muy acaramelados la semana anterior, y me sorprendía que no estuviera con ella en ese momento o la hubiera traído consigo.

—Rompimos.

Escuché lo que dijo y supe que no me había confundido. No había sido una ilusión ni imaginaciones mías. Había ocurrido de verdad, y me costaba creerlo.

—Ah. ¿Por qué? —La última vez que los vi juntos, eran felices.

Se encogió de hombros y suspiró.

—No funcionó. No creo que fuera adecuada para mí. —Volvió a observarme con intensidad, expresando más con su mirada que con sus palabras.

—¿Rompiste con ella?

Asintió.

—Oh... Lo siento.

—Gracias. Pero estoy bien.

Seguí mirándolo fijamente porque todavía estaba en estado de shock. ¿Cómo habían pasado de estar enamorados a seguir sus caminos por separado?

—¿Te hizo algo? —Rochelle siempre era muy amable y atenta. No podía imaginarla haciendo algo malo.

—No —negó con la cabeza—. Me di cuenta de que íbamos demasiado rápido, y vi que no iba a ninguna parte. Pensé que era mejor terminar en vez de hacerle daño más adelante.

Su vaga respuesta seguía sin responder a mi pregunta. Faltaba algo, pero se negaba a decírmelo. Me levanté del sofá y me senté junto a él al otro lado de la habitación, olvidando la proximidad. Mi muslo rozó el suyo antes de echarle los brazos al cuello.

—Lo siento mucho. Sé que debe ser difícil para ti.

Hizo una pausa antes de rodearme la cintura. Sus brazos musculosos se clavaron en mis costados mientras me agarraba con fuerza. Acercó el rostro a mi cuello y respiró. Su colonia me inundó la nariz y me hizo pensar en agujas de pino.

—Gracias.

El abrazo fue increíble, y me sentí como en casa. Podría quedarme allí para siempre y disfrutar de su calor natural. Quería recorrer su espalda con mis manos y sentir sus músculos bajo la camisa. Quería desnudarme por completo y acurrucarme bajo las sábanas de mi cama. Quería rodear sus caderas con mis piernas y sentir su fuerza empujándome hacia el colchón.

Todas esas ilusiones me hacían sentir culpable. Acababa de romper con Rochelle, y sólo podía pensar en meterlo en mi cama para hacer mis sueños realidad. Me obligué a soltarlo para poder apartarme.

Aunque lo quería por razones egoístas, debía comportarme como una buena amiga. Entonces dije algo que no quería decir en realidad.

—¿Estás seguro de que has hecho lo correcto? —Cuando lo miré a los ojos, vi sus iris azules fijos en mi rostro. Aún me rodeaba la cintura y la presión de sus dedos se aflojó lentamente—. Rochelle era increíble, Zeke. Es sin duda la mejor chica que nos has presentado. Todos la queremos. Tal vez deberías tomarte un tiempo para pensarlo.

Su voz apenas era audible.

—No. No tengo que pensármelo.

¿Por qué tenía la sensación de que insinuaba más de lo que realmente decía?

—Tomé la decisión correcta. No tengo dudas. —Apartó sus manos y dejó de tocarme—. Admito que estoy sufriendo, y necesitaré algo de tiempo para superarlo. Rochelle es maravillosa, pero sé a quién pertenezco, y no es a ella.

Parecía seguro de su decisión, así que ya no dudé de él.

—Aquí me tienes si necesitas algo. Aunque sea sólo alguien con quien hablar.

Me contempló con cariño.

—Lo sé.

Por fin todo volvía a la normalidad y volvíamos a ser aquellos amigos que harían cualquier cosa el uno por el otro. La conversación fluía de forma natural, y sentí que pasaba tiempo con mi mejor amigo.

—Cuando Ryker y yo rompimos, no hablé con nadie. Traté de no pensar en él. Y un día, al fin, lo conseguí.

Él asintió.

—Lo intentaré, pero no creo que Rochelle y yo tuviéramos la relación intensa que teníais vosotros.

—Supongo...

Se dio cuenta de mi vacilación.

—¿Aún piensas en él?

—No. —La respuesta salió de mi boca como una bala. Desde que sentía aquello por Zeke, no había pensado en nadie más. Ni siquiera había salido con otro hombre. Cuando vi a Ryker unas semanas antes, todo lo que sentí fue lástima por él. No quería que me abrazara ni que me besara. No sentí la presión del deseo entre mis muslos. Era sólo un hombre al que había amado—. Lo vi el otro día y no sentí nada. Fue extraño.

—¿Cuándo lo viste?

Me inventé una mentira.

—Después del trabajo. Salimos del edificio al mismo tiempo. —En parte era cierto—. Hablamos un poco, y parecía muy afectado por la muerte de su padre. Dijo algunas cosas sobre él, pero eso fue todo. Por su silencio, era evidente que lo estaba pasando mal. Nunca lo había visto así. Por lo general, se pasaba todo el día haciendo bromas e insinuaciones sexuales. Me dio lástima... Quise que se sintiera mejor. Pero eso fue todo. Nada más.

Zeke me miró fijamente mientras escuchaba cada palabra que decía, aferrándose a cada frase.

—Me cuesta creer que estuve enamorada de él y que lo he superado. Es... extraño.

—Sé a lo que te refieres.

—Aunque las cosas terminaron muy mal, no me arrepiento de lo que tuvimos. Y aún recuerdo nuestra relación con cariño, a pesar de la forma en que me rompió el corazón. Agradezco no sentir resentimiento, poder mirarlo y ver a una buena persona.

—Porque así es como eres, Rae. Siempre ves la bondad en los demás.

Sonreí al oír el cumplido.

—Gracias...

—Eso es lo que adoro de ti.

La palabra que usó hizo que me estremeciera de la cabeza a los pies. Entendí el contexto, pero no pude evitar desear que la usara de otra manera. Era obvio que estaba enamorada hasta las trancas de Zeke, y no era sólo un capricho. No sabía cómo había llegado a ese punto. Lentamente, había empeorado cada vez más hasta que me di cuenta de lo profundos que eran mis sentimientos.

—Y yo adoro cada parte de ti.

—¿HA ROTO CON ROCHELLE? —JESSIE ESTUVO A PUNTO DE DERRIBAR SU copa al hacer aspavientos—. ¿Estás segura?

—¿Está soltero? —Kayden se había rizado el cabello y llevaba un vestido demasiado corto. Hacía alarde de sus encantos y todos los tíos del bar no le quitaban ojo. En comparación, Jessie y yo parecíamos trolls.

—¿Está totalmente disponible? —insistió Jessie—. ¿Duerme solo por las noches?

—Sí. —Me alegraba que Rochelle se hubiera ido, pero la culpa me embargaba con más intensidad aún—. Me dijo que se dio cuenta de que ella no era la persona adecuada para él. Por desgracia, no me dio más información.

—Es muy repentino —dijo Kayden—. A lo mejor le hizo algo, pero él no quiere decirlo. Puede que le haya puesto los cuernos.

—No —dijo Jessie—. Zeke nos lo habría contado.

—Lo dudo —replicó Kayden—. Sabe que nos echaríamos encima.

—No me imagino a Rochelle haciendo algo así —dije—. Lo amaba. Sé que lo hacía. —Tras decir aquello, sentí lástima por ella. Seguramente estaría sola en casa llorando amargamente, como me ocurrió a mí cuando Ryker me dejó.

—Es cierto —admitió Jessie—. Yo creo que sí.

—Tienes razón —dijo Kayden.

—Entonces... —Jessie sonrió de manera traviesa, como si tuviera un plan bajo la manga—. ¿Vas a mover ficha?

Me horrorizaba pensarlo.

—Por supuesto que no.

—¿Qué? —dijo Jessie alarmada—. ¿Después de todos esos sueños y fingir ir a Nueva York, no vas a pedirle salir? Estás de coña, ¿no?

Me acerqué a ella con voz grave.

—Acaba de romper con Rochelle.

Se inclinó hacia delante e imitó mi voz, burlándose de mí.

—¿Y?

—¿Cuánto lleva soltero? ¿Dos días? —repliqué—. Es una estupidez.

—¿Por qué? —Jessie se cruzó de brazos, realzando su escote—. Si le hubieras pedido salir cuando estaba con Rochelle, sí habría sido una estupidez. Pero ahora nadie te lo impide.

—Exacto —dijo Kayden—. Yo actuaría de inmediato.

—Aunque haya roto con ella, dudo que lo haya superado —repliqué—. Tengo que darle espacio antes de intentarlo. Además, estamos hablando de Zeke. Es mi mejor amigo. Si le pidiera salir, probablemente se asustaría.

—Lo dudo —dijo Jessie—. A los tíos les encanta que les tiren los tejos. Créeme.

—No voy a hacerlo. —Cuando Ryker me dejó, no me había sentido en condiciones de volver a salir, y mucho menos de salir con alguien a quien conocía muy bien.

—Zeke está bueno —me recordó Jessie—. Es como un dios griego. Alguien te lo arrebatará si esperas demasiado.

—Me arriesgaré. —Me ponía celosa sólo de verlo con Rochelle. Si volvía a salir con otras chicas, me rompería el corazón. Solo quería la oportunidad de confesarle lo que sentía. Si podía haber algo entre nosotros, sería genial. Pero si buscaba otra cosa, sanaría mi corazón roto en soledad y lo superaría—. Voy a darle un mes y veré cómo se encuentra pasado ese tiempo. Si está mejor, lo intentaré.

—¿Un mes? —preguntó Jessie incrédula—. ¿Treinta días? He superado rupturas en la mitad de tiempo.

Kayden se encogió de hombros y dio un sorbo a su bebida.

—Estuvo con Rochelle más de seis meses. —Incluso se dijeron que se amaban. Su relación había sido diferente a las demás—. Además, no quiero que esté conmigo de rebote y tener una relación de amigos con derecho a roce. Acabaría jodida como con Ryker.

—Jodida es, sin duda, la palabra adecuada —dijo Jessie riendo.

Hice una mueca.

—Es la broma más obscena que he oído jamás. Más verde que cualquier otra.

—Ha venido como anillo al dedo —replicó, encogiéndose de hombros.

—Treinta días a partir de hoy... —Kayden dio un sorbo a su copa—. Cuando pase un mes, te acosaremos.

—Sí, lo sé. —Puede que necesitara un empujoncito.

Kayden vio a un tipo al otro lado del bar. Le estaba haciendo ojitos, así que ella hizo lo mismo.

—Si me disculpáis, voy a que me jodan.

—Maldita sea —dijo Jessie—. Ha sonado mucho más obsceno que como lo he dicho yo.

—¿No ha pasado un tío la noche en tu casa? —Kayden lo había mencionado de pasada mientras esperábamos a Jessie.

—Sí. —Kayden se levantó de la mesa y se llevó una mano a la cadera—. ¿Y?

—Es sólo que... —No quería llamarla zorra, pero... es lo que parecía.

Jessie lo dijo de forma más disimulada.

—Parece que estás saliendo con más tíos que de costumbre... con muchos más.

—Estoy soltera —replicó—. Puedo hacer lo que me plazca.

—Sí, pero ¿no crees que te estás pasando? —No quería herir sus sentimientos, pero parecía que se tiraba a cada hombre que se cruzaba en su camino. Como si participara en un concurso que nos era ajeno a las dos.

—Estoy perfectamente, muchas gracias. —Cogió su bolso antes de levantarse—. Nos vemos. Voy a acostarme con alguien. —Entonces se alejó, llevando los tacones como si fueran sandalias mientras se acercaba al siguiente tío de su lista.

Jessie la observó durante un momento antes de volverse hacia mí.

—Me preocupa un poco...

—A mí también.

—¿Qué mosca le habrá picado?

Me encogí de hombros

—Sé lo mismo que tú.

NO VI A ZEKE EN UNA SEMANA.

Ahora que estaba soltero, me aterrorizaba que acabara con otra mujer y perdiera mi oportunidad por segunda vez. Como ya estaba libre, mis sueños se volvieron tremendamente eróticos. Lo hacíamos por todas partes: en mi cama, en la ducha, incluso en el rellano de mi apartamento.

Hacía que me corriera tan a menudo que no necesitaba a ningún hombre ni al vibrador.

Pero ya no me sentía culpable por tener mis fantasías. Ya no estaba comprometido con Rochelle, por lo que técnicamente, no estaba haciendo nada malo. A mediodía, cuando Rex no estaba en casa, sacaba mi vibrador y me imaginaba a Zeke sin camiseta en la cancha de baloncesto.

Con aquella imagen podía aguantar semanas.

En lugar de sentirme sucia por mis acciones, me sentía más apegada a él. Parecía que tenía una relación extraña y retorcida con él a pesar de que no lo sabía. Sabía que parecía una loca, pero cuando se trataba de Zeke, no me importaba.

El viernes después del trabajo me envió un mensaje de texto.

¿Quieres jugar al baloncesto?

Casi me caí de la cama cuando vi el mensaje. En lugar de hacerme la indiferente, le envié inmediatamente una respuesta.

Claro. ¿Cuándo?

En veinte minutos.

Nos vemos allí.

Vale.

El corazón se me aceleró con una descarga de adrenalina. Los nervios me quemaban el estómago, y la ansiedad me recordó a la sensación de tener una primera cita. No era para nada una cita, sólo dos amigos jugando al baloncesto.

Pero para mí, era mucho más.

Esperaba que se quitara la camiseta.

El tiempo era agradable, claro y soleado.

Tenía muchas probabilidades de salirme con la mía.

LLEVÉ A SAFARI CONMIGO PORQUE SABÍA QUE ESTABA ANSIOSO POR SALIR. MI apartamento no era el mejor lugar para él. Algún día, viviría en una casa y mi perro correría por el patio trasero, cagaría en el césped y lo reclamaría como propio.

Cuando llegué a la cancha, Zeke ya estaba allí practicando sus tiros.

Y no llevaba camiseta.

El día no podía ir mejor.

Lanzó el balón y lo recogió antes de que saliera rodando. Me mostró su sonrisa de dientes perfectos en aquel rostro tan atractivo, y agarró el balón al costado.

—Hola. Ya está aquí mi persona favorita del mundo.

—¿Yo lo soy? —No podía dejar de sonreír.

—Estaba hablando de Safari. —Incluso su risa sonaba sexy—. Pero tú eres la segunda por poco. —Me guiñó un ojo.

Y sentí que me derretía.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Era sexy, obviamente. Era dulce y encantador. Era inteligente y compasivo. Y su cuerpo... Madre mía. Todo en él era perfecto. ¿Por qué salí con todos esos perdedores cuando podría haber salido con Zeke en su lugar?

Fue mi error más grande.

Me recuperé del calor que inundaba mis mejillas.

—Al menos estoy en la lista.

—Siempre estás en la lista, Rae. —Se arrodilló y acarició a Safari, rascándolo detrás de las orejas y pasándole la mano por el lomo—. ¿Cómo está mi chico?

Safari gimió con ojos somnolientos, disfrutando del masaje.

—Necesitaba un poco de aire fresco. Pensé que podría arbitrar el partido.

—Eso no es justo —dijo Zeke—. No va a ser nada imparcial.

—¿Por qué se pondrá a mi favor?

—No, en tu contra. —Zeke se levantó y su cuerpo brillaba de sudor por el ejercicio que acababa de hacer en la cancha. La sonrisa regresó a su rostro, y la comisura de sus labios se curvó de forma traviesa.

—Estás muy arrogante hoy. —Sin pensar, comencé a hacerle cosquillas en el costado.

Rio a carcajadas y dio un paso atrás, protegiéndose de mis dedos curiosos.

—Siempre soy arrogante.

Apenas podía hacerle cosquillas porque me parecía estar tocando acero.

—Ya veremos si lo sigues siendo cuando te de una paliza.

—Pues recuerdo perfectamente que hace un par de semanas fuiste tú la que sufrió una tremenda derrota.

—Eso fue porque... —Me callé antes de decir una estupidez—. Estaba enferma.

—Lo que tú digas...

Comenzamos a jugar y ambos nos esforzamos al máximo. Zeke era

rápido, pues tenía el ímpetu de su velocidad y tamaño, y cuando pasaba por mi lado, no había mucho que pudiera hacer para detenerlo. Marcó un tanto y me pasó el balón.

—No has empezado muy bien que digamos.

—Calla y juguemos.

Sonrió.

—Nunca te ha gustado perder.

Driblé el balón y corrí hacia el aro opuesto. Zeke estuvo sobre mí al instante, y su cuerpo perfecto entorpecía mis opciones de encestar. Levantó los brazos antes de que yo pudiera lanzar el balón. Su pecho era como la pared de un edificio, no había forma de pasar.

Pero no quería esquivarlo. Quería atravesarlo, sentir mis uñas recorriendo su pecho y su estómago. Quería tocar esos brazos atléticos bajo los que corría la sangre. Ni siquiera quería jugar al baloncesto. Quería tumbarlo sobre su espalda y montarlo en ese momento.

Su cuerpo me distrajo y, sin que me diera cuenta, me robó el balón.

—¡No!

Zeke salió corriendo al lado contrario y encestó.

—Parece que te he vuelto a meter otro tanto.

Deseé que fuera verdad, pero en otro sentido.

—Has tenido suerte.

—Ser mejor jugador no es cuestión de suerte. Es un hecho.

Lo miré entornando los ojos.

—Pásame el balón y ya veremos quién juega mejor.

ZEKE ME GANÓ, SIN TRAMPA NI CARTÓN.

Pero en mi defensa, era difícil concentrarse cuando estaba tan sexy y sin camiseta. No me extrañaba que todos los jugadores de la NBA usaran

camisetas. De lo contrario, sería una distracción enorme.

Como buen caballero que era, Zeke no se regodeó en su victoria.

—¿Quieres tomar algo en Mega Shake?

—No le haría ascos a una hamburguesa y unas patatas grasientas...

Recogió la camiseta del suelo y se dispuso a ponérsela.

—¡No!

Se detuvo justo antes de pasársela por la cabeza. Me miró sin entender a qué había venido aquel arrebato.

Mierda, ¿lo había dicho en voz alta?

—Creí que había una araña...

Terminó de ponerse la camiseta, ocultando sus pectorales perfectos y su estómago firme.

Suspiré como si me hubieran arrebatado la felicidad absoluta.

Zeke silbó.

—Venga, chico. Vamos a comer algo.

Safari se acercó inmediatamente a él.

Juntos, caminamos varias manzanas hasta llegar al restaurante. Safari se quedó sentado afuera con la correa atada a un poste. Estaba a la sombra cerca de la puerta, y los clientes que entraban y salían le daban palmaditas en la cabeza.

Nos lavamos las manos, pedimos la comida y tomamos asiento con nuestras bandejas.

Me recordé a mí misma que no podía comer sin camiseta dentro del restaurante, por lo que hubiera sido improbable que no se la pusiera. Pero si pasara la noche en mi habitación, estaría sin camiseta todo el rato... Era un pensamiento agradable.

—¿Por qué sonríes?

—¿Eh? —Me sobresalté al escucharlo, pues ni siquiera sabía que estaba sonriendo.

Terminó de masticar la comida antes de repetir la pregunta.

—Estabas riéndote sin venir a cuento. Sólo sentía curiosidad por saber la razón.

—Oh... Me he acordado de un chiste que me contaron hoy en el trabajo.

—No sabía que a Jenny le gustaba contar chistes.

—Tiene sus momentos... —Observé la comida en mi bandeja y me eché unas patatas fritas a la boca.

Zeke guardaba silencio mientras comía, dando grandes bocados y devorando la comida como la mayoría de los hombres que conocía, aunque él lograba que resultara sexy. Abrió su gran mandíbula y masticó rápidamente, sin apartar la vista de la comida. Al mancharse el labio de salsa, se limpió con el pulgar y se lo chupó después.

Dios, no podría aguantar treinta días.

Quería pedirle salir en ese mismo momento.

Y si decía que no, seguramente le preguntaría si quería acostarse conmigo. Después de meses de sueños y vibrador, necesitaba al de verdad.

—¿Qué tal el trabajo? —Lo solté para que tuviéramos algo aburrido y poco sexual de lo que hablar.

—Bien. Tengo un paciente diagnosticado con cáncer de piel, pero pudimos eliminar el tejido afectado y se encuentra bien. Creo que hemos logrado detenerlo antes de que se extienda.

—Me alegro. —Me encantaba escuchar lo mucho que se involucraba Zeke en su trabajo. Se preocupaba por sus pacientes y hacía lo mejor para ellos. Su sueldo era lo que menos le importaba. Los pacientes pedían cita con meses de antelación porque tenía fama de ser el mejor dermatólogo del estado. No sólo estaba informado, sino que hacía gala de una compasión que no se veía con demasiada frecuencia.

¿Por qué demonios no lo había notado antes?

Podría haberle pedido salir cuando sentía algo por mí.

Estaríamos follando en ese momento.

Pero salí con Ryker... el tipo que me rompió el corazón.

Zeke nunca me haría eso.

Me sumí en la tristeza, y estaba tan deprimida que pensé que nunca volvería a ser feliz.

Zeke se percató de mi cambio de humor con su sexto sentido.

—¿Estás bien?

—Sí, por supuesto. Me siento mal por tu paciente. Debe haber sido aterrador.

—Sí, puede ser traumático. Pero al menos se pondrá bien. ¿Cómo te va el trabajo?

—Bastante bien. Como siempre.

Hundió las patatas fritas en el ketchup antes de metérselas en la boca.

—¿Has estado saliendo con alguien?

—Pues claro que no. —Las palabras volaron de mi boca como vómito. Me arrepentí al instante y deseé poder retirarlas. Pero ya no había vuelta atrás—. Es que... No. No he salido con nadie. —Sólo quería a un hombre en mi cama. Estaba libre desde hacía una semana, pero tenía que controlarme—. ¿Y tú?

«Por favor, di que no».

«Por favor, di que no».

«Por favor, di que no».

—No —respondió—. He pasado mucho tiempo en casa, jugando a videojuegos.

Oh, menos mal. Si volviera a acostarse con alguno de sus ligues de rebote, se me revolvería el estómago.

—¿Qué videojuego?

—Ese juego de carreras al que jugamos Rex y yo.

—Genial.

Hizo una pausa antes de hablar.

—Rochelle vino a casa a por sus cosas ayer...

Me sentí muy culpable por desearlo cuando ella estaba pasando por un

momento tan difícil. Acababa de perder al mejor hombre del mundo. Nadie podría encajarlo bien.

—¿Cómo está?

—Igual. Me pidió que le diera otra oportunidad a la relación.

Me dio un vuelco el corazón.

—Ah... —¿Le dijo que sí?

—Me negué. Y se puso a llorar otra vez. —Suspiró antes de seguir comiendo—. Me siento fatal por hacerle daño. No se lo merece. Ojalá... Ojalá pudiera hacer que me olvidara.

—No... Ella no querría eso. —Pese a lo que me había hecho Ryker, no me arrepentía de lo que tuvimos. Lo amé de verdad, e incluso cuando se alejó de mí, seguí sintiendo lo mismo. Era una pena que no hubiera durado para siempre, pero incluso unos meses con él eran mejor que nada. Puede que ahora se sienta fatal, pero se le pasará—. Un día te recordará con alegría. Sólo necesita tiempo para llegar a ese punto.

—¿Es así como piensas en Ryker?

Asentí.

—Sí. Verlo sufrir por el fallecimiento de su padre me rompe el corazón. Y sé que me siento así porque lo amaba. Cuando amas a alguien una vez, siempre sientes por esa persona algo diferente que no sientes por los demás. Siempre me preocuparé por él y quiero lo mejor para él. Ya no pienso en el daño que me hizo. Sólo... lo veo por quien es de verdad.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Lo superará, Zeke. No te sientas mal.

—Supongo que tienes razón... —Dio otro bocado a su hamburguesa.

—A menos que quieras estar con ella...

—No. —Lo dijo antes incluso de terminar de masticar. Cuando tragó, continuó—. La última semana y media han servido para convencerme de que he tomado la decisión correcta. —Me miró a los ojos durante largo rato hasta que parpadeó y apartó la vista—. Desearía que no se lo hubiera tomado tan

mal. Siempre me preocuparé por Rochelle y quiero lo mejor para ella. Pero ya no puedo estar con ella.

No me decía la razón por la que habían roto. Esperaba que le hubiera dado una buena explicación.

—¿Te levantaste una mañana y ya no la veías igual?

—Supongo que sí. —No dio más detalles.

—Puede que por eso lo esté pasando tan mal... porque no le has dado una razón concreta.

—Es posible —dijo—, pero le dejé claro que mi corazón ya no le pertenecía. Creo que le di esperanzas al decirle que había sido la relación más larga y seria que había tenido. No debería haber ido tan rápido... Debería haber aminorado la marcha.

—Hiciste lo que creíste correcto en ese momento. No deberías arrepentirte.

—Supongo que tienes razón. —Terminó de comer y se limpió los dedos con una servilleta.

—Rochelle encontrará a alguien. Es una mujer fantástica.

—Sé que lo hará —dijo con un suspiro—. Sólo espero que ocurra más pronto que tarde.

Me comí las últimas patatas fritas y luché contra el impulso de inventar una excusa para ir a su casa. Los árboles que rodeaban la casa, los muebles y la iluminación la convertían en un lugar romántico. Tal vez podría volver a verme como algo más que una amiga. No sabía cómo lograrlo. Ni siquiera estaba segura de qué le había atraído de mí.

—¿Tienes planes para el resto del día?

—Jugar a un videojuego cuando llegue a casa.

—Hay un partido de los Marineros. ¿Quieres verlo? —No quería invitarlo a mi apartamento porque sabía que el mierda de mi hermano no entendía el significado de irse.

—Me parece una idea estupenda. ¿Quieres venir a mi casa?

Hizo exactamente lo que yo quería, como si estuviéramos conectados.
—Claro. Me llegaré a mi casa a cambiarme.
—Vale. Pero entonces Rex querrá venirse con nosotros.
¿Quería estar a solas conmigo?
—¿Y qué problema hay?
—Ninguno. Pensé que querrías estar un rato sin él.
—Sí —exclamé—. Lo necesito.
—Puedes ducharte en mi casa y ponerte mi ropa.
Era una fantasía hecha realidad: llevar una camiseta suya por su casa.
—Vale... —No podía ocultar la emoción de mi voz. Tal vez podría echar un vistazo cuando se estuviera duchando si no hacía ruido.
—Además a Safari le encanta mi patio. —Lo miró a través de la ventana.
—Sí.
Amontonó los desperdicios de ambos.
—¿Estás lista?
—Por supuesto.

ZEKE ENTRÓ PRIMERO EN LA DUCHA MIENTRAS YO VEÍA EL PARTIDO SENTADA en el sofá.

Le envié un mensaje a Jessie.

Zeke y yo hemos jugado hoy al baloncesto, y ahora estamos en su casa... los dos solos.

Aparecieron enseguida los tres puntos.

Tíratelo.

No puedo. Por eso te escribo. Tengo las hormonas revolucionadas ahora mismo. Necesito que me hagas entrar en razón.

Pues le has escrito a la persona equivocada, amiga.

¡Jessie!

Ataca, tía.

No me estás ayudando en nada.

Te estoy ayudando a echar un polvo.

Bloqueé la pantalla para no ver sus mensajes. Aquella conversación había sido totalmente contraproducente. Ahora quería abandonar mi vibrador y disponer de Zeke en todo momento. Miré por la ventana y vi a Safari sentado en la hierba, disfrutando del aire libre. Sabía que a ambos nos gustaría vivir allí si tuviéramos la oportunidad.

Me estaba adelantando a los acontecimientos.

Zeke salió con pantalones cortos y una camiseta. Tenía el cabello húmedo de la ducha, y se veía limpio y masculino. Dejó una toalla y una pila de ropa en el sofá.

—Toma. ¿Necesitas algo más?

Esperaba que viniera por el pasillo con una toalla alrededor de la cintura. Siempre pasaba eso en los libros, ¿por qué yo no tenía tanta suerte? No era justo.

—No, gracias.

—Muy bien. Te estaré esperando. —Se sentó en el sofá y tomó una cerveza.

Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta. Nunca antes me había duchado en su casa. De hecho, nunca había pasado la noche allí. Aunque mi apartamento era pequeño y estaba atestado de cosas, todos iban allí a pasar el rato.

Abrí el grifo y me metí debajo de la ducha. El agua tibia me envolvió como un capullo. Vi su gel de baño en el estante, junto con su champú. Notaba su presencia, y lo imaginé en la ducha, con el agua resbalando por su torso firme.

Llevaba todo el día tensa y no conseguía librarme de mi desesperación. Quizás podría pensar con claridad si relajaba la tensión entre mis piernas. Me toqué en su ducha y me imaginé que estaba allí conmigo, sintiéndome sucia

pero también excitada.

Tras unos minutos, me corrí, sin dejar de pensar en él. Logré no hacer ruido, y el agua camufló los sonidos que escapaban de mis labios. Nunca me había masturbado en casa de otra persona, pero la necesidad se apoderó de mí y no pude controlarme.

Cuando terminé, me sentí mucho mejor.

Después de secarme, regresé a la sala de estar.

—¿Te sientes mejor?

—¿Qué? —Joder, ¿lo sabía?

—Ahora que estás limpia. ¿A qué creías que me refería?

—Es sólo que... —Me había puesto roja como un tomate y mis mejillas recuperaban lentamente su color original—. Me gusta mucho tu champú.

—¿H&S?

—Sí... Debe ser que tengo caspa. —Me senté en el lado opuesto del sofá y acerqué las rodillas al pecho—. Están ganando los Marineros, ¿no? —Tenía que cambiar el tema de la conversación, y pronto.

—Sí. Acaban de marcar otro tanto. —Se volvió hacia el televisor y dio un trago a su cerveza.

Ahora que no me prestaba atención, podía volver a respirar.

REX

PENSÉ QUE MEJORARÍA CON EL TIEMPO, PERO NO HACÍA MÁS QUE EMPEORAR.

Sólo podía pensar en Kayden y con quién estaría pasando la noche. Había terminado nuestro acuerdo porque Zeke me dijo que debía hacerlo para que no se encariñara de mí. Pero ahora me preguntaba si era yo el que se había encariñado.

¿Lo había hecho?

No había estado con nadie más desde Kayden, y había pasado un mes sin mantener relaciones con nadie. Jamás había estado tanto tiempo sin hacerlo, y el hecho de que fuera voluntario lo convertía en algo aún más inusual.

Así que decidí ir al bar y buscar un ligue. Tal vez sólo necesitaba volver a entrar en acción para dejar de pensar en Kayden. Estaba claro que ella había pasado página, y yo debía hacer lo mismo.

Me senté en la barra y miré a mi alrededor, pero no vi a ninguna digna de mi interés. Solo había un mar de piernas y pelo cardado. Me quedé mirando la cerveza la mayor parte del tiempo. Después de casi media hora, pagué la cuenta y me dispuse a irme.

Y fue entonces cuando la vi.

Kayden entró con un vestido negro ajustado. Se había alisado el cabello rubio y unos pendientes de diamantes negros colgaban de sus orejas. Era como una visión que hacía que todo se volviera borroso en torno a ella.

No podía dejar de mirarla.

Echó un vistazo a su alrededor como si estuviera buscando a alguien. Entonces sus ojos se posaron en mí, llenos de sorpresa.

Le devolví la mirada sin saber qué hacer. De repente me sentí nervioso e inquieto. No habíamos tenido una conversación en condiciones desde que rompiéramos un mes antes. Mi intento de llevarle sopa había sido contraproducente. Terminé hablando con ella con una puerta de por medio antes de que me echara.

Kayden recuperó su confianza y se acercó a mí.

—Hola.

—Hola. —Estaba tan guapa que sentí ganas de agarrarla de los hombros y besarla, pero me acobardé y preferí mirarla—. Estás preciosa esta noche.

Se sonrojó al instante.

—Gracias...

¿Podría pedirle que volviéramos a acostarnos? ¿O me había despedido de esa posibilidad al terminar con ella?

—Me alegro de verte. Ya nunca hablamos.

—Sé a lo que te refieres. Es que he estado ocupada.

Saliendo con todo el que se le cruzaba.

—Sí...

—¿Cómo te va?

—Pues liado con el trabajo y esas cosas. —Y jugando a videojuegos y saliendo con Zeke.

—Genial.

—¿Qué tal en la biblioteca?

—Bien.

Hubo un silencio incómodo.

Había salido esa noche para buscar a alguien con quien acostarme. Pero, ahora que la miraba, me di cuenta de que no quería a nadie más. La deseaba en mi cama con las piernas enlazadas a mi cintura. Quería que fuera ella

quien gritara mi nombre cuando se corriera.

—Sé que es una locura, pero...

—Hola, nena. —Un tipo atractivo con camisa apareció de la nada y la abrazó por la cintura—. Esta noche estás fantástica.

—Oh, gracias. —Se sujetó un mechón de cabello tras la oreja. —Tú también estás muy guapo.

Sentí ganas de vomitar.

—¿Puedo invitarte a una copa? —A juzgar por la forma en que fingía que no existía, me consideraba una amenaza. Probablemente vio que me fijaba en ella antes de poder reclamarla como suya.

—Sí, claro —dijo—. Por cierto, este es mi amigo Rex.

Su amigo Rex.

Sólo su amigo.

Un tipo en el que ya no pensaba.

Me obligué a ser educado.

—Encantado...

Me miró con desprecio, como si fuera escoria.

—Sí, lo mismo digo.

—Nos vemos, Rex. —Kayden se marchó con su pareja, adentrándose en el bar en busca de alcohol y diversión.

Me quedé allí y los vi desaparecer, sintiéndome fuera de lugar. Lo último que debía sentir eran celos o arrepentimiento. Fui yo quien acabó con nuestro acuerdo antes de que las cosas se pusieran serias. Kayden tenía todo el derecho a hacer lo que hacía: vivir su vida.

Pero me sentía fatal de todos modos.

CUANDO ENTRÉ POR LA PUERTA, ARROJÉ LAS LLAVES A LA ENCIMERA. PERO estaba tan molesto por haber visto a Kayden con aquel tipo, que fallé el tiro y

cayeron al suelo, estrellándose contra la baldosa con un distintivo ruido metálico.

Rae estaba sentada en la mesa de la cocina con su portátil, haciendo alguna tarea. De vez en cuando, se traía trabajo a casa cuando no terminaba a tiempo en el laboratorio. Por lo general eran cálculos.

—¿Qué te pasa?

Recogí las llaves del suelo y las tiré a la encimera. Esta vez no se cayeron.

—Nada.

—Has llegado a casa a las nueve. —Me dirigió aquella irritante expresión de hermana sabelotodo—. Debe pasarte algo.

—No he visto a ninguna que mereciera la pena esta noche.

—Sí, claro —dijo riendo—. Cuando salí con Jessie la otra noche, vi a una mujer tan atractiva que ella a su lado parecía un troll. Hay chicas muy guapas en la ciudad. ¿Alguien te rechazó?

Pues sí.

—No. He estado varias horas sentado solo en la barra y he vuelto a casa.

—Qué deprimente.

No sabía ni la mitad.

—Vi a Kayden... con un tío. —Dolía decirlo en voz alta. Podría haber pasado la noche con ella, pero me iría solo a la cama y mis sueños se convertirían en pesadillas.

Rae suspiró como si se avecinara uno de sus discursos.

—Me preocupa. Cada noche sale con uno distinto... No es propio de ella. ¿Salía con uno diferente cada noche? Me sentí desfallecer.

—Nunca la había visto salir con más de dos chicos al año. Y ahora sale con veinte en un solo mes. Dice que todo va bien, pero cuesta creerlo. Empezó a comportarse así justo después de recuperarse de su enfermedad...

—Me voy a la cama. —No podía seguir escuchándola. Se me rompía el corazón y deseé saltar desde un acantilado. Verla con otro tipo era

desagradable, pero saber que había habido docenas después de mí era especialmente cruel—. Buenas noches.

MI TELÉFONO SE ILUMINÓ CON UN MENSAJE DE TEXTO CUANDO ESTABA EN EL trabajo. Estaba sentada en el escritorio contra la pared, tomando notas para no olvidar la información más tarde. El nombre de Zeke apareció en la pantalla, y estuve a punto de saltar sobre la mesa y empezar a bailar.

¿Tienes hambre?

¡Me estaba pidiendo que fuéramos a almorzar!

¿En serio hace falta que me preguntes?

Se me olvidaba que hablo con un pozo sin fondo.

Le mandé un emoticono haciéndole la peineta.

Él me envió uno de una carita sonriente.

¿Pizza?

Siempre me apetece pizza.

Terminé mi proyecto en el laboratorio y crucé varias manzanas hasta llegar a la pizzería a la que íbamos siempre. Él ya estaba sentado en el reservado con la pizza frente a él, pues sabía lo que me apetecía sin siquiera preguntar.

—Tiene una pinta tremenda. —Me senté frente a él e inmediatamente me aparté una porción en el plato.

—He estado a punto de empezar sin ti, pero soy un caballero.

—Sabes que no me habría importado. Yo no te esperaría.

Se rio, y aquella sonrisa aumentaba de forma innegable su atractivo.

—Tienes razón.

—¿Qué tal el trabajo? —Comí mientras lo observaba, sintiendo que apretaba los muslos al verlo tan sexy de azul oscuro. Estaba atractivo con cualquier color, pero la bata tenía un cuello en V muy pronunciado y se veía la línea que separaba los dos pectorales.

—Bien. Estoy pensando en contratar a otro dermatólogo y expandir un poco el negocio.

—Vaya, es genial. ¿Estás pensando en abrir otra consulta?

—No, no soy tan ambicioso. De hecho, quería dividir la carga con alguien para poder tener más tiempo libre. Estoy tan abrumado de trabajo que no puedo tomarme vacaciones. Ni siquiera recuerdo la última vez que me tomé un día libre, a excepción de los fines de semana.

—Es cierto. No trabajes tanto.

—Sí, es por eso que creo que voy a contratar a alguien. Tendremos que atender a más pacientes, pero no creo que sea un problema. Ahora mismo, estamos dando citas para dentro de nueve meses.

—Es una locura.

—Lo sé. La gente no debería esperar tanto para recibir atención médica.

—¿Por qué no van a otra parte?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede que sea una cuestión de seguros.

Nunca entendí ni entendería los seguros médicos.

—Acepto toda clase de seguros, incluso los que no pagan mucho. Seguramente tendrá algo que ver con eso.

Creo que acababa de enamorarme un poco más de él.

—Es muy amable por tu parte...

—Tuve la suerte de que no me faltara comida, techo y un seguro médico. Y ahora tengo un buen trabajo que me proporciona todo lo que necesito. Algunas personas carecen de esos lujos. No es culpa suya. A veces, es

cuestión de mala suerte en la vida. Lo menos que puedo hacer es ayudar a las personas menos afortunadas. Soy médico, y esa es la definición de mi trabajo.

Quería echarle un polvo en ese mismo instante. Era muy humilde y compasivo. Nunca había conocido a un hombre que se preocupara tanto por las personas más desfavorecidas. Era digno de admiración, y no podía evitar sentirme embelesada por él.

— Tenemos suerte de tenerte, doctor Collins.

Sonrió antes de darle un bocado a la pizza.

—Gracias.

Sentía ganas de abrazarlo, pero sabía que nada bueno saldría de aquello. Notaría lo duros que tenía los pezones. Y cuando me sentara a horcajadas sobre él, sería un claro indicio de lo que realmente quería.

—¿Alguna novedad en el laboratorio? —Su pregunta enfrió el calor de mi entrepierna.

—Estoy trabajando en varias cosas. Productos biodegradables para los consumidores. Lo más difícil es encontrar el tiempo de expiración adecuado. No acabo de conseguirlo.

—Ni me imagino lo complicado que debe ser.

—Ni yo lo difícil que tiene que ser estudiar Medicina.

—No es tan terrible. Podrías hacerlo. Hasta un mono podría.

—Vale, a lo mejor yo sí puedo, pero ¿un mono?

—Sí —dijo con expresión seria—. Es como jugar a ser detective. Alguien tiene un problema y tú lo resuelves. Hay diferentes herramientas que usas para resolverlo. Cuando tienes la información, tomas una decisión para solucionar el problema. Es sencillo.

En mi opinión, le estaba restando importancia. Pero, al ser tan inteligente, no me sorprendía que le pareciera un desafío sencillo.

—¿Tienes planes esta noche?

—No. Iba a jugar a videojuegos.

—Ya debes haberte acabado ese juego de carreras.

Se encogió de hombros.

—No es un juego que puedas acabar. Se juega por diversión. Pero terminé el de disparos en primera persona. Estaba bastante chulo. ¿Tienes planes esta noche?

—Sí. —Llevaba un tiempo preocupada por Kayden, y ya era hora de que hablara seriamente con ella—. Me preocupa Kayden.

—¿Por qué?

—Cada día se acuesta con un tío diferente, y me preocupa.

La expresión de Zeke no cambió.

—No veo dónde está el problema. Está soltera y puede hacer lo que le plazca.

—Pero no es propio de ella hacer algo así.

Se encogió de hombros.

—Pues yo creo que, si fuera un hombre, nadie la miraría mal. Pero como es mujer, la juzgan.

Me encantaba ese lado feminista de Zeke. Siempre era un caballero y trataba bien a las mujeres, pero las veía como a iguales. Era uno de los aspectos más atractivos de su personalidad.

—No estoy insinuando nada de eso.

—Entonces, ¿hay algo que no me estás contando?

—No... pero su repentino cambio de comportamiento comenzó después de enfermarse. Ocurrió de la noche a la mañana. Fue tan repentino que Jessie y yo apenas podíamos creerlo. Es posible que me esté ocultando algo.

—No pierdes nada por preguntarle.

—Si está bien y ha decidido cambiar su estilo de vida, me alegro por ella. Pero la conozco desde siempre y tengo la impresión de que algo va mal.

Zeke asintió.

—La conoces mejor que nadie, así que tu corazonada debe ser cierta.

—Voy a hablar con ella después del trabajo. Sólo espero que se lo tome bien. La última vez que dije algo, se puso un poco a la defensiva.

—Es una reacción natural —dijo—. Normal cuando alguien cuestiona tu comportamiento.

—Sí... —Pasé a la tercera porción hasta que estuve llena. No habría podido dar un bocado más aunque me hubieran pagado.

Zeke me observaba desde el otro lado de la mesa, con sus preciosos ojos azules brillantes y seductores. Me encantaba cuando me observaba porque podía devolverle la mirada. Veía inteligencia y sensualidad en su expresión. Parecía una fantasía, con su mandíbula firme y sus labios suaves. Estaba soltero y disponible, pero no podía hacer nada para hacerlo mío. Tenía que esperar un poco más por respeto a nuestra amistad.

Quién habría dicho que resultaría tan difícil ser una buena amiga.

KAYDEN ABRIÓ LA PUERTA Y, A JUZGAR POR SU PEINADO Y MAQUILLAJE, estaba a punto de salir.

Aunque era lunes.

¿Quién salía un lunes por la noche? Yo solía sentarme frente al televisor con un gorro y una sudadera, asqueada de que faltaran tantos días para que volviera a ser fin de semana.

—Ah, hola. ¿Qué pasa? —Me invitó a pasar y vi que estaba descalza. Sólo le faltaban los tacones para completar el conjunto—. ¿Qué tal? ¿Hay alguna novedad con Zeke?

—No. Pero aún no han pasado los treinta días.

—Pues vaya. —Me miró con gesto exasperado—. La regla de los treinta días es una estupidez y lo sabes.

Me senté en el sofá.

—¿Vas a salir?

—Sí, ¿quieres venirte? —Había una copa de vino en la mesa, junto a una botella llena.

—No. Esperaba que pudiéramos hablar.

Kayden detectó mi tono de inmediato. Me miró suspicaz, sabiendo que se avecinaba algo malo.

—¿Hablar de qué?

Iba a odiarme por decir aquello, lo sabía.

—Viendo lo mucho que sales y la cantidad de tíos con los que estás... estoy un poco preocupada. Presiento que ocurre algo y no me lo quieres decir.

Se lo tomó a risa.

—Estás viendo cosas donde no las hay, Rae. No soy un experimento científico que puedas analizar.

—No te estoy analizando. Pero te conozco desde que teníamos cinco años. Siempre has sido la misma persona desde entonces. Pero, de repente... has cambiado. Me preocupa que te haya pasado algo grave.

—No he cambiado —replicó—. Sólo he ganado confianza y me gusta salir. Eso es todo.

Como estaba a la defensiva, sabía que ocultaba algo. Pero era un misterio por qué lo mantenía en secreto.

—No me importa que salgas y te lo pases bien. Me preocupa más que te estés acostando con tantos hombres.

—Pues no eres la más indicada para hablar —se mofó—. Tú te has ligado a muchos tíos en bares.

—Sé que lo he hecho —No me avergonzaba por ello—. Pero no era uno diferente cada noche. Antes de que apareciera Ryker, me acosté con cinco tíos en un año. Es una cantidad razonable. Pero lo que estás haciendo tú... es preocupante.

—¿Me estás llamando puta? —siseó.

—No. No he dicho esa palabra.

—Lo estás insinuando de forma bastante evidente.

Bajé el tono para que mantuviera la calma.

—Escúchame. Si lo estás haciendo porque quieres, perfecto. No diré una palabra más del tema. Pero si lo estás haciendo a consecuencia de algo malo, creo que deberíamos hablar. Eso es todo. Kayden, ¿ha sucedido algo en el último mes?

Me miró y, lentamente, su ira comenzó a desvanecerse. Su expresión se relajó y volvió a ser la mujer a la que conocía, mi amiga.

Le había tocado la fibra sensible.

Kayden permaneció en silencio. Sus ojos se posaron en su copa de vino intacta.

—Kayden, sabes que puedes contármelo. Siempre has estado ahí para ayudarme. Deja que esta vez sea yo quien te ayude.

Entrelazó los dedos y suspiró.

—Te vas a enfadar...

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque he hecho algo que viola el código de chicas.

No tenía idea de a qué se refería.

—Te prometo que no me enfadaré.

—No puedes prometer algo así.

—Sinceramente, no me importa lo que hayas hecho. En estos momentos, sólo me importas tú. Digas lo que digas, no me pondré en tu contra. No me enfadaría ni aunque te hubieras acostado con Ryker, por mucho que me doliera, porque en estos momentos lo importante eres tú.

Sus ojos se suavizaron con tristeza.

—Rae, jamás haría eso.

Me relajé, aliviada. Había superado lo de Ryker, pero si una de mis amigas se hubiera acostado con él, me habría destrozado.

—Lo sé. Pero cualquier cosa que hayas hecho no es nada en comparación con eso. Así que cuéntamelo.

—De acuerdo...

La observé mientras aguardaba nerviosa a que hablara.

—Es difícil hablar del tema... así que lo diré sin rodeos.

—Vale.

—Llevo años enamorada de Rex.

Escuché lo que dijo, pero no era capaz de procesarlo. Su confesión era tremenda. Ni siquiera sospechaba que le gustara mi hermano. No se me había pasado por la cabeza ni una vez. Me estaba mirando y sabía que debía responder algo.

—Oh...

—No hacía más que esperar a que se fijara en mí, pero sólo me veía como una amiga. Así que hice algo muy estúpido y... le pedí que me enseñara tácticas en la cama. Pensé que si nos acostábamos durante una temporada, querría estar conmigo. —Bajó la mirada y contempló sus manos, sin querer mirarme a los ojos—. Pero rompió conmigo hace un mes sin darme un motivo. Sólo dijo que nuestro acuerdo había terminado. Y... me dolió mucho. —Cerró los ojos y las lágrimas brotaron al momento.

El impacto de lo que había ocurrido entre Rex y ella se me pasó al ver su dolor. Me acerqué a su lado en el sofá y la rodeé con los brazos, atrayéndola hacia mí para poder consolar a mi mejor amiga.

—Kayden...

Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Sé que no debería estar llorando y que debería haber previsto lo que iba a pasar, pero... lo amo de verdad, Rae.

Le froté la espalda, sintiéndome desconsolada por ella.

—Sé que lo amas, Kay. —No hacía falta cuestionar sus sentimientos para saber que eran ciertos. Verla desmoronarse frente a mí de esa manera y tocar fondo era prueba suficiente. No tuve tiempo para sentir confusión por sus palabras. En parte me sorprendía no haberlo descubierto antes, pues decía que llevaba mucho tiempo enamorada. Jessie tampoco sabía nada.

—Siento haberme acostado con Rex siendo tu hermano...

—No te preocupes por eso. —Continué frotándole la espalda, sin sentir

resentimiento hacia ella. No sólo no le había hecho daño a Rex, sino que lo amaba y él no la correspondía—. ¿Sabe Rex lo que sientes?

—No lo creo —susurró—. Lo oculté muy bien.

—Entonces, cuando estabas enferma...

—Estaba deprimida.

—Oh, cariño... —Le froté el hombro.

—He estado saliendo mucho últimamente para sentirme mejor... para olvidarme de él. No quiero que sepa el daño que me hizo, porque de todos modos no le importaría. Y esperaba poder superarlo conociendo a muchos chicos, pero no funciona...

—Sé lo difícil que es. Créeme, Kay. —Superar lo de Ryker había sido lo más difícil que había hecho nunca. Era el amor de mi vida, el hombre con el que me imaginaba pasando el resto de mis días. Cuando me imaginaba el rostro de mi marido, veía el de Ryker. Pero cuando le dije que lo amaba, me rompió el corazón. Se deshizo de mí y siguió con su vida, dejándome en la cuneta. Aquellos tres meses fueron insoportables.

—Lo sé, Rae. Lamento que lo entiendas por experiencia propia.

Le acaricié la espalda.

—Sé que estás sufriendo, pero no creo que acostarte con desconocidos te haga sentir mejor, Kayden. Creo que debes afrontar tus sentimientos, aunque sea doloroso, y pasar página poco a poco.

Sollozó y se secó los ojos.

—Lo sé...

—Y cuando te encuentres mejor, encontrarás a alguien especial y te enamorarás. Rex se perderá lo mejor que le ha pasado, y tú serás feliz con alguien que te merece de verdad.

Asintió.

—Espero que adivines el futuro, Rae.

—No me hace falta ser adivina para saber lo que va a pasar. Te mereces lo mejor. Y un día lo conseguirás.

Dejó de llorar y se le secaron los ojos. Se sentó y me observó, suplicándome con la mirada.

—No le digas nada a Rex, ¿vale?

No respondí.

—Rae —insistió.

—Creo que deberías decirle lo que sientes. Estoy segura de que desconoce tus sentimientos.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme, lo sé. Rex es muy torpe en estos temas. Es inteligente, pero cuando se trata de leer las emociones y sentimientos de los demás, está ciego. Se habrá creído lo que le hayas dicho, y pensará que no le importas lo más mínimo.

—No lo sé...

—Si quieres una oportunidad de estar con él, creo que deberías decírselo. Nunca lo sabrás si no lo intentas.

Negó con la cabeza.

—Quiero que me desee por sí mismo, que vaya detrás de mí e intente conquistarme. No quiero ser sólo una chica con la que se acuesta. Quiero que me ame como yo lo amo. Y si tengo que decirle lo que siento para que eso suceda... entonces no es real.

—Lo entiendo... pero Rex no sabe nada de eso.

—Y no quiero confesárselo. Sé que él no siente lo mismo y sería muy incómodo. Al menos podemos ser amigos. Por suerte, eso nunca ha sido un problema.

Ver sufrir a mi amiga me hacía daño. Quería arreglar las cosas, pero no sabía cómo.

—Mantengámoslo en secreto, ¿vale?

—De acuerdo. —Acepté sin más. Aunque entendía sus razones, creía que no estaba haciendo lo correcto. Si Rex pensaba que sólo estaban tonteando, no sentiría nada más. Si querías una respuesta suya, tenías que ser directo con

él.

—Gracias. Y una vez más, lo siento.

—No te disculpes, Kayden. Me alegra que me lo hayas contado. Quiero ayudarte a que estés mejor, y ahora puedo hacerlo por fin.

Sonrió por primera vez.

—Gracias, Rae. Eres una buena amiga.

—Tu mejor amiga —la corregí—. Y no tienes que darme las gracias.

NO PODÍA VOLVER A MIRAR A REX CON LOS MISMOS OJOS.

Entré en el apartamento después de quedarme en casa de Kayden durante unas horas. En vez de salir, vimos unas cuantas películas en el sofá. Se puso el pijama y volvió a su verdadero yo, una persona hogareña que prefería la compañía de amigos íntimos a la de atractivos extraños.

Rex estaba sentado en el sofá viendo un partido de baloncesto. Tenía delante de él, en la mesa, una colección de botellas de cerveza. Estaba allí sentado como una babosa y apenas se movía.

No podía creerme que hubiera estado enrollado con mi amiga durante tanto tiempo y que lo hubiera ocultado tan bien.

Y no podía creer que le hubiera hecho tanto daño.

Entré en el salón y me crucé de brazos.

Rex me miró de reojo.

—¿Qué te pasa? —Volvió los ojos a la pantalla del televisor, y fue entonces cuando me percaté de que estaba de bajón. Al volver a casa la otra noche, estaba de un humor de perros. Y no se le había pasado desde entonces.

— Debería preguntarte lo mismo.

—Sólo estoy cansado. ¿Cuál es tu excusa?

«Estoy harta de tus pamplinas, eso es lo que pasa».

—Estás raro desde el otro día. ¿Te pasa algo?

—No.—Dio un largo sorbo a su cerveza y continuó ignorándome.

No tenía sentido tantearlo. No soltaría prenda.

—Buenas noches entonces.

—¿Dónde andabas?

—En casa de Kayden. —Estaba a punto de irme, pero decidí quedarme allí.

Sus movimientos eran leves, pero cambió de postura en el sofá. Y la mayor evidencia de todas fue que me miró.

—¿Qué hicisteis? ¿Salisteis? ¿Se buscó a otro tío?

Demasiadas preguntas para alguien que se suponía que no estaba interesado.

—No. Nos quedamos en su casa viendo la tele. ¿Por qué?

Su humor mejoró un poco y pareció complacido al oír la respuesta. Se volvió hacia la televisión y dio otro trago a la cerveza.

—Sólo preguntaba por educación.

—Pero tú nunca eres educado.

—Sólo era una pregunta.

—¿O es que tienes curiosidad? —insistí.

—No sé —dijo, encogiéndose de hombros.

Ahora que me ponía a recordar nuestras conversaciones pasadas, mostraba un interés especial cada vez que se mencionaba a Kayden. Siempre preguntaba si tenía planes, y cuando le mencionaba que estaba durmiendo, se iba a la cama. Quizás había más tela que cortar en esta historia de la que Kayden y yo nos imaginábamos.

Quizás.

SALÍ DEL EDIFICIO Y EMPECÉ A CAMINAR HACIA MI CASA. SAQUÉ EL MÓVIL Y llamé a Zeke. No era una excusa para charlar con él. Era uno de mis mejores

amigos, y necesitaba contarle a alguien el bombazo.

Contestó inmediatamente.

—Cuánto tiempo sin verte.

—¿Has salido del trabajo?

—Acabo de llegar a casa, estoy saliendo de la ducha.

Mierda, me lo había perdido.

—Necesito hablar contigo. Tengo un notición. ¿Puedo pasarme por allí?

—Y por favor, que estés con la toalla todavía cuando yo llegue.

—Por supuesto. La puerta delantera está abierta.

—Muy bien. Hasta ahora.

—Pediré pizza. Seguramente estarás muerta de hambre. —Su voz tenía un tono burlón.

Sonreí, emocionada por esa simple broma. Nuestra charla tenía tintes mucho más insinuantes ahora que quería meterme entre sus sábanas. Hacía que me sonrojara.

—Buena idea.

CUANDO ENTRÉ, LA PIZZA YA ESTABA ALLÍ. AUNQUE, POR DESGRACIA, ZEKE ya no llevaba sólo la toalla. Vestía unos vaqueros y una camiseta con escote en V por delante. No era tan prominente como el de la bata, pero aun así se notaba la definición de los músculos en torno a la clavícula.

—¿Y cuál es el bombazo? —Cogió una cerveza del frigorífico, me la abrió y la dejó en la mesa para que me la bebiera cuando quisiera.

Yo siempre abría mi propia cerveza, y me resultó extraño que lo hiciera por mí. Me senté y me acerqué la cerveza, pero no me la bebí. Con las noticias que traía no había tiempo para beber ni comer.

—Rex nunca estuvo con una mujer llamada Bonnie.

Zeke se sirvió un trozo, pero no la probó. Centró su atención en mí.

—¿A dónde quieres llegar?

—Anoche Kayden me dijo que ella y Rex habían estado liados. Básicamente eran follamigos.

A juzgar por la forma en que Zeke abrió los ojos de par en par, no tenía ni idea.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

—¿Estás segura?

—Kayden no se inventaría eso.

Nervioso, se pasó los dedos por el pelo como lo haría un modelo sexy recién salido de la piscina.

—Vaya... Qué locura.

—Supongo que duró un tiempo, unos meses.

—No me puedo creer que Rex fuera tan estúpido como para enrollarse con una amiga.

Mis esperanzas murieron cuando oí lo que dijo. ¿Significaba eso que nunca querría salir conmigo porque éramos buenos amigos? ¿Que poner en riesgo nuestra amistad pesaba más que nuestra atracción?

—No me puedo creer que no me haya dado cuenta. Parecían tan normales como siempre cuando estaban cerca el uno del otro.

—Yo tampoco me lo podía creer. Kayden me explicó que ese es el motivo por el que se acuesta con cada tío que ve.

—¿Y cuál es el motivo?

¿Era necesario que se lo explicara con todo lujo de detalles?

—Está enamorada de él desde hace años. Pensó que, si empezaban una relación física, la vería como algo más que una amiga. Pero él cortó de un día para otro y se acabó.

—¿Ha estado enamorada de él todo este tiempo?

Asentí.

—¿Y ninguno de nosotros lo sabía?

—Eso creo. Tiene el corazón roto. Le dije que necesitaba centrarse en recuperarse, no en acostarse con todos los tíos de Seattle.

—Todos los hombres de Seattle se desilusionarán —dijo con una sonrisa. Entorné los ojos.

—Menos yo —dijo rápidamente—. No veo a Kayden de ese modo y nunca lo he hecho —dijo a la defensiva, sonando incluso un poco paranoico—. ¿Y lo sabe Rex?

No necesitaba preguntármelo para que yo le diera la respuesta.

—No. No tiene ni idea.

—Supongo que no me sorprende.

—Ella me pidió que no le contara nada, y supongo que no lo haré... pero me he dado cuenta de que él está deprimido últimamente. Apenas se relaciona y está triste. A veces me pregunto si es por ella. Quizás se siente tan miserable con la ruptura como Kayden.

—Quizás. Recuerdo haber hablado con él cuando pensé que la mujer era la tal Bonnie. Le dije que debía poner punto y final antes de que las cosas se pusieran serias. Que sólo acabaría haciéndole daño. Pero en realidad no parecía que quisiera quitársela de encima.

—Quizás no quería.

—Pero parecía inflexible con respecto a no encariñarse... Lo que me hace pensar que no va en serio con ella.

Por desgracia.

—Creo que se lo voy a decir.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí. Quiero que entienda cuánto daño le ha hecho a mi amiga con su estúpida decisión de utilizarla. Y si tiene sentimientos más profundos por ella, quiero que entienda que ella siente lo mismo, para que pueda hacer algo al respecto. —Zeke se mantuvo en silencio, indicándome que no le parecía bien—. Kayden no quiere que él lo sepa, porque si fuera detrás de ella sería sólo porque yo lo he persuadido. Si se acerca a ella de motu proprio, sabrá que

es de verdad. Pero lo que no entiende es que Rex no pilla ni una en este tipo de asuntos. No se le da bien entender las emociones de los demás. Hay que explicárselo todo y, aun así, no termina de entenderlo.

—Cierto. —Zeke cogió su porción y le dio un bocado—. Entonces, ¿tengo que hacer como si no supiera nada?

—Hasta que hable con él.

—Avísame cuando lo hagas, porque quiero echarle la bronca.

Me sentí mal por mi hermano.

Zeke contestó mi pregunta tácita.

—Soy su mejor amigo. Me lo tenía que haber contado.

—Kayden es mi mejor amiga, pero tampoco me dijo nada. Tal para cual.

—Contigo me pasa lo mismo, somos tal para cual. —Dio otro mordisco y masticó como si no hubiera dicho nada que fuera a derretirme. Me seducía sin siquiera proponérselo. O quizás es que yo estaba tan colada por él que cualquier cosa que dijera le infundía esperanzas a mi corazón.

—TENGO QUE HABLAR CONTIGO. —COGÍ EL MANDO A DISTANCIA Y APAGUÉ la televisión.

—¿Sabes qué? —Rex se sentó y me miró—. Estoy muy cansado de que entres por la cara en mi espacio cada dos por tres.

—¿En mi propio salón?

—Bueno, no hace falta que apagues la televisión —dijo a la defensiva—. Estoy viendo el partido.

—Siempre hay un partido, Rex. No puedes verlos todos. —Me senté en el otro sillón y dejé el bolso a un lado.

—Pues date prisa y suéltalo para que pueda seguir viéndolo.

—Sé lo tuyo con Kayden. —Se lo solté tal cual, sin rodeos. Daba igual cómo se empezara a tratar esta conversación, iba a ser incómoda de todos

modos.

Rex no cambió un ápice su expresión y mantuvo cara de póker

—¿Que simplemente somos amigos?

—Que fuisteis follamigos durante un tiempo hasta que la dejaste.

La cara de Rex se contrajo de pánico. Se quedó ojiplático y dejó de respirar durante casi cinco segundos.

—Eh... —No se le ocurría una mentira con la que salir del paso, así que siguió allí sentado, sintiéndose incómodo y murmurando sonidos incoherentes—. Um...

Lo dejaría un rato más en la picota como castigo.

—Voy a ir al grano contigo aunque Kayden no quiera que lo haga, porque pienso que hay posibilidades de que ella signifique más para ti que un simple ligue. La razón por la que ella ha estado acostándose con unos y con otros es porque le has roto el corazón. Antes de que os enrollarais, estaba enamorada de ti. Ha estado enamorada de ti durante años. Creyó que si os liabais se asentaría la relación. Cuando la dejaste, se quedó hecha polvo. Aún lo está.

Su cuerpo entero se relajó al oír mis palabras. Me miró y vi tristeza en sus ojos, así como odio a sí mismo.

—¿Te lo dijo? ¿Te dijo que estaba enamorada de mí?

—Sí. Pensando que yo no te iba a decir nada.

Se reclinó contra el respaldo y miró hacia la pantalla apagada de la televisión. Su expresión se suavizó y en sus ojos no se veía más que un abismo. No reaccionaba porque estaba demasiado desbordado por lo que le había dicho.

—Entonces, ¿para qué me lo has contado?

—Por dos razones. Tú decides cuál es la buena.

Ahora sí que se le veía confuso.

—Si no sientes nada por ella, te lo digo para que te sientas fatal. Fuiste un estúpido, Rex. No deberías haberte tirado a mi mejor amiga y haberla utilizado de esa manera. Se merece algo mejor y lo sabes.

La culpa atravesó su rostro.

—O porque quizás la veas como algo más que una follamiga y puedas invitarla a salir y ver qué pasa. Ahora tú decides cuál de las dos razones es.

Rex no contestó durante un rato. Pasaron siete minutos de puro silencio sin que apenas me mirara. Parecía una estatua, absorto en sus pensamientos. Normalmente se le notaba lo que estaba pensando, pero ahora era un enigma.

—¿Rex? —insistí.

—Estoy pensando.

—Lo siento, nunca te he visto pensar hasta ahora. —No debería ser tan despiadada en ese momento, pero no podía evitarlo. Estaba muy enfadada por que se hubiera enrollado con Kayden. Era un milagro que aún fueran amigos.

No me soltó una de sus respuestas ingeniosas, seguramente porque estaba enfrascado en sus pensamientos.

—¿Tiene constancia de esta conversación?

—No.

—¿Entonces para qué me lo dices?

—Te estoy dando una oportunidad de cambiar las cosas.

—¿Cambiar las cosas?

—Te he visto deambular con cara mustia por la casa este mes. Hace tiempo que no eres el mismo. Tampoco he visto que traigas a ninguna chica a casa desde entonces, y pareces deprimido. Puede que te arrepientas de lo que ha pasado con Kayden y ni siquiera te des cuenta.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Es así como te sientes?

Se pellizcó la nariz.

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? —pregunté.

—No lo sé, ¿vale? Nunca antes había sentido emociones complejas como

esta.

Era un callejón sin salida.

—Si decides recuperarla, no le digas que yo te he dicho nada. Me dejó muy claro que quería que tú volvieras con ella por ti mismo, porque quisiera estar con ella y nada más. Si se entera de que te lo he contado, pensará que tus sentimientos no son sinceros.

—Vale.

—¿Entendido? —le pregunté—. Me estoy jugando el cuello por ti ahora mismo, así que recuérdalo.

—¿Por qué lo haces?

—Porque te conozco, Rex. Sé que no sabes interpretar bien las emociones de los demás. Pensé que, si te avisaba, te ayudaría a decidir qué hacer. Sé que no eres un capullo y no le harías daño a propósito, así que querías arreglar las cosas de un modo u otro.

—Bueno... Gracias.

Sabía que no discutiría nada más conmigo, así que me levanté del sillón.

—Y tú, ¿vas a mover ficha con Zeke? —preguntó de buenas a primeras—. Estoy seguro de que sabes que está soltero.

Me volví hacia él.

—No voy a presionarlo nada más romper con Rochelle. No podría haber peor momento, y estoy segura de que todavía está afectado por la situación. Cuando crea que está listo, se lo diré.

Asintió.

—Buena idea.

REX

RAE ME HABÍA LANZADO UNA BOMBA, E INCLUSO DÍAS DESPUÉS, SUFRÍA LAS consecuencias. Kayden no solo sentía algo más que amistad, sino que llevaba años enamorada de mí.

Ahora, al recordar la evidente tensión entre nosotros, entendía lo que pasaba en realidad. Se ponía nerviosa cuando estábamos juntos porque sentía una atracción a la que yo era ajeno. Me veía como algo más que un amigo y, cuando ligaba con otras chicas delante de ella, le hacía mucho daño.

Ahora sabía por qué se había echado a llorar aquella noche que salimos a cenar juntos.

Porque ligué con dos chicas delante de ella.

Maldita sea, me sentía como un imbécil.

¿Cómo no me había dado cuenta de lo que sentía en todo ese tiempo? Cada vez que nos acostábamos, pensaba que era buena en la cama. No tenía ni idea de que sus sentimientos se extendían más allá del placer mutuo que producían nuestros cuerpos cuando nos movíamos al unísono.

No tenía ni idea.

Últimamente, me había entristecido ver a Kayden salir a ligar. Cada vez que la veía, estaba con un tipo diferente. Y Rae me había dicho que pasaba de uno a otro a una velocidad pasmosa.

Pero ahora que sabía la verdadera razón, entendía todo el daño que le

había causado.

Se acostaba con unos y con otros para dejar de pensar en mí, para recomponer su corazón y poder seguir adelante con su vida.

Era todo culpa mía.

Sabía que estaba celoso al verla con otros hombres. Cuando vi a aquel tipo baboso del bar con ella, me sentí tan deprimido que me fui a casa directo a la cama, a las nueve. No intenté llamar a alguna de las chicas con las que solía acostarme. Sólo quería estar solo y recrearme en mi propia desgracia.

¿Significaba eso que la amaba?

El amor era un sentimiento complicado y yo no lo entendía. Sabía que amaba a Rae porque era mi hermana y parte de mi familia. Sabía que amaba a Zeke porque era mi mejor amigo y prácticamente un hermano. Pero el amor romántico... No tenía experiencia en ese ámbito. Sólo sentía que la polla se me ponía dura, eso era todo.

Pensé que si la amaba lo sabría. Y, como no lo sabía, asumí que la respuesta era negativa.

Pero sentía algo.

No estaría deprimido si la viera sólo como amiga. No estaría celoso de los tipos con los que se acostaba si me diera igual. No me odiaría por hacerle daño si me importara un comino.

Había algo más.

¿Debería decírselo?

¿Debería hablar con ella?

¿Qué le diría?

¿Qué debería hacer?

No lo sabría hasta que me comportara como un hombre e hiciera algo al respecto.

CUANDO LLAMÉ A LA PUERTA, ESTABA ATERRORIZADO.

¿Y si había un hombre en su casa?

¿Qué pasaría si la veía salir con una sonrisa de satisfacción en el rostro?

¿Le daría un puñetazo?

Kayden abrió la puerta de golpe. Vestía vaqueros y una camiseta, probablemente la ropa que había llevado ese día al trabajo. Llevaba el cabello rubio trenzado sobre un hombro y me di cuenta por sus ojeras que hacía tiempo que no descansaba bien.

Ahora que sabía lo que sentía de verdad, podía ver la desesperación ardiendo en sus ojos. Estaba hecha un desastre, con el corazón roto y sufriendo como si una bola de demolición hubiera arrasado su apartamento. Debía pesar unos cinco kilos menos que cuando empezamos a salir, y no podía perder tanto. Ya era delgada de por sí.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Hola, ¿va todo bien?

No. Nada iba bien.

—Sí... ¿Estás ocupada? —Si había un tío en su casa, me volvería loco. Lo sabía. Ya no podía soportarlo más. Los celos se estaban apoderando de mí y convirtiéndome en un imbécil.

—No. ¿Qué pasa?

—¿Puedo pasar? —Aún no sabía con certeza lo que iba a decirle cuando tuviera toda su atención. Habría sido mucho más fácil que pudiera leerme la mente y saber lo que quería de verdad.

—Eh, claro. —Se echó a un lado y me dejó pasar.

Fue entonces cuando noté lo holgados que le quedaban los pantalones. Le estaban anchos en las caderas y la cintura. Intenté no mirar demasiado al entrar en la sala de estar y tomar asiento. En ese mismo sitio, me había montado como una vaquera. Apenas un metro más allá me la había chupado por primera vez. Me preguntaba si otro tipo habría borrado esos recuerdos. De ser así, tendría ganas de vomitar.

Se sentó en el otro sofá y me miró, claramente incómoda con mi visita inesperada.

—¿Qué ocurre?

Me froté las palmas e intenté pensar en algo que decir. Sopesé diferentes opciones en mi mente, pero no se me ocurría nada digno. Decidí ir con la verdad por delante, y confesar aquello de lo que estaba seguro.

—Detesto verte con otros chicos. La otra noche, cuando ese idiota te abrazó por la cintura, no me gustó.

La expresión de Kayden se llenó al fin de vida. Parecía asombrada, como si eso fuera lo último que se esperaba. Se quedó inmóvil en su asiento, presa de la conmoción.

—Sé que has estado saliendo con muchos chicos últimamente porque Rae lo mencionó y... me molesta. No puedo dormir bien porque no dejo de pensar en ello. Cuando te imagino con otros hombres... me duele. —Bajé la vista al suelo porque me parecía imposible estar diciéndole todo aquello—. Sé que di por terminado nuestro acuerdo. En ese momento, pensé que era lo mejor, pero te extraño. Echo de menos hablar contigo. Me alejé porque pensé que estaba haciendo lo correcto. No quería que te encariñaras de mí. Pero... creo que ha sido al revés.

Kayden respiró hondo como si le faltara el aliento.

Seguía sin mirarla porque me sentía incómodo diciéndole esas cosas.

—No estoy seguro de lo que quiero, Kayden. Todo lo que sé es que no quiero que salgas con nadie más. No he estado con nadie desde que lo dejamos, así que no tienes que preocuparte por mí.

Sentí su mirada penetrante en mi rostro.

Alcé la vista.

Me dirigió una expresión que nunca había visto antes. Estaba aturdida y fascinada al mismo tiempo.

—¿No has estado con nadie más?

Negué con la cabeza.

Se señaló.

—¿Sólo conmigo?

Asentí.

—No he sentido el impulso de estar con nadie más. Cuando te traje sopa ese día, fue sólo una excusa para verte. Pero me echaste como si no quisieras saber nada de mí. Luego, cuando te vi con el resto de la pandilla, siempre estabas con diferentes tíos... y aun así seguía sin querer salir con ninguna otra mujer. No sé lo que quiero, pero de lo que sí estoy seguro es de lo que no quiero.

Rodeó su cuerpo con sus propios brazos como si tuviera frío.

—Quizás ya sea demasiado tarde. A lo mejor prefieres la vida que llevas ahora, pero si estás interesada... ¿te gustaría salir conmigo? —No podía creer que le estuviera pidiendo una cita. Nunca antes lo había hecho, no con intención romántica. Sentía el corazón acelerado en mi pecho, pues me aterrorizaba que me dijera que no. Puede que me hubiera amado antes, pero, después del daño que le había hecho, era probable que no quisiera saber nada más de mí.

—Me encantaría. —Sus palabras estaban llenas de emoción y estuvo a punto de quebrársele la voz.

—Entonces... ¿dejarás de salir con otros? —No me iba la monogamia, pero quería cerciorarme de que sería el único hombre en su vida.

—Sí —susurró.

Me sentí mejor de inmediato. Todo el peso que soportaban mis hombros desapareció al fin. La tensión en mi pecho se desvaneció y pude encontrar algo de paz. La miré en el otro sofá y sentí crecer el deseo. No había estado a solas con ella en más de un mes. Y ahora estaba a sólo unos metros de distancia.

Me senté junto a ella y le rodeé la cintura con el brazo. Era una sensación agradable, como antes. Parecía que su cintura estaba hecha sólo para mi brazo. La acerqué a mí y apoyé mi rostro contra el suyo.

—No me importa que los demás se enteren. —Tenía que fingir desconocer que Rae lo sabía y me sentía un poco mal, pero Zeke no estaba al corriente y debía decírselo antes de que Rae se me adelantara—. Me da igual si reaccionan mal.

Me mostró su hermosa sonrisa al fin. Sus facciones tristes se suavizaron, desvaneciéndose a medida que la felicidad brillaba en su rostro. Había visto cientos de veces la mirada que me dirigió, aunque nunca me había percatado. Pero esta vez sí me di cuenta.

Y siempre lo haría.

—ESE TÍO NO TE QUITA OJO DE ENCIMA. —NOTÉ QUE MIRABA A JESSIE DE reojo varias veces hasta que pasó a observarla con descaro. No era capaz de apartar la vista. Era del tipo que le gustaban, con piel oscura, cabello oscuro y ojos color café.

Jessie fingió indiferencia junto a mí en la barra.

—¿Dónde?

—A las tres en punto.

—Avísame cuando no esté mirando. —Dio un sorbo a su tercera copa.

Yo ya iba por la cuarta.

—De acuerdo, ahora.

Le echó un rápido vistazo de arriba abajo y volvió a mirar al frente. Lo hizo todo con calma y con una elegancia perfecta.

—Me ha gustado lo que he visto.

Noté que estaba empezando a emborracharme. Me notaba un poco confusa y estaban disminuyendo mis inhibiciones.

—¿Quieres ir a por él?

—No. Me haré la indiferente un rato.

No cuestioné sus acciones. Jessie sabía lo que hacía.

—¿Has visto a alguien que te guste?

No me había molestado en mirar a mi alrededor.

—Zeke no está aquí, así que no veo a nadie que me guste.

—Tía, pasa la noche con alguien. A saber cuánto tardará Zeke en pasar página. Deberías acostarte con alguien mientras tanto. Ya llevas bastante esperando.

Llevaba cuatro meses sin sexo y la sequía me estaba matando.

—No importa las ganas que tenga. Zeke es el único a quien quiero. Aunque este local estuviera lleno de strippers macizos, no sentiría nada.

—Joder, sí que te ha dado fuerte.

—Lo sé. —Suspiré y me encorvé sobre la barra—. ¡Está tan bueno, Jessie! Es que no lo entiendes.

—Tengo ojos —replicó—. Sí, te entiendo.

—Tengo tantas ganas de agarrarlo y besarlo... Quiero montarlo toda la noche. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo perfecto que es?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. —Se bebió de un trago el resto de la copa antes de volverse hacia mí—. Voy a mover ficha. Me da la sensación de que no voy a volver. ¿Podrás llegar a casa sola?

Puse los ojos en blanco.

—Soy adulta. No te preocupes por mí.

—¿Estás segura? Mañana tendrás una resaca tremenda.

—Sé usar el teléfono. Vete, en serio. Ten un orgasmo por mí.

—Eso está hecho. —Me dio un beso en la mejilla antes de alejarse. Se pavoneó hasta su presa, le dedicó una sonrisa y ya era suyo.

Me senté en la barra y pedí otro trago. Llamaba mucho la atención allí sola, pero no me importaba. Me alegré de que Jessie consiguiera un semental esa noche. El único al que yo deseaba estaría seguramente en su casa jugando a algún videojuego.

—Hola, soy Paul. —Apareció un tipo de la nada y me tendió la mano. Se la estreché.

—Hola, Paul. Yo soy Rae.

—Es un nombre precioso para una chica preciosa.

Vaya frase.

—¿Puedo invitarte a otra copa?

—No. —Levanté la mano—. Ya he tomado demasiadas.

—¿Puedo entonces sentarme aquí y verte beber la última?

Parecía un buen tipo, y me sentí mal por rechazarlo.

—Seré honesta contigo. Ahora mismo estoy colgada por otro. No busco nada.

—Entonces, ¿por qué no estás con él?

—No sabe que existo...

—¿Y si te ayudo a que pases página? Podemos acostarnos y por la mañana te habrás olvidado de él.

Otra típica frase más.

—Agradezco la oferta, pero no me interesa. Gracias por hablar conmigo.

—Nos vemos, Rae.

—De acuerdo, Paul.

Se alejó, y miré mi copa con tristeza. Sentía que el alcohol me afectaba y confundía cada vez más. No era capaz de distinguir el tiempo y se me cerraban los párpados. Busqué a Jessie, pero no pude encontrarla. De todas formas, no recordaba su aspecto.

Sabía que tenía que escapar de allí antes de hacer alguna estupidez. Así que salí e hice algo estúpido de todos modos. Llamé a Zeke.

Respondió después de varios tonos.

—Hola, chica pizza.

No me importaba el mote.

—Este es el trato... —Apenas era capaz de hilar las palabras—. Ahora mismo estoy muy borracha en un sitio... y no sé dónde es. Así que...

—Voy de camino. ¿En qué bar estás?

Me di la vuelta y miré con ojos entornados el cartel.

—Voodoodoodoo...

—¿Voodoo? —preguntó riendo.

—No sé... Hay muchas O.

—Llegaré lo antes posible. ¿Estás fuera?

—Sí. Llevo un vestido muy corto y parezco una fulana.

Se volvió a reír.

—Me encanta cuando estás borracha.

—¿Porque puedes aprovecharte de mí? —pregunté esperanzada. Daría lo que fuera por sentir sus labios por todo mi cuerpo.

—Ojalá. Pero soy demasiado bueno.

No sabía con certeza si estaba bromeando o no.

—Aguanta. Enseguida llego.

ZEKE APARCÓ EL JEEP Y ABRIÓ LA PUERTA DEL CONDUCTOR.

—Ya está. —Abrí la puerta del acompañante, pero estuve a punto de caerme en la cuneta.

Zeke se compadeció de mí aguantándose la risa. Me agarró de las caderas y me metió dentro del coche como si no pesara nada. Me protegió la cabeza, deslizándose las piernas sobre el asiento. Incluso tuvo el detalle de abrocharme el cinturón de seguridad.

—No soy una niña.

—Pero caminas como Bambi, así que eres peor que una niña. —Sonrió antes de cerrar la puerta.

Condujo por la carretera, sorteando el tráfico nocturno. Ni siquiera me hizo preguntas.

Sabía que me llevaba a casa, pero no quería ir allí.

—¿Podríamos ir a tu casa?

—¿Por qué? —No apartó la vista de la carretera.

—Es que no quiero ver a Rex. Me gasta bromas cuando estoy borracha.

—¿Cómo aquella vez que te derramó mantequilla derretida mientras dormías?

Jamás olvidaría lo pegajoso que tenía el pelo cuando me desperté por la mañana.

—Sí...

Rio.

—Esa fue bastante buena, admítelo.

Lo fulminé con la mirada.

—Vale. —Encendió el intermitente—. Iremos a mi casa hasta que se te pase la borrachera.

Condujo a su casa cerca de la costa por una carretera aislada. Su patio delantero estaba cubierto de árboles y césped, y la luz del porche estaba encendida. Entró en el garaje y cerró la puerta detrás de él antes de ayudarme a entrar en la casa.

—¿Quieres té? —preguntó—. No viene mal cuando estás pedo. La miel también ayuda a que se pase antes.

—No, no te preocupes. —Me apoyé contra la pared para quitarme los tacones. Tenían tantas correas pequeñas que me resultaba casi imposible. Sólo podía tirar y estuve a punto de torcerme el tobillo.

Zeke se dio cuenta y se arrodilló para ayudarme. Me sostuvo la pierna para que no perdiera el equilibrio mientras me quitaba un zapato. Luego desabrochó el otro y me lo sacó. Tocaba mi cuerpo con delicadeza a pesar de sus fuertes músculos. Entonces se levantó y me miró, con una mirada intensa en sus ojos azules.

Sabía que no era yo misma, y debía actuar de forma razonable. Pero no quería hacerlo. Había pasado la noche en un bar sin poder dejar de pensar en él. No quería dormir en mi propia cama con un perro enorme. Quería compartirla con él.

Contemplé sus labios y me dejé llevar. Quería tocarlo y sentir aquellas manos fuertes sobre mí. Mis inhibiciones eran prácticamente inexistentes, y

en ese momento no me pareció mala idea besarlo.

Así que lo hice.

Enlacé los brazos en torno a su cuello y presioné mi boca contra la suya como había hecho cientos de veces. Mis labios rozaron los suyos antes de fundirse por completo. Eran suaves y carnosos, como esperaba, y en cuanto entraron en contacto con los míos, sentí la química con la que había estado soñando. Me sentía flotar y la realidad se volvía ininteligible. Era como si estuviera en una nube y hubiera subido al cielo.

Rodeé su cuello musculoso y sentí su pulso potente bajo mis manos. La fuerza era palpable en cada centímetro de su cuerpo. Deslicé las manos hasta sus hombros y noté su potencia.

Pero no había nada comparable a sentir su boca sobre la mía.

Zeke me devolvió el beso lentamente, como si hubiera esperado que sucediera. Era evidente que intentaba contenerse para no dar rienda suelta a su instinto. Pero entonces su resistencia se quebró, y sujetándome la cara con su mano cálida, me presionó contra la pared. Me besó con más fuerza, apretando su pecho musculoso contra el mío. Respiró profundamente en mi boca e introdujo la lengua, aumentando la intensidad del beso a los niveles que había deseado durante semanas.

Lo quería entre mis piernas. Quería desabrocharle los vaqueros para que pudiera poseerme en el vestíbulo. Había esperado tanto tiempo a que fuera mío que ya no quería aguardar más. No importaba lo estúpida que fuera la idea. La impaciencia se apoderó de mí.

Pero Zeke le puso fin.

Se apartó y se aclaró la garganta, y pude ver el remordimiento y el deseo en sus ojos. Dio un paso atrás y se aclaró la garganta.

Sentí la frialdad del rechazo extenderse por mi cuerpo. Aquel beso había sido fantástico, incluso estando borracha, y no quería que terminara. No quería que Zeke me rechazara sólo porque me veía como una amiga. Si me diera otra oportunidad, podría lograr que me viera con otros ojos.

—Voy a preparar el té... —Se dirigió a la cocina.

Quería deslizarme al suelo y no volver a levantarme jamás. Pero las baldosas estaban frías, y llevaba un vestido corto. Entré en la sala de estar y me tumbé en el sofá, deseando quedarme dormida y olvidar aquella noche. Para empezar, no debería haber llamado a Zeke.

Lo bueno de aquella situación es que probablemente no lo recordaría por la mañana.

Menos mal.

Cerré los ojos por un momento, y debí quedarme dormida, porque la presencia de Zeke me sobresaltó.

Dejó el té en la mesa, y el vapor ondeaba desde la superficie. Me miró con preocupación antes de sentarse sobre el borde de la mesa y observarme.

Intenté sentarme, pero estaba demasiado débil.

—Lo siento...

—No pasa nada, Rae.

—Es que ahora mismo estoy muy borracha...

—No tienes que dar explicaciones. No tiene importancia.

—Sí que la tiene. —Aquel beso no había sido sólo con intención sexual. Había mucho más detrás.

—Puedo olvidarlo si tú lo haces.

Me estaba dando una salida porque era un buen tipo, pero no estaba dispuesta.

—No quiero olvidarlo...

La expresión en sus ojos se suavizó.

Me deslicé contra el respaldo del sofá y di unos golpecitos al cojín a mi lado.

—Tumbate conmigo.

Sopesó la sugerencia antes de quitarse los zapatos y acomodarse a mi lado.

Le rodeé el cuello con el brazo y enlacé la pierna en torno a su cintura,

dando rienda suelta a mis deseos pese a la forma en que había interrumpido el beso.

Él no me apartó. Agarró la manta que colgaba sobre el respaldo del sofá y nos cubrió con ella, ocultando la mitad inferior de nuestros cuerpos. Luego me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia sí, con el rostro a solo centímetros del mío.

Me sentí en el paraíso.

Y puede que fuera incluso mejor que el beso.

Había fantaseado con un momento así en el trabajo. Me había imaginado a los dos tumbados juntos en el sofá con el televisor de fondo, mientras la lluvia golpeaba la puerta del patio. Me había imaginado a Safari tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Eso era lo que quería hacer todos los días.

Cuando cambió de postura, pude sentir la definición de su polla a través de sus vaqueros, rozando mis caderas. Era gruesa, larga y grande, justo lo que esperaba que se ocultase bajo sus pantalones. Debía saber que me daría cuenta, porque era demasiado grande para ignorarla.

Era evidente que me deseaba.

Aún se sentía atraído por mí.

Había esperanzas.

—Zeke, ¡estás tan bueno! —No habría soltado aquello ni en un millón de años sin beberme antes tres té helados *Long Island* con dos gotas de limón.

Respondió con voz profunda y queda.

—Tú también estás buena, Rae.

—Pero a mí me parece que estás buenísimo, joder. —Sonrió con los ojos en lugar de con los labios—. Esta mañana en la ducha pensé en ti. ¿Puedes superarlo?

Se me tensó el coño al instante.

—Sí que puedo. Porque pienso en ti todas las noches.

Me dirigió una mirada ardiente y me abrazó más fuerte. Acercó su rostro al mío, pero no me besó.

—¿Qué me estás haciendo?

—No lo bastante.

Me rozó las mejillas con los labios antes de besarme la frente.

—Cierra los ojos y duérmete.

Lo último que quería era dormirme.

—Normalmente no soy así...

Me miró fijamente sin entender lo que quería decir.

—No me arrojé a los brazos de alguien, así como así. Cuando fui al bar con Jessie, sólo podía pensar en ti. Nunca he deseado tanto a alguien a quien no puedo tener.

Me acarició lentamente el cabello y pensé que volvería a besarme.

—Puedes tenerme, Rae. Pero no esta noche.

—¿Por qué?

—Porque por la mañana no te acordarías.

ME DESPERTÉ CON LA PEOR MIGRAÑA QUE HABÍA TENIDO JAMÁS.

Por suerte, había dos pastillas en la mesa junto a un vaso de agua. Me las eché a la boca y casi me atraganto con el agua. Me senté erguida y sentí que el dolor de cabeza aumentaba con cada movimiento.

Maldición, ¿qué había pasado anoche?

Zeke se acercó con un plato en la mano. Lo puso sobre la mesa, y fue entonces cuando vi la tortilla vegetariana.

—Tuviste una noche difícil.

—Sí... Eso pensé. —Me acerqué el plato—. Gracias por el desayuno. Ha sido muy amable por tu parte.

—Por supuesto. —Se sentó a mi lado sin dejar de mirarme.

—¿Qué? —pregunté sin apartar los ojos de la comida.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor.

Seguía mirándome.

—¿Recuerdas algo de anoche?

—¿Por qué? ¿Hice alguna estupidez? —Me comí media tortilla antes de mirarlo.

Me sostuvo la mirada.

—No. Me llamaste y me pediste que te recogiera. No sabía si lo recordabas.

—Pues la verdad es que no. Pero imaginé que sería eso al despertarme en tu sofá.

Se apoyó en el respaldo y esperó a que terminara el desayuno.

—Siento haberme quedado a dormir en tu sofá anoche.

—No pasa nada. Sabes que mi sofá lleva tu nombre escrito.

—Gracias —dije con una sonrisa. Terminé de desayunar y limpié los restos del plato—. Desapareceré de tu vista y me iré a casa en un Uber. —Metí el plato en el lavavajillas y cogí mis zapatos de la esquina.

—No me importa llevarte a casa. —Zeke me siguió, con pantalones de chándal y una camiseta de los Marineros.

—No pasa nada. Ya has hecho bastante por mí. —Quería despedirme con un abrazo, pero sería incómodo hacerlo tan de repente. Lo había llamado para que me recogiera la noche anterior. Era obvio que mis sentimientos hacia Zeke influían en mi comportamiento.

—¿Estás segura? No me importa, de verdad.

—No te preocupes. Seguramente iré a casa de Jessie para que me cuente qué pasó anoche. Nos vemos.

Esta vez no insistió.

—De acuerdo. ¿Almorzamos juntos mañana?

Mi jornada laboral era mucho mejor cuando quedaba a almorzar con él.

—Sí, claro.

—Te mandaré un mensaje con el lugar.

—De acuerdo. Adiós.

—Adiós. —Me vio marchar antes de cerrar la puerta.

REX

ZEKE SE SENTÓ FRENTE A MÍ Y LE PIDIÓ UNA CERVEZA AL CAMARERO. LAS alitas ya estaban sobre la mesa, así que cogió algunas y las masticó como si todo fuera perfectamente normal.

—¿Rae se quedó a dormir anoche en tu casa? —Traté de evitar un tono acusador en mi voz, pero tuve que armarme de determinación para conseguirlo. Cuando Rae me dijo que se había quedado a dormir en su casa, no pude preguntarle nada por el acuerdo al que habíamos llegado. Pero nada me impedía interrogar a Zeke.

—Sí. —Cogió unas cuantas alitas más y siguió comiendo.

—¿Eso es todo? ¿No vas a darme más detalles?

Con expresión seria, dejó de comer y dijo:

—Lo haré cuando me cuentes lo de Kayden.

Cerré la boca inmediatamente.

Me miró con expresión acusadora.

—Sí, Rae me lo contó. No tú, sino Rae.

—Deja que te lo explique...

—Sí, más te vale.

Se lo conté todo desde el principio hasta llegar al presente.

Me dirigió la misma expresión sin vida.

—¿Y pensaste que era buena idea?

—Se ofreció ella misma. ¿Se supone que debía negarme?

—Sí, idiota.

—Como si tú fueras a hacerlo si Rae se te pusiera en bandeja.

—Lo hice anoche —replicó.

Kayden se esfumó de mi mente al oírlo.

—Oye, retrocedamos... ¿Qué sucedió?

—Se me insinuó varias veces anoche. Estaba muy borracha y suele volverse agresiva cuando bebe. Me besó y le paré los pies. Eso es todo.

Di un puñetazo en la mesa.

—¿Y ya está? Te has besado con Rae por primera vez.

—No.

—Entonces, ¿la habías besado antes? —Resoplé enfadado.

—No. —habló con tono aburrido—. No cuenta.

—Pues claro que cuenta, joder.

—No, porque ella no lo recuerda.

—Ah... ¿Se despertó esta mañana y se le había olvidado?

Asintió.

—Estaba pedo, tío. No iba a hacer nada con Rae en ese estado. No me malinterpretes, me sentí halagado. Ni en mis más locos sueños esperaba que Rae... —Dejó de hablar al ver mi expresión de enfado—. Pensé que no era la mejor forma de empezar, y como no recordaba nada a la mañana siguiente, resultó aún más fácil. Podemos seguir como hasta ahora y cuando esté preparado, lo intentaré con ella.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Pronto. —Fue todo lo que dijo.

—Ya hace casi un mes desde que se fue Rochelle. Creo que ya has esperado bastante.

—Sí, creo que debo hacerlo. Pero quiero que sea en el momento adecuado, ¿sabes?

—Seguro que Rae también está esperando ese momento.

—Sí, es muy probable —dijo.

—Qué curioso —dije—. Sentís algo el uno por el otro, pero no lo sabéis.

—Sé que siente algo por mí —me corrigió.

—Sí, pero desconoce lo que sientes por ella.

—Y que así sea —dijo—. No se lo has dicho, ¿verdad?

—No. —Hice el gesto de sellar mis labios—. Y por eso debes perdonarme lo de Kayden.

Me lanzó una mirada asesina.

—Me has mentido durante seis meses. Eso no va a bastarte si quieres que te perdone.

—Venga. Era una situación complicada.

—Me lo podrías haber dicho, aunque fuera difícil. ¿Y ahora qué? ¿Estáis saliendo? —Tomó un puñado de patatas fritas y se las echó al plato, rociándolas de ketchup.

—Le dije que si quería ir a cenar conmigo. Yo no lo llamaría salir. Es sólo que no quedamos con nadie más.

Zeke me miró con la misma expresión que me dirigía siempre.

—Estáis saliendo.

—En realidad no. Sólo quedamos con exclusividad.

—Estáis saliendo.

—Que no, joder. No nos estamos acostando.

—¿No? —preguntó sorprendido.

—No. Esta vez quiero adoptar un enfoque diferente.

Sonrió.

—Entonces estáis saliendo.

—Que te calles, tío.

—Sólo te digo las cosas como son. No es culpa mía que no quieras aceptar la realidad.

Al pensar en su definición de salir, me di cuenta de que podía usarla contra él.

—Entonces Rae y tú estáis saliendo.

—¿Por qué?

—No quedáis con nadie más. Sentís algo el uno por el otro, pero no os acostáis con otras personas. Está clarísimo, estáis saliendo.

Analizó mis palabras mientras masticaba un puñado de patatas fritas.

—Supongo que no estás saliendo con Kayden.

—Toma ya, imbécil.

—Pero ¿cuenta si ella no lo sabe? —preguntó—. Porque aún desconoce lo que siento por ella. Así que... creo que te equivocas.

Tenía razón y lo sabía.

—Maldita sea...

—Lo siento, tío. Ten más suerte la próxima vez.

LLEGUÉ A LA PUERTA DE KAYDEN CON UN RAMO DE FLORES. LAS VI EN EL escaparate de la tienda cuando iba de camino a su apartamento, así que pensé en llevárselas para causarle buena impresión. Debía hacer borrón y cuenta nueva.

Cuando abrió la puerta, se formó en sus labios la sonrisa más grande que había visto jamás.

—Oh, son preciosas. —Las cogió enseguida para olerlas—. Muchas gracias...

Al ver lo feliz que la había hecho un gesto tan sencillo me sentí fatal. Podría haberla tratado mejor si me hubiera esforzado un poco. Pero había sido un imbécil que había pisoteado su corazón.

—De nada. ¿Estás lista para cenar?

—Sí. —Puso las flores en un jarrón con agua y cogió su bolso. Llevaba leggings y una blusa larga encima. Su atuendo destacaba sus preciosas curvas y el color armonizaba con su tono de piel. Estaba perfecta, como siempre.

Sabía que debía decírselo.

—Estás... muy... sí. —Fue lo mejor que acerté a decir. Estaba nervioso porque nunca lo había hecho antes, y ya me la estaba jugando por haber fastidiado las cosas.

Comprendió que era lo máximo que podía hacer.

—Gracias. Tú estás muy guapo, como siempre.

Ella lo había dicho, ¿por qué yo no era capaz?

—Gracias.

Fuimos a una cafetería italiana a pocas manzanas de su apartamento. Era agradable, pero no demasiado elegante. No quería que nuestra primera cita fuera demasiado intensa porque ya me sentía incómodo. Notaba la presión sobre mis hombros, y ella también debía ser consciente.

Leyó el menú detalladamente.

Yo no tenía apetito, así que elegí lo primero de la lista.

Cuando vino el camarero y tomó nota, nos dejó solos.

Ella solía ser la que se sentía incómoda cuando estábamos solos juntos, pero ahora era al revés.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien, pero creo que tendré que dejarlo pronto.

—¿Por qué?

—El director ha dicho que cerrarán la biblioteca a finales de este año. No hay suficientes ingresos para mantenerla abierta. La gente ya no va a las bibliotecas. Todo es digital.

—Vaya, lo siento mucho.

Se encogió de hombros.

—No pasa nada. Encontraré otro trabajo. Tengo tiempo de sobra para buscar.

—Aun así, me siento mal por ti. Sé que te encanta ese sitio.

—Bueno, me encanta estar rodeada de libros todo el día. Pero siempre puedo estarlo al volver a casa.

Quería decir algo para que se sintiera mejor, pero no se me ocurría nada.

—¿Qué tal Groovy Bowl?

—Bien —respondí—. Las cosas van bien desde que reabrimos hace unos meses. Al principio creía que se llenaba por la novedad, pero ahora es lo habitual.

—Es genial, Rex. —Pude ver en su sonrisa que estaba orgullosa de mí. Me encantaba esa sonrisa.

—Gracias. Me alegro mucho de que Zeke y Rae me ayudaran. No habría llegado hasta aquí sin ellos.

—Son muy buenos amigos, no hay duda.

Al pensar en su situación en la biblioteca, se me ocurrió una idea.

—¿Por qué no abres tu propia librería? Una que incluya cafetería. Hay muchos estudiantes universitarios por la zona que agradecerían el Wi-Fi y el café.

—Ah, no sé. No me veo montando un negocio.

—Yo tampoco sé mucho de negocios —dije—. No es tan difícil como parece.

Se encogió de hombros.

—No quiero tratar con clientes y preparar café. Sólo me interesan los libros.

—Podrías contratar a gente para que se ocupara de esas cosas. Sólo supervisarías la tienda, organizarías las firmas de libros, decorarías y decidirías qué libros poner en las estanterías, cosas así. No tiene que ser muy grande.

—Por muy pequeña que sea, me sigue pareciendo ambicioso.

—Reconoce lo que vales, Kayden. —Cuando se decidía a hacer algo, siempre lo lograba. No tenía mucha confianza en sí misma, pero eso no significaba que no fuera competente—. No tengo duda de que harías un buen trabajo.

Se encogió de hombros con modestia.

—Me lo pensaré. Pronto tendré que buscar una alternativa...

Se me ocurrió una idea, aunque era un poco descabellada.

—¿Y si trabajas para mí?

—¿En Groovy Bowl? —preguntó riendo.

—¿Por qué no? —pregunté—. Podrías ser gerente y supervisar el trabajo. Además, podríamos liarnos en la oficina... —Moví las cejas de forma sugerente.

Se rio con más fuerza.

—No tengo ni idea de jugar a los bolos.

—Yo tampoco. Podría ser algo temporal hasta que descubras qué quieres hacer.

—Es verdad. Bueno, gracias por la oferta.

—De nada. Pero espero que vayas más allá... si sabes a lo que me refiero.

Puso los ojos en blanco.

—Claro que sí, Rex. No esperaría menos.

DESPUÉS DE CENAR, TOMAMOS HELADO Y LA ACOMPAÑÉ A CASA. EL comienzo de la noche había sido incómodo debido a todo lo que habíamos pasado. Aunque no quería, seguía imaginándome a todos los tipos que se había llevado a su casa. Nada de eso habría sucedido si hubiera reaccionado antes.

Me sorprendió lo mucho que nos divertíamos, teniendo en cuenta que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Era como conocerla otra vez desde el principio, pero de una forma diferente. Aún estaba tensa en mi compañía, pero al final de la noche, se mostraba más relajada y era ella misma.

No recordaba la última vez que me había divertido tanto.

La acompañé hasta su puerta y sentí que la polla se me endurecía dentro de los vaqueros. Pasar la noche con ella hizo que quisiera terminar la velada

de forma inolvidable. Pero algo dentro de mí me retuvo. La había invitado a salir porque quería algo más que una relación física. Si quería hacer las cosas bien, teníamos que ir más despacio.

—Gracias por salir conmigo.

—Gracias por llevarme... —Me observó como si esperara que le diera un beso.

Quería abrazarla, pero hasta ese gesto me parecía demasiado sexual.

—Me gustaría volver a salir contigo. —No quería que pensara que no iba a volver a llamarla. Quería una relación larga con ella, pero ir tan despacio como fuera posible.

—Yo también.

—Te llamaré mañana.

No pudo ocultar su sorpresa al ver la extraña despedida.

—¿Quieres entrar?

Era lo que más deseaba.

—Quiero que esta vez las cosas sean diferentes.

Asintió como si comprendiera mis palabras.

—No quiero que nos limitemos a acostarnos. Quiero más.

—Yo también.

—Así que... vayamos despacio.

—De acuerdo.

Un beso no sería muy intenso, ¿verdad? La agarré de la cintura e inmediatamente sentí aquella intimidad familiar. Tenía caderas femeninas y una cintura hermosa y estrecha. No era exactamente como la recordaba debido a la pérdida de peso que había sufrido, pero seguía siendo perfecta.

Presioné mi frente contra la de ella y la abracé, olvidando el beso porque el abrazo era igual de bueno. Cerré los ojos al sentir los latidos de su corazón contra mi pecho. Sonaban desbocados, una clara muestra de que sus emociones estaban fuera de control.

La acerqué más a mí, sintiendo que mi respiración se aceleraba a medida

que el deseo me invadía. Había dado por sentada nuestra relación en el pasado, pero nunca volvería a hacerlo. Hasta que perdí a Kayden no me di cuenta de que tenía el amor de una mujer extraordinaria. Fui demasiado estúpido para darme cuenta entonces, pero ahora lo veía claro.

—Lo echaba de menos... —Sus palabras desaparecieron en la tela de mi camisa.

La estreché por la cintura con más fuerza, apoyando la barbilla en su cabeza. Nos quedamos solos en el pasillo, abrazados e ignorando el paso del tiempo.

—Yo también lo echaba de menos.

ME PUSE EL VESTIDO QUE ME HABÍA PRESTADO JESSIE Y LOS TACONES NEGROS a juego, poniendo especial cuidado en el peinado. Nunca empleaba mucho tiempo en arreglarme, pero esa noche tiré la casa por la ventana. Me ricé el pelo, pulverizando encima medio bote de laca para que aguantara toda la noche y durara hasta la mañana siguiente.

Estaba harta de esperar a mover ficha con Zeke.

Más que harta.

Me encantaba, y la obsesión por él no hacía más que empeorar. Cuando almorcé con él el día anterior, quise saltar sobre la mesa y montarlo como si me perteneciera. Cuando dormí en su casa, quise despertarme desnuda en su enorme cama.

No podía contener esos sentimientos por más tiempo.

Si me rechazaba, dolería. Pero si no... podría irme a su casa con él.

—Estás muy sexy. —Jessie entró en mi dormitorio y me observó de arriba abajo con una mirada de aprobación—. Sabía que te quedaría perfecto. Te hace unas tetas increíbles y unas piernas kilométricas.

Un comentario así resultaría raro si viniera de alguien que no fuera Jessie o Kayden. Pero como eran mis mejores amigas, podían decir lo que quisieran y salirse con la suya.

—Gracias.

—¿Vas a lanzarte esta noche? —Se sentó en mi cama y vio cómo me arreglaba en el espejo del tocador.

—Sí. —Me apliqué una capa de brillo labial y me arreglé el pelo—. Para bien o para mal.

—Le va a costar mucho rechazarte, eso está claro.

Kayden llamó a la puerta antes de entrar.

—Hola... —Sus labios se curvaron en una enorme sonrisa—. Rae ha recuperado su chispa.

—¿Te gusta? —Me di la vuelta y posé para ella.

—Sí, pero ¿sabes a quién le va a gustar mucho? —dijo Kayden—. Al macizo de Zeke.

—Dios, eso espero. —Tras un último vistazo en el espejo, me di la vuelta—. Muy bien, ¿algo que objetar?

Jessie me miró de arriba abajo e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estás perfecta.

—Más que perfecta —asintió Kayden—. Si Zeke no te desea, es que es gay.

—Estoy segura de que no lo es —dije—. Así que tengo muchas posibilidades.

—Pues vámonos. —Jessie cogió mi bote de perfume y me lo roció por el vestido.

—Eh, ¿cómo? —Le aparté la mano.

—Debes asegurarte de que hueles bien por todas partes —me recordó Jessie—. Han sido cuatro meses de abandono ahí abajo. A saber qué ha podido pasar con tanto descuido.

—Lo tengo bien —dije—. Pero gracias por preocuparte.

—¿Te has afeitado? —preguntó Kayden.

—Aún mejor —dije—. Me hice la cera esta mañana, de la cabeza a los pies.

Jessie levantó el pulgar en mi dirección.

—Hoy va a haber tema. Porque si Zeke te rechaza, nos aseguraremos de que te acuestes con alguien.

CUANDO LLEGAMOS AL BAR, ZEKE Y REX YA ESTABAN ALLÍ. ESTABAN JUNTO a una de las mesas altas con sus cervezas sobre posavasos. Había un partido en los televisores, así que no despegaban los ojos de la pantalla.

—Rae, ve tú primero para que Zeke te vea en todo tu esplendor. —Jessie me dio un codazo.

—Pavonéate —dijo Kayden—. Y mucho.

—Sé andar, chicas —susurré.

—Pues anda de forma sexy —dijo Jessie.

—No sé cómo se hace —dije—, pero puedo intentarlo. —Me acerqué a la mesa con el bolso debajo del brazo.

Cuando Zeke vio de reojo que me acercaba, se volvió para mirarme de frente. En lugar de dirigirme su típica sonrisa, sus ojos se oscurecieron de deseo. Contempló mi cuerpo, observando primero el maquillaje de ojos y labios y el vestido corto que llevaba hasta llegar a los tacones negros.

Se limitó a mirarme sin pronunciar palabra.

Creo que lo clavé.

Rex me miró con indiferencia, como de costumbre. Entonces vio a Kayden y le dirigió una mirada similar a la de Zeke conmigo, silbando por lo bajo.

—Joder, mujer. ¿Pretendes que me dé un infarto?

—¿Un infarto? —preguntó Kayden.

—Sí —dijo Rex—. Porque la mayoría de la sangre se me ha ido a cierta zona del cuerpo.

Estaba demasiado ocupada mirando a Zeke como para preocuparme por lo que acaba de decir mi hermano. A Zeke le gustaba mi aspecto con aquel

vestido, pero a mí me gustaba el suyo aún más. Llevaba una camiseta verde oscuro que se ajustaba a sus pectorales. Sus brazos bien definidos destacaban bajo la tela y, al ver sus fuertes manos, deseé sentir las sobre mi cuerpo. Llevaba unos vaqueros negros de talle bajo, y no pude evitar imaginarme lo que se ocultaba tras ellos.

El hecho de que ni siquiera intentara parecer sexy lo hacía aún más atractivo. No se había peinado. Se había secado el pelo con una toalla al salir de la ducha y listo. Era lo bastante sexy como para aparecer en un calendario de bomberos, pero no poseía la arrogancia de alguien tan atractivo.

Maldita sea, era perfecto.

Zeke continuó mirándome, sin saludarme como haría habitualmente.

Yo tampoco dije nada. Me había quedado sin palabras.

El resto de la pandilla hablaba como de costumbre.

Rex rodeó a Kayden por la cintura.

—Sé que esto puede resultaros extraño, pero Kayden y yo estamos saliendo. Entendemos los riesgos que puede suponer para nuestra amistad y para el grupo, pero es nuestro deseo. Esperamos que podáis aceptarlo.

No aparté la vista de Zeke.

Él tampoco dejó de mirarme.

—Como quieras, tío.

—¿Es que ni siquiera nos vais a mirar? —exigió Rex.

Suspiré antes de volverme hacia mi hermano.

—Enhorabuena. Tienes novia. Bien por ti.

—Oye, yo no he dicho nada de novia. —Rex dejó caer la mano—. Sólo estamos saliendo.

—Y no salís con nadie más —dijo Zeke—. Es tu novia, admítelo.

—Tiene razón —dijo Kayden—. Soy tu novia y más te vale llamarme así.

Rex no rebatió sus palabras.

—Vale, genial.

Jessie se rio.

—Ya te has convertido en un calzonazos.

—No soy un calzonazos —replicó Rex.

—Lo eres, tío —dijo Zeke—. Pero ¿sabes qué? No pasa nada. Los hombres somos más felices cuando somos calzonazos.

—¿En serio? —preguntó Rex sorprendido.

—Sí. —Zeke asintió antes de mirarme—. ¿Puedo traerte una copa?

Sentí mariposas en el estómago.

—Claro. Un *lemon drop*.

—Ahora mismo vuelvo. —Dejó su cerveza en la mesa antes de ir a la barra al otro lado del local.

Jessie me sonrió cuando él estuvo lo bastante lejos como para no oírnos.

—Se le cae la baba contigo.

—¿Sí? —Al sonreír, noté que me sonrojaba.

—Se quedó sin habla cuando te acercaste a él —dijo Jessie—. No sabía ni qué decir.

Kayden y Rex estaban absortos en su propia conversación, susurrando en voz queda.

—Se quedó callado, ¿no? —dije.

—Porque toda la sangre se le fue a esa enorme polla que tiene —dijo Jessie—. Seguramente no sería capaz ni de pensar.

Lo vi volver con mi copa en la mano.

—Shh... Haz como si nada.

—Oh, venga —dijo Jessie—. Como si Zeke no supiera que tiene la polla grande.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Míralo. Hay veces que es evidente.

—Tendrás que enseñarme ese don tuyo cuando salgamos juntas.

—Ja —dijo—. Me llevaré el secreto a la tumba.

Zeke volvió a la mesa y dejó el *lemon drop* junto a mí.

—Aquí tienes. También te he traído uno a ti, Jess. —Dejó la bebida a su lado.

—Ah, gracias. —Jessie tomó la copa por el fuste y dio un largo trago—. Eres siempre tan bueno...

—¿Y qué hay de Kayden? —exigió Rex—. ¿No le has traído nada?

Zeke lo miró con una expresión de reproche.

—Creo que su *novio* debería ser quien le trajera la bebida.

—Oh, mierda —dijo Rex por lo bajo—. Ni siquiera se me había ocurrido.

Zeke hizo señas hacia la barra como si fuera un código secreto entre ellos.

Rex entendió lo que quería decir.

—Ah, sí. ¿Qué te apetece?

—Yo también tomaré un *lemon drop* —dijo Kayden—. Y gracias.

—Ahora vuelvo. —Rex levantó el pulgar en su dirección antes de dirigirse a la barra.

Zeke no dejaba de observarme ahora que ya no había más distracciones. La mirada que me dirigía era diferente a las demás. Estaba llena de intensidad, incluso de desesperación.

O tal vez sólo era una ilusión por mi parte.

—Estás espectacular. —Dirigió la vista hacia mis muslos, donde terminaba el vestido unos centímetros por encima de la rodilla.

—Gracias. Tú también.

—No creo que estemos al mismo nivel, pero gracias.

Di un sorbo a mi bebida para tener algo que hacer. De repente me puse nerviosa, y sentí calor y frío por todo el cuerpo. Sólo podía imaginarme mi boca devorando la suya, chupando su labio inferior antes de buscar su lengua y enredarla con la mía. Quería aquel hermoso cuerpo sobre el mío en la oscuridad de su dormitorio, y oír el sonido del cabecero golpeando la pared mientras me embestía sin piedad.

Necesitaba entrar en acción. No me iría a casa sin él.

Solo tenía que decidir cómo hacerlo.

LOS CHICOS SE FUERON A LA ESQUINA A VER EL FINAL DEL PARTIDO. HABÍA empate y comenzaba la prórroga. La mayoría de la gente del bar se apiñaba en torno al televisor para ver de cerca el resultado final del partido.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Kayden.

—Claro que sí —dije—. Aunque no sé cómo.

—Sólo dile que quieres volver a su casa —dijo Jessie—. Y tachán. Victoria.

—Como Zeke es mi amigo, es complicado. —No podía enrollarme con él sin ningún tipo de explicación—. Estaba pensando decirle que me gusta desde hace unos meses, que quiero dar ese paso. Y que si a él le parece bien... lo haré.

—Demasiadas palabras —dijo Kayden.

—Estoy de acuerdo —dijo Jessie—. El romance es mucho mejor cuando la gente se calla.

—Pues sería muy incómodo besarlos de buenas a primeras si no le gusto. —Hacer algo estúpido podría afectar a nuestra amistad, y la valoraba demasiado.

—Cállate —dijo Jessie—. A él se le cae la baba contigo.

—Así es —dijo Kayden— ni siquiera trata de ocultarlo.

—Aun así... Es mejor no asumir nada. —Buscaba una excusa porque estaba nerviosa. Había ligado antes con chicos y no había tenido problema en dar yo el primer paso, pero este era el primer chico que me importaba de verdad. No era sólo un tío bueno. Era el hombre más guapo, dulce y maravilloso del planeta.

—Pues cuando vuelva, ve a por él —dijo Jessie—. Kayden y yo nos iremos a la barra o a donde sea para daros privacidad.

Bebí lo que me quedaba de la copa.

—Está bien. Hagámoslo. —Me volví hacia la esquina donde estaban

Zeke y Rex. Había una morena al lado de Zeke hablando con él. Llevaba un vestido azul ceñido y era muy guapa.

—Eso no significa nada. —Jessie podía leer mis expresiones como un libro abierto.

Pero ellos siguieron charlando. Y Zeke incluso se rio con algo que dijo. El partido había terminado, pero seguía charlando con ella.

Me estaba poniendo nerviosa. ¿Había perdido mi oportunidad?

—No significa nada —dijo Kayden—. Sólo está siendo amable.

—Chicas, no hagáis como que no es guapísima —les dije de malos modos—. No se limita a ser amable con ella.

Ella y Zeke se separaron de la gente y continuaron hablando. Estaba en su línea de visión, pero no alzaba la vista para mirarme. Sostenía la cerveza en la mano y continuaba escuchándola hablar. No parecía que fuera a volver.

—Joder, ¿por qué siempre me pasa lo mismo? —Me agarré a la mesa para apoyarme—. No lo quiero cuando puedo tenerlo, pero ahora que lo deseo de verdad, no me quiere a mí.

—Todavía no lo sabemos... —Jessie dejó de hablar cuando vio a la mujer tocar el bíceps de Zeke—. Vale... Quizás tengas razón.

No eran sólo celos. Estaba enfadada por no haber hecho nada antes, cuando había tenido la ocasión. En vez de asegurarme de que Zeke había tenido tiempo para superar lo de Rochelle, tendría que haber ido a por todas.

Ahora me arrepentía.

—Disculpadme. —Cuando abandoné la mesa, Zeke me miró. Sus ojos se clavaron en los míos mientras la mujer continuaba restregando su cuerpo seductor contra el de él. Fingí que no me importaba lo más mínimo y me dirigí al pasillo donde estaban los baños.

Para mi desgracia, había una cola de mujeres pegadas a la pared esperando para entrar. No podía volver, así que me apoyé contra la pared cerca del baño de los hombres, buscando un poco de intimidad. Traté de calmar el horror que sentía en el corazón.

«No tienes derecho a estar celosa».

«No pasará nada».

«Hay más tíos en el mundo».

«No, no hay más tíos. Él es el adecuado».

«Dios, ¿acabo de perder lo mejor que podía haberme pasado en la vida?»

¡Lo deseaba tanto!

Sentí lágrimas en los ojos. Eran cálidas, y el escozor que provocaban me hacía sentir peor. Lloré cuando Ryker me dejó porque tenía el corazón roto. Pero nunca había llorado por un hombre con el que no había estado. Esa era la prueba de que mis sentimientos por Zeke eran más fuertes que cualquier otra cosa que hubiera sentido en mi vida.

Y eso sólo hizo que me sintiera peor.

Y totalmente desesperanzada.

Tomé aire y contuve las lágrimas. Tenía que salir de nuevo y fingir que no pasaba nada. Si dejaba que las lágrimas corrieran, se me hincharían y enrojecerían los ojos. Serían una señal inequívoca de que me pasaba algo.

Justo cuando me había secado los ojos con los dedos para arreglarme el maquillaje, Zeke entró en el pasillo. Examinó la zona como si estuviera buscando a alguien. Entonces sus ojos se posaron en mí, su objetivo.

Fue un suspiro. Recé por que no se hubiera dado cuenta de la hinchazón de mis ojos. Ojalá no hubiera visto lo destrozada que estaba por haber visto a una mujer tocándolo. Era obvio que estaba loca por él. Sólo esperaba que no fuera evidente para él.

Caminó hacia mí despacio, tomándose su tiempo a pesar de la determinación en sus ojos. Se acercó a mí, presionándose contra la sólida superficie de la pared. Pegó su pecho al mío y escasos centímetros separaban nuestras bocas.

No sabía qué estaba pasando, pero creo que me gustaba.

Me cogió las manos, entrelazó sus dedos con los míos y los acercó a la pared mientras se apretaba más contra mí.

Ahora no podía respirar.

Acarició mis labios con los suyos, provocándome. Era la calma que precede a la tormenta, la pausa antes de la caída. Volvió a rozarme los labios antes de lanzarse y besarme con fuerza.

Oh, Dios.

Me succionó el labio inferior antes de fundir su boca con la mía. Cada beso era deliberado, mágico. Su respiración en mi boca era de una intensidad similar a la mía. Su pecho subía y bajaba con cada aliento, y un quedo jadeo escapó de sus labios cuando sintió mi boca en la suya.

Luché contra la presión de sus manos porque quería tocarlo, recorrer con mis manos todo ese cuerpo musculoso. Pero él no me dejaba moverme. Me aprisionó con más fuerza contra la pared, manteniéndome en esa posición y profundizó el beso.

Yo era su prisionera. Su propiedad. Su chica.

Y lo sabía.

Sus dedos se apretaron en torno a los míos y me besó en ese oscuro pasillo, sin importarle la gente de la cola o los hombres que salían del baño y se dirigían a la barra. Sus caderas se apretaron contra las mías y frotó su enorme miembro contra mí a través de los vaqueros.

¿Era un sueño?

Me besó largo rato, sin frenar el ritmo ni la intensidad, de forma apasionada, haciéndome sentir como si no me hubieran besado antes. Nuestro beso era único, perfecto.

Al fin se apartó y presionó su rostro contra el mío.

—Rae, soy tuyo. Y tú siempre has sido mía.

EN CUANTO CERRÓ LA PUERTA, VOLVIÓ A RECLAMAR MIS LABIOS. ME BESÓ con la misma intensidad de antes, y esta vez me alzó sujetándome por las

nalgas y me apretó contra su cintura. Me llevó por el pasillo hasta su dormitorio.

Nunca había estado allí, pero no me molesté en mirar alrededor. Todas las luces estaban apagadas y sentí las sábanas en mi espalda cuando me depositó en la cama.

Inmediatamente se quitó la camiseta y la tiró al suelo.

Oh, Dios mío.

¡Era tan perfecto!

Mío. Todo para mí.

Parecía una escultura perfecta y hermosa, y cada vez que se movía, sus músculos se ondulaban. Era esbelto, pero bien tonificado. Me agarró del tobillo y me quitó el zapato de tacón con un movimiento rápido. Volvió a hacer lo mismo con el otro. Cuando me quedé descalza, apoyó uno de mis pies en su pecho, se inclinó y me besó el tobillo.

—Ooh... —No pensaba que mi tobillo fuera a ser una zona erógena, pero él la había convertido en una.

Hizo lo mismo con el otro y apretó ambos pies contra su enorme pecho. Sentí el latido de su corazón en mis talones, fuerte y poderoso.

Clavé mis dedos en su piel, sintiendo un calor abrasador. Estaba tan tremendamente bueno que me volvía loca. Mi coño estaba ya empapado, y deseaba tener ese enorme paquete dentro de mí enseguida.

Con mis pies aún apoyados en su pecho, se desabrochó los vaqueros y se los bajó hasta los tobillos. Se quitó de una patada los zapatos y los calcetines y luego los pantalones negros. Sólo llevaba los bóxers, oscuros en comparación con su piel clara y perfecta. Agarró el elástico de los calzoncillos y palpó la tela con la punta de sus dedos, mirándome todo el rato con sus ojos azules.

«Quítatelos».

«Vamos, quítatelos».

Se los bajó por sus musculosos muslos, mientras su enorme pene

asomaba orgulloso.

Me mordí el labio inferior.

—Guau...

Se los acabó de quitar y se quedó desnudo. Su lubricación natural brillaba en la punta mientras me contemplaba en su cama.

Nunca me había sentido tan feliz de estar viva.

Sus manos se deslizaron por mis muslos hasta que llegaron a mis caderas. Frunció la tela de mi vestido y lo subió hasta la cintura, dejando expuesto mi ombligo. Mis pies seguían fijos en su pecho.

Sus dedos encontraron la tela de mi tanga. Agarró con firmeza el elástico, bajándomelo con fuerza por los muslos hasta las rodillas. Lo dejó ahí colgando, porque mis pies seguían aferrados a él. Volvió a agarrarme el trasero con rudeza, arrastrándome hacia el borde de la cama.

—Mía. —Se arrodilló en el suelo y me levantó las piernas sobre los hombros, con el tanga aún entre las rodillas. Movié su rostro entre mis piernas y me acarició el clítoris con la lengua.

—Dios... —Arquee la espalda y agarré las sábanas junto a mí, a sabiendas de que aquel momento era mejor que cualquier fantasía que hubiera podido tener antes. ¡Sus movimientos eran tan suaves y él era tan sexy! Podría haber estado haciendo aquello cada noche durante años si hubiera abierto antes los ojos, joder.

Me chupó el clítoris, recorriéndolo agresivamente con la lengua. Poco después lamió mi orificio antes de meter la lengua. No necesitaba más preámbulos porque ya estaba preparada. Llevaba preparada desde que lo vi en el bar.

Lo miré mientras seguía con la cabeza hundida entre mis piernas. Mi tanga seguía enganchado en las rodillas, y estuve a punto de correrme allí mismo al ver la forma agresiva con la que me poseía. Quería hacerlo, pero esperaba a tenerlo dentro de mí. No aguantaría mucho tiempo sin correrme, no después de meses de abstinencia.

Tras devorarme, Zeke se puso de pie, con la polla roja y palpitante. Agarró mi vestido y me lo sacó por la cabeza, dejando al descubierto mis tetas que estaban duras y puntiagudas. Se inclinó sobre mí y me succionó los pezones mientras presionaba con la polla mis pliegues húmedos.

Tenía que ser un sueño. Era demasiado bueno para ser real.

Le acaricié el pelo y le arañé la espalda, sintiendo cada línea y cada músculo. Era perfecto, tan masculino y fuerte. Cerré los ojos y disfruté de todas las sensaciones que provocaba en mí. Antes de apartarse me dio un seductor beso en los labios. Se irguió en el borde de la cama, presionando la polla contra mis pliegues.

Yo estaba tomando la píldora y estaba limpia, y sabía que Zeke también. Así que no tenía necesidad de tener con él la conversación que tuve con Ryker cuando empezamos a ir en serio. Era diferente con Zeke, no quería que se pusiera nada.

Además, no abrió la mesita de noche para sacar un condón. Se agarró la polla y la situó en mi abertura.

—Espera... ¿Crees que deberíamos ir más despacio? —Acabábamos de empezar y ya estábamos en la cama.

Me miró con expresión tórrida, como si ir más despacio fuera la idea más tonta que hubiera oído jamás.

—Si quieres.

—No. Es sólo que no quiero que pienses que soy una zorra.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No pienso eso, Rae. Pero te voy a convertir en una zorra para mí.
—Introdujo la punta del pene dentro de mí, ensanchando el camino mientras penetraba mi estrecho canal.

Eché la cabeza hacia atrás en la cama y volví a aferrarme a las sábanas. Todo lo que salía de mi boca era un balbuceo incoherente.

—Oh, Dios mío, es maravilloso.

Se movió más adentro, presionando con su grueso pene las paredes de mi

vagina a medida que se introducía más y más. Se deslizaba entre mis fluidos, sintiendo mi excitación bañar su piel. Continuó hasta que me la metió entera.

—Zeke... —Lo agarré de las muñecas, rodeando con mis dedos su piel musculosa y sintiendo su pulso poderoso a través de su carne. Como hacía tanto tiempo que no sentía este placer, había olvidado lo bueno que era. La tenía tan grande que dolía un poco, pero aquel malestar no era nada comparado con lo bien que me hacía sentir.

Sus ojos estaban llenos de fuego y me miraba mientras gritaba su nombre.

—No sabes la de veces que me he hecho pajas imaginando que decías así mi nombre. —Me acercó un poco más al clímax, moviendo más la polla. Acercó las manos a la parte trasera de mis rodillas y me mantuvo los muslos separados.

—Quiero verte haciéndote una paja alguna vez. —No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Tenía la cabeza en las nubes y sólo podía pensar en aquel dios del sexo que estaba dentro de mí.

Empezó a moverse, deslizándose entre mis fluidos. La fricción era audible cada vez que metía su miembro y lo sacaba.

Me iba a correr. Lo sabía.

Era tan patético que me daba vergüenza.

Intenté aguantar. Acabábamos de empezar y ya luchaba contra el fuego entre mis piernas. Empezó en lo más profundo de mis entrañas y fue bajando. Como en un *crescendo*, se elevó hasta que ya no pude más.

Me corrí tan fuerte que grité.

—Oh, Dios...

La tórrida expresión de Zeke se intensificó al contemplar el placer en mi rostro. Me penetró con más fuerza, haciéndome sentir cada centímetro de su miembro a más velocidad para hacer mi orgasmo más intenso.

Clavé las uñas en sus brazos y mecí mi cuerpo contra el suyo, disfrutando de cada centímetro de aquella polla increíble.

—Zeke... Guau. —Disfruté del orgasmo hasta que los efectos se

desvanecieron del todo, pero aún podía sentir la sensibilidad de nuestros cuerpos al moverse.

—Aún no has visto nada, nena. —Sacó su miembro de mi interior y me sentí vacía al instante. Entonces me levantó en la cama y me puso boca abajo. Se situó sobre mí y me penetró con fuerza, sin la delicadeza de la primera vez. Me tenía sujeta bajo su cuerpo, apoyando el torso en mi espalda. Acercó la boca a mi oído y me folló agresivamente, golpeándome el trasero con las caderas cada vez que me embestía. Mi clítoris rozaba las sábanas cada vez que nos movíamos, llegando a nuevas cotas de placer.

Respiraba cerca de mi oído, gimiendo en silencio y moviendo todo el cuerpo mientras me follaba con fuerza. Estaba cubierto de sudor y, cuando seguí el ritmo de sus embestidas con mi trasero, yo también quedé empapada. No importaba el cansancio. Estábamos tan ensimismados el uno en el otro que nos daba igual el calor.

—Tu coño es tan apetecible como me imaginaba.

Alargué la mano y lo agarré del muslo, atrayéndolo hacia mí mientras me mecía sobre él. Pude sentir que se avecinaba otro orgasmo, pero no me sorprendía.

—No puedo esperar a que te corras dentro de mí.

Se detuvo un segundo y noté su respiración profunda en mi oído.

—Joder, Rae. —Me embistió con más fuerza, empujándome contra el colchón.

Oír la desesperación en su voz y sentir su polla aún más dura hizo que me precipitara al clímax. Volví a correrme, estrechándome en torno a su miembro como una serpiente con su presa. Sentí tal cantidad de placer que aquel orgasmo parecía no tener fin.

Era una sensación increíble.

La mejor.

—Dámelo, Zeke.

Gruñó junto a mi oído y bajó el ritmo de sus embestidas. Entonces me

penetró por completo, hasta los testículos.

—Allá voy. —Su polla se tensó y contuvo la respiración al eyacular—. Joder... —gimió, presa del orgasmo, depositando cada gota de semen en mi interior—. Sí, joder. —Ocultó el rostro en mi cuello mientras recuperaba el aliento y nuestro sudor se mezclaba. Su miembro fue perdiendo rigidez en mi interior y permaneció así durante largo tiempo, recuperándose de lo ocurrido.

—Siento haberme corrido tan rápido... —Me daba vergüenza lo rápido que me había hecho llegar al orgasmo—. No he...

—Siempre te correrás rápido conmigo. Y más de una vez.

CUANDO ABRÍ LOS OJOS A LA MAÑANA SIGUIENTE, TENÍA LA CABEZA APOYADA en el torso de Zeke. Le rodeaba la cintura con el brazo y su piel desnuda era cálida al tacto. Tardé un momento en darme cuenta de que aquello había sucedido de verdad. Estaba desnuda en la cama de Zeke, acurrucada junto a él tras una noche maravillosa de sexo.

Me moví en la cama y, al mirarlo, vi que me observaba con ojos somnolientos. Me rodeaba el hombro con el brazo, me acariciaba el costado con sus dedos grandes. Estaba muy sexy nada más despertarse.

—¿Es real? —Había soñado tantas veces con aquel momento que ya no sabía si mi imaginación me estaba jugando una mala pasada.

—Sí. —Me acarició el pelo—. Y si no, es el mejor sueño que he tenido jamás. —Se puso de lado, acurrucándose junto a mí y apoyando la cabeza en mi hombro. Los ventanales de su habitación daban al gran patio trasero. Había una niebla densa que entorpecía la visibilidad. Ni siquiera se veía la valla trasera. No sabía con certeza qué hora era, seguramente sería temprano.

—Besas muy bien —espeté.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Espero que pienses que también se me dan bien otras cosas.

—Sí —dije enseguida—. Es que estaba recordando nuestro primer beso...

—Es raro pensarlo, ¿verdad? —Me besó el hombro con sus labios suaves y cálidos.

No quería tener aquella conversación, pero sabía que no había más remedio. Me habían hecho daño demasiadas veces para hacer suposiciones estúpidas.

—Entonces... ¿ha sido un rollo de una noche? —No pude disimular el miedo en mi voz—. No, ¿verdad? Porque...

—Soy tuyo, Rae. —Me besó el hombro—. Y tú eres mía.

Me sentí aliviada.

—Hay algo que debería decirte. No quiero que pienses que esto ha sido sólo algo físico y producto de un impulso. Hace unos meses, comencé a sentir algo por ti que no desaparecía...

Me miró fijamente como si aquella información fuera redundante.

¿No le sorprendía?

—Rochelle me dijo que habías sentido algo por mí. Al descubrirlo, mis sentimientos fueron a más. La única razón por la que no te dije nada fue porque estabas saliendo con Rochelle en ese momento.

Nada.

—Rae, Rex me lo contó todo hace un mes.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Mi propio hermano me había traicionado? ¿Se lo había dicho todo a Zeke?

—¿Qué?

—Cuando me lo dijo, todo cambió. Rochelle era maravillosa, y era feliz con ella. Pero cuando empecé a pensar en ti, no pude sacarte de mi cabeza. Llevaba tanto tiempo deseándote que no podía perder la oportunidad de tenerte. Ya no veía igual a Rochelle, y nuestra relación terminó en ese instante. Por eso rompí con ella.

—¿Por mí? —Me sentía fatal—. Yo no quería que eso pasara. Por eso no

te lo dije...

—Lo sé. Pero me alegro de haberlo descubierto. Durante este último mes me he reafirmado en mi decisión. Estar contigo es diferente. Es... —Trató de encontrar las palabras adecuadas—. Es como salir con tu mejor amiga y con la chica más sexy que he visto jamás al mismo tiempo. A veces quería besarte, y otras no podía dejar de reírme con algo que habías dicho. Mi lugar está a tu lado.

La decisión ya estaba tomada, y nada de lo que dijéramos ahora cambiaría lo sucedido. Rochelle se había ido y su relación había terminado para siempre. Aunque me sintiera mal, nada cambiaría.

—¿Por qué no me dijiste?

—Quería esperar un tiempo para olvidar a Rochelle. Sé que tomé la decisión correcta al dejarla, pero me preocupaba por ella y la tenía en mis pensamientos. Quería estar solo un tiempo antes de intentarlo contigo, por respeto a las dos.

—Ah...

—Pero al ver la expresión desconsolada en tu rostro cuando Theresa me estaba hablando, supe que debía dejar las cosas claras.

—¿Quién es?

—Una paciente.

Seguía sin gustarme. No tenía por qué agarrar así del brazo a su médico.

—Así que, en vez de contártelo todo, te besé. Y funcionó bastante bien. Había funcionado de puta madre.

—Así que aquí estamos. —Lentamente me puso boca arriba y cubrió mi cuerpo con el suyo. Sus muslos musculosos separaron los míos y se inclinó más sobre mí, dejando sus labios a pocos centímetros de los míos.

—Aquí estamos...

Noté su gran polla gruesa y palpitante presionar mi abertura.

Le eché los brazos al cuello y lo miré profundamente a los ojos, sintiendo cómo me penetraba. El sexo nunca había ido tan placentero y notaba mi

mente envuelta en una bruma de satisfacción.

Cuando estuvo dentro de mí del todo, se quedó quieto, disfrutando la sensación de mi coño húmedo. Gimió en voz queda al notar cómo me iba estirando despacio para darle cabida. Zeke era sexy por naturaleza, y sabía llevar las riendas en la cama. Era agresivo y autoritario, no siempre el caballero que parecía, y eso me gustaba.

No lo veía como un amigo desde hacía tiempo. Para mí era el hombre más atractivo del mundo, dueño de mi corazón y de todo mi cuerpo. Me sentía a salvo con él como con nadie más.

—Eres mucho mejor que en mis sueños.

Me besó la comisura del labio mientras me penetraba.

—Y tú eres mucho mejor que mi mano.

CRUCÉ LA PUERTA CON ZEKE DETRÁS DE MÍ. ERA DOMINGO POR LA NOCHE Y tenía que volver al trabajo al día siguiente.

Por desgracia.

Rex estaba en la cocina. Sacó una mini pizza del microondas y nos miró incómodo.

—Ya has vuelto...

—No te preocupes, no voy a quedarme. —Llevaba el mismo vestido que el viernes por la noche e iba sin bragas porque estaban demasiado mojadas para ponérmelas.

Decir que fue un momento incómodo sería un eufemismo.

—Sólo he venido a por algo de ropa y a recoger a Safari. —Caminé por el pasillo, sintiéndome culpable por dejar a Zeke a solas con Rex. Sin duda, era una situación incómoda, pero debían superarlo ya que eran buenos amigos.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó Zeke.

Cogí una bolsa y eché la ropa dentro.

—Bien —dijo Rex—. ¿Y el tuyo?

—Bien. —Eso fue todo lo que dijo Zeke.

Había mucha tensión.

—¿Has estado con Kayden? —preguntó Zeke.

—Fuimos ayer a la playa —dijo Rex—. Hicimos un picnic.

—Qué bien —dijo Zeke.

—Sí —replicó Rex—. Fue genial.

Le puse la correa a Safari y volví a la entrada, salvando a Zeke de la conversación más tensa de la historia.

—Estoy lista.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó Rex.

—Cuando me quedé sin ropa —dije sin rodeos. No me marcharía de casa de Zeke hasta que no tuviera más remedio. No quería separarme de él ni alejarme de su cama ni por un momento. Quería usar su camiseta y sus bóxers por la casa todo el día, y ver a Safari correr por el patio.

Zeke cogió mi bolsa y se la echó al hombro.

—Muy bien, Hasta luego.

Rex no tenía buen aspecto.

—Vale...

Había que ponerle fin a aquella sensación incómoda. No tenía sentido.

—Rex, deja de actuar así. Zeke y yo nos acostamos. No es tan ridículo.

Rex dio un bocado a la pizza.

—Me va a llevar un tiempo acostumbrarme. Sabía que llegaría este día, pero ahora... me resulta incómodo.

—Pues supéralo —dije—. Porque esta situación va a durar mucho tiempo.

Zeke sonrió al oír mis palabras.

—Ya la has oído. Estaré con ella *mucho* tiempo.

Rex hizo un gesto de fastidio.

—Cállate de una vez y lárgate.

Zeke me cogió de la mano y me acompañó fuera. Llevaba a Safari agarrado de la correa y, al ver a Zeke, pareció saber a dónde nos dirigíamos. Zeke me observó con la misma sonrisa aún en el rostro.

—¿Qué?

—Me gusta lo que has dicho hace un momento.

—¿Que esto durará mucho tiempo?

—Sí.

—No pondría en riesgo nuestra amistad si no creyera que puede durar para siempre.

Dejó de caminar y su sonrisa desapareció. Me miró fijamente como si no supiera qué decir.

—¿Sí?

—Sí.

Asintió.

—Yo también creo que durará para siempre.

Me dio un vuelco el corazón al intercambiar aquellas palabras. No nos habíamos comprometido, ni siquiera nos habíamos dicho que nos amábamos, pero de alguna forma, aquellas palabras calaron en mí. No sabía a dónde iría nuestra relación porque sólo llevábamos saliendo unos días, pero en lo más profundo de mí, sabía que era especial. Sabía que era diferente a cualquier otra relación que hubiera tenido antes.

No sabíamos lo que nos depararía el camino hasta que lo recorriéramos, pero tenía muchas ganas de ver a dónde nos conduciría. Aunque algo me preocupaba.

—Pase lo que pase, siempre seremos amigos. —Extendí la mano para que me la estrechara—. Porque no podría vivir mi vida sin ti.

Contempló mi mano antes de tomarla.

—Por supuesto.

—¿Me lo prometes?

Asintió.

—Te lo prometo.
Se formó una sonrisa en mis labios.
Y él me la devolvió.

OTRAS OBRAS DE E. L. TODD

La historia continúa en el Libro 4, Rayo de tiempo.



[Haz clic aquí para pedirlo ahora](#)

QUERIDO LECTOR,

Gracias por leer Rayo de Amor. Espero que hayas disfrutado con su lectura tanto como yo escribiéndolo. Si pudieras dejar una breve reseña, me ayudaría mucho. Las reseñas son el mejor apoyo que puedes dar a un autor. ¡Gracias!

Con mucho amor,

E. L. Todd

MENSAJE DE HARTWICK PUBLISHING

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ;sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing